

Abriendo Brecha
Edición especial

Unidad Lupita

Jaime Alfonso Martínez Sandoval

Chimichurri

Norma Muñoz Ledo

Enterrar a los muertos

Federico Campbell

Juan Charal el más gandalla

Beatriz Donnet

Rofo y la dona de piedra

Nuria Gómez Benet

Historia de lo que fue

María Baranda





Consejo General del Instituto Electoral de la Ciudad de México

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda
Consejeros electorales: Miriam Alarcón Reyes
Carolina del Ángel Cruz
Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Mauricio Huesca Rodríguez
Bernardo Valle Monroy
Gabriela Williams Salazar
Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional	Propietario: Diego Orlando Garrido López Suplente: Alberto Efraín García Corona
Partido Revolucionario Institucional	Propietario: René Muñoz Vázquez Suplente: Víctor Manuel Camarena Meixuero
Partido de la Revolución Democrática	Propietario: Roberto López Suárez Suplente: José Antonio Alemán García
Partido del Trabajo	Propietario: Ernesto Villarreal Cantú Suplente: Benjamín Jiménez Melo
Partido Verde Ecologista de México	Propietaria: Zuly Feria Valencia Suplente: César Fabricio George Chávez
Movimiento Ciudadano	Propietario: Armando de Jesús Levy Aguirre Suplente: Hugo Mauricio Calderón Arriaga
Nueva Alianza	Propietaria: Lorena Morales Sandoval Suplente: Ramón Alfredo Sánchez Zepeda
Morena	Propietario: José Agustín Ortiz Pinchetti Suplente: Juan Romero Tenorio
Partido Humanista	Propietaria: Lucerito del Pilar Márquez Franco Suplente: René Cervera Galán
Partido Encuentro Social	Propietario: Inocencio Juvencio Hernández Hernández Suplente: Guadalupe Campos Jordán

Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal

Partido Acción Nacional	José Manuel Delgadillo Moreno Luis Alberto Mendoza Acevedo
Partido Revolucionario Institucional	Jany Robles Ortiz
Partido de la Revolución Democrática	Mauricio Alonso Toledo Gutiérrez José Manuel Ballesteros López
Coalición parlamentaria de los partidos del Trabajo, Nueva Alianza y Humanista	Juan Gabriel Corchado Acevedo Luciano Jimeno Huanosta
Partido Verde Ecologista de México	Antonio Javier López Adame Eva Eloisa Lescas Hernández
Movimiento Ciudadano	Jesús Armando López Velarde Campa
Morena	Felipe Félix de la Cruz Ménez Juan Jesús Briones Monzón
Partido Encuentro Social	Abril Yannette Trujillo Vázquez

Unidad Lupita

Jaime Alfonso Martínez Sandoval

5



Chimichurri

Norma Muñoz Ledo

49



Enterrar a los muertos

Federico Campbell

115



Juan Charal el más gandalla

Beatriz Donnet

151



Rofo y la dona de piedra

Nuria Gómez Benet

195



Historia de lo que fue

María Baranda

239

Dirección Ejecutiva de Educación Cívica y Construcción de Ciudadanía

Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Coordinación de producción: José Luis García Torres Pineda, jefe del Departamento de Diseño y Edición

Corrección de estilo: Nilda Ibarguren, analista correctora de estilo

Ilustración: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora

Autores: María Baranda, Federico Campbell, Beatriz Donnet, Nuria Gómez Benet, Jaime Alfonso Martínez Sandoval, Norma Muñoz Ledo

D.R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan
14386, Ciudad de México

www.iedf.org.mx

Primera edición, noviembre de 2017

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 978-607-8396-88-7

Hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.
Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-8396-99-3

Unidad Lupita

Jaime Alfonso Martínez Sandoval

Jaime Alfonso Martínez Sandoval, a pesar de haber estudiado cine en el CUEC de la UNAM y de trabajar como escritor de guiones en televisión, descubrió su fascinación por la literatura infantil y juvenil cuando escribió *El Club de la Salamandra* (Premio Gran Angular 1997, editado por SM y el CNCA).

A partir de ese momento no pudo parar de escribir, y se fueron acumulando títulos y reconocimientos: *La ciudad de las esfinges* (colección El Barco de Vapor, SM); *Murmullos bajo la cama* (premio de cuento FILIJ 1998); *Confidencias de un superhéroe* (premio Castillo de la Lectura 2001, ediciones Castillo); *República mutante* (premio Gran Angular 2001). Y aún espera que los títulos vayan aumentando, hasta que los lectores se cansen de él (aunque desea que esto no suceda nunca).

Pelos verdes

Los grandes problemas suelen venir en empaques pequeños. Y nuestro problema comenzó de la manera más diminuta que alguien se pueda imaginar. En la casa apareció un pelo en la sopa; el problema tomó otra dimensión cuando descubrimos que ese pelo era verde y pertenecía a la cabeza de mi hermano Rodrigo.

Una tarde, a la hora de la comida, mi hermano entró en la casa y se sentó a la mesa; parecía muy quitado de la pena, sobre todo si tomamos en cuenta que estaba estrenando cabellera pintada de tono pistache. Para ser sinceros, el color era bonito, por lo menos se veía bien en una alfombra o incluso en la carrocería del coche, pero a mi

mamá, que siempre peca de franca, no le pareció muy agradable ver a su hijo con ese color tan ecológico.

—¿Qué te hiciste? Pareces marciano —dijo sorprendida.

—Así se usa —respondió mi hermano como si nada—. Además, a mí me gusta.

—Pero Rodrigo... ¿cómo se te ocurrió hacerte eso? —gimió mi madre, mientras ponía los ojos en blanco.

Era evidente que para ella tener dos hijos adolescentes era como tener a dos alienígenas en casa.

—Además, ya conoces a tu padre —recordó—, no le gusta que hagas esas cosas.

Y es que mi hermano Rodrigo tenía una debilidad especial por la extravagancia. Ya una vez llegó con un *piercing* en la ceja, y para mi padre fue como ver a su hijo convertido en un miembro de una pandilla de Neza, listo para ingresar a prisión.

—Eso es cosa de vándalos —le dijo en aquel momento—. ¿Quieres ser como todos esos malvientes que andan sueltos por aquí?

Mi padre se refería a los grupos de chavos de la Unidad que se reúnen a tomar cerveza en las canchas; no hacen nada más, bueno, sí hacen muchas cosas pero no precisamente para darles una medalla. Les gusta romper focos de los pasillos, hacer marcas en las paredes y pegarles un susto a todos los que se atraviesen frente a ellos. Yo supuse que mi hermano quería impresionarlos con su *piercing*.

El discurso de mi padre sobre los peligros de las malas compañías en la Unidad duró lo mismo que un informe presidencial, y claro, al final mi hermano se tuvo que quitar el *piercing*; aunque en realidad no lo hizo del todo, se lo cambió a la lengua, para que nadie lo viera, y santo remedio.

Pero ahora el cabello estaba ahí, como una hoguera verdosa que se veía a cien kilómetros a la redonda.

Definitivamente no le iba a gustar a mi padre. Para que se hagan una idea de él, debo explicar que en su mente la moda se había detenido hace 20 años; él lucía impecable y moderno, siempre y cuando estuviéramos en 1982.

Así que cuando llegó a la casa, nuestro progenitor se quedó boquiabierto al ver a mi hermano Rodrigo con su pelo verde. Tardó un rato en reaccionar, luego entró en el cuarto y cuando salió tenía una navaja en la mano. El filo brillaba igualito que en las películas de terror.

—Por favor, Rigoberto —exclamó mi madre—. No cometas una locura, no es para tanto...

—No seas ridícula, mujer, sólo le voy a rasurar la cabeza.

Mi hermano saltó asustado.

—¿Pero por qué? Es mi pelo, puedo hacer con él lo que quiera. Tengo 16 años, ya no soy un niño.

—Pues hasta que te siga manteniendo harás lo que yo diga, por algo soy tu padre.

—No me voy a dejar —dijo mi hermano arrinconándose, dispuesto a defender hasta su último mechón.

—El castigo será peor entonces —aseguró mi padre agitando un bote de espuma—. Nada de mesadas, olvídate del coche que te prometí para cuando cumplas 18 años, tampoco irás de vacaciones con tus primos de Tampico.

Esas eran demasiadas amenazas y mi hermano tuvo que reconocer que sería imposible negociar.

—Tú tienes la culpa... —le dijo mi padre mientras se disponía a untarle la espuma—. No entiendo por qué haces estas cosas, ¿por qué no eres como tu hermano?

Y todas las miradas recayeron en mi persona. Cosa que en realidad es algo raro, ya que casi nadie me ve. Mi apariencia es de lo más aburrida del universo: lentes, camisas a cuadros, zapatos bien lustrados, justo todo lo que le repatea a mi hermano, y para él, el peor insulto es que nos comparen. Nuestras relaciones no son demasiado buenas, con decir que me llama *Nerdeto*, en lugar de Ernesto.

Justo cuando mi padre iba a dar la primera afeitada, mi madre lo detuvo.

—Espera, Rigoberto, no rasures al muchacho, pelón se va a ver igual de feo que ahora.

—No me digas que prefieres verlo así...

—Claro que no, pero se me acaba de ocurrir una idea —respondió mi madre, que siempre tenía soluciones a la mano (lástima que no trabajaba en la ONU)—. Lo voy a llevar con Estelita, a que le

cambien el color del pelo, que le pongan un tinte oscuro para que vuelva a ser normal.

Estelita era una señora que había montado un salón de belleza en la sala de su departamento, así que uno podía cortarse el pelo, hacerse la manicura o ver la tele y comer pan con chocolate con sus hijos.

—Pero mamá...

Mi hermano guardó silencio; entre la mirada furiosa de mi madre y la navaja de mi padre no había mucho para elegir. Yo me sorprendía de la capacidad de Rodrigo para meterse en problemas. Ya sé que su pelo verde en realidad no hacía daño a nadie, pero definitivamente él sabía que pintárselo le traería problemas, y aún así lo hizo. No puedo negar que en el fondo era admirable su empeño.

—Va a llover... —dijo mi padre mientras veía a mi madre que se preparaba para salir—. Y ya sabes que sale el agua de las coladeras, están tapadas.

—Y las ratas —le recordé.

—Recuerda que tampoco hay luz en los andadores —dijo mi padre.

—Ya, yo me sé cuidar —aseguró mi madre—, además Estelita está a sólo seis edificios y voy con Rodrigo.

Mi madre tomó un paraguas y salió con mi hermano avanzando a empujones. Mi padre guardó la navaja, se recompuso la corbata y se sentó a comer rápidamente; aún tenía que volver al trabajo.

Apenas se había terminado la sopa de fideos cuando de pronto escuchamos unos toquidos en la puerta.

—Ahí están otra vez... —suspiró mi padre enfadado—. Les dije que no iban a llegar con esa lluvia, ve a abrir.

Lo obedecí, pero lo que encontré en el umbral de la puerta no era mi madre con mi hermano el marciano, aunque lo que vi parecía ser un visitante de otro planeta.

Las sorpresas en aquella tarde apenas iban comenzando.

Abuela a domicilio

Era una señora de edad, bueno, esa fue una manera amable de decirlo, en realidad tenía la apa-

riencia de un diplodocus jubilado. Creo que tenía arrugas dentro de las arrugas. Vestía un blusón bordado, al estilo psicodélico, y un sombrero con florecillas de plástico. En la mano cargaba una enorme maleta de cuero.

—¿Qué desea? —preguntó mi padre asomándose.

—Soy yo —dijo la mujer sonriendo—. ¿No me reconocen?, soy la abuela.

Mi padre se levantó, parecía sorprendido, miró a la vieja de arriba abajo.

—¿La abuela? No puede ser... mi mujer me dijo que su madre estaba muerta.

—¿Eso dijo? —sonrió de nuevo la anciana—.

¿Entonces qué hago aquí?, ¿espantando a la gente? Mire, me estoy mojando y no tengo tiempo de discutir si estoy viva o muerta.

Y sin esperar la invitación, la vieja entró en la casa y se sentó a la mesa, incluso tomó un bolillo y comenzó a mordisquearlo.

—Después de tantos años me imaginaba un recibimiento diferente... —confesó la anciana—. Vaya que ustedes son secos.

Mi padre se llevó las manos a la cabeza: un hijo con pelo verde y de pronto resulta que vive

su suegra y la tiene justo frente a él, comiéndose su bolillo. Demasiada tragedia para una sola tarde.

—Tengo que hablar con tu madre... —me dijo por lo bajo—. Tiene que explicarme algunas cosas, pásame el teléfono de Estelita.

Mi padre intentó hablar al salón de belleza pero sonaba ocupado; a los 20 minutos se desesperó, se le estaba haciendo tarde para volver al trabajo, así que me recomendó:

—Intenta llamar a tu madre y explícale todo; mientras, ayuda a que se instale tu abuela.

Y así fue como me quedé solo con la anciana. Confieso que al principio me dio miedo de que efectivamente fuera el zombi de mi abuela, todo era tan misterioso, me sentía dentro de una serie de televisión de terror, ¿por qué mi madre la había ocultado todos esos años?

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la vieja.

—Ernesto, señora.

—No me digas señora, dime abuela... mira, te traigo un regalo.

De una maleta sacó un balón de futbol.

Definitivamente no podía ser zombi, pues los zombis no tienen semejantes gestos de bondad. Le

di las gracias aunque le expliqué que difícilmente podría practicar fútbol en la Unidad, ya que las canchas pertenecían a un grupito que se llamaban *Los Frutilupis*. Y en la otra cancha, donde están los juegos, estaban los tiraderos de basura.

—Bueno, limpiamos y les pedimos permiso para que todos puedan jugar —dijo la vieja.

Sonreí. Ojalá fuera tan fácil. En varios años nadie había podido hacer nada.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —le pregunté.

—No lo sé... ¿por qué la prisa? Ustedes son mi familia, tal vez me quede para siempre. Ven, acércate, quiero darle un beso a mi nieto.

Afortunadamente me salvó la chicharra pues en ese momento se abrió la puerta, eran mi madre y mi hermano.

Hice un esfuerzo para no reírme. Rodrigo tenía el cabello de un color indefinido. La mala calidad de los tintes de doña Estelita hizo un efecto muy curioso sobre el original tono verde; parecía como si trajera en la cabeza un perro muerto, entre erizado y pardusco.

Pero yo estaba más interesado por presenciar una escena telenovelera. Pensé que mi madre se

echaría a llorar al ver a su propia madre, después de tantos años; pero su reacción fue totalmente sorpresiva.

—¿Y esta señora? —preguntó mi madre con total indiferencia.

—Soy yo, la abuela. ¿Qué no me reconocen?
—interrumpió la señora.

—¿La mamá de Fermín? —mi madre la miró con extrañeza—. Qué raro, creí que estaba viviendo en Chicago con sus otros hijos.

—Bueno, pero ustedes sí que son raros, sólo hacen observaciones y no dan ni un besito de bienvenida —suspiró la anciana.

—No diga eso. Nos alegra que esté aquí, es que no la esperábamos... ¿Vio a mi marido?

—Sí, él me dejó pasar.

Para ese momento yo ya no entendía nada en absoluto, y el miedo comenzó a recorrerme las entrañas. De pronto teníamos en la casa a una señora que decía que era “la abuela”, pero por lo que había visto no lo era ni por parte de madre ni de padre. Definitivamente habría problemas.

—Tengo que hablar contigo —le murmuré a mi hermano.

—Nerdeto, te lo advierto, ni se te ocurra decirme nada —Rodrigo me miró con ojos de furia.

—No, no es sobre tu pelo... es algo mucho más serio.

Mientras mi madre terminaba de instalar a la abuela (en nuestro cuarto), le expliqué a Rodrigo la llegada de la anciana y cómo fue que mi padre creyó que era su suegra.

—Hay varias opciones... —reflexionó Rodrigo luego de oír el enigmático relato—. O alguno de los dos se niega a aceptar que es su madre o a lo mejor no es exactamente la abuela, sino la tía de alguno de ellos, y como no la han visto desde niños, no la reconocen.

—¿Tú crees?

—Sí, claro, y en todo caso, si al final resulta que no es de la familia... entonces esto se va a poner divertido —sonrió.

Y efectivamente se puso muy entretenido cuando al fin llegó mi padre y comenzaron las aclaraciones con mi madre. Los dos juraron bajo palabra de honor que no era la mamá de ninguno de ellos, ni tampoco la tía, la madrina o la prima lejana.

La única solución era entonces preguntarle directamente a la anciana quién era y cómo es que supuestamente se emparentaba con nosotros.

—Ya les dije, soy la abuela... —respondió con necesidad.

—Deje de decir eso, usted no es mi madre
—aclaró mi padre.

—Ni la mía tampoco —dijo mi madre.

Entonces a la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué me dicen esas cosas tan feas?

¿Quieren correr a la abuela? ¿Ahora? ¿En medio de la lluvia? Son malos conmigo. ¿Qué les he hecho?

Había dos verdades en todo aquello; la primera, afuera hacía una lluvia demasiado espantosa como para botar a alguien, y la segunda, definitivamente la anciana no era familiar nuestra. Teníamos gente rara en casa, pero no tanto.

—Lo que nos faltaba, nos agenciamos una loca... —murmuró mi padre.

—No le digas así —le reprochó mi madre—. A lo mejor con la edad se confundió e iba a otro edificio.

Intentaron preguntarle si tenía alguna dirección o teléfono, pero la anciana negó todo, asegurando que nosotros éramos su familia (y muy mala, por cierto).

—No podemos echarla a la calle a esta hora —dijo mi padre—. Esperaremos hasta mañana y les preguntamos a los vecinos. Ya verán que aparece su verdadera familia.

A todos nos pareció buena solución. Mientras, la anciana se instaló en el departamento, se puso de buen humor y hasta nos dio más regalos. Un reloj a mi madre, un estuche de pañuelos a mi padre y un collar con colmillos de piraña a mi hermano Rodrigo (que le encantó, por cierto).

Aunque la abuela parecía pacífica, la verdad es que esa noche nadie durmió. Bueno, ella sí, roncó muy sabroso.

Al día siguiente fuimos a los departamentos del edificio a investigar si alguien estaba esperando a una abuela o la tenía extraviada. Preguntamos a don Chava, el carnicero, a doña Tolita la que vendía cenas, fuimos con los gemelos del 301, pero nadie

estaba esperando a ninguna abuela como la que teníamos en la casa.

La Unidad tiene doce edificios y cada uno diez departamentos. Era un trabajo muy pesado recorrerlos todos, además de que había algunos lugares en los que no nos atrevíamos a entrar, sobre todo donde vivían *Los Frutilupis*.

Al final decidimos tomarle una foto a la anciana, la pegamos en un papel, le sacamos copias y la colocamos en todos lados. El anuncio decía: “Abuela perdida busca a su familia, mayor información Edificio H, departamento 102, los Santoyo”.

Como nos dio tristeza correr a la anciana o llamar a la policía para que se la llevara, decidimos quedarnos con ella durante un breve tiempo mientras aparecía el dueño, digo, los familiares.

Más rara que un perro azul

Pasaron algunos días y nadie nos llamó para reclamar a la anciana. En lo personal, a mí no me molestó, pues nunca había tenido una abuela. Yo siempre me las había imaginado como unas señoras que permanecen en estado vegetativo y

sólo se despiertan para tejer bufandas. Pero doña Lupita (así se llamaba “nuestra” abuela) era muy activa y le gustaba participar y opinar de todo, creo que con demasiado entusiasmo.

—Hoy les toca lavar los trastes a los muchachos —dijo una mañana luego de acabar de desayunar.

Mi hermano y yo nos miramos extrañados. Por lo general mi madre se encargaba tanto de recoger la mesa como de hacer la limpieza.

—¿Ah sí? —rió mi hermano— ¿Y dónde dice que nos toca?

—Ahí... —la abuela señaló la pared.

Entonces descubrimos un cartel hecho a mano, que decía: “Nuevo Orden Familiar”, y debajo estaba una tabla con el nombre de cada quien y las actividades que le correspondían por día, desde lavar baños hasta tender ropa o sacudir los tapetes.

Mi hermano y yo creímos que se trataba de una broma. Siempre habíamos pensado que para eso estaba mi mamá (incluso para servirnos en nuestras vacaciones, como en ese momento). Pero según la abuela, nuestra forma de pensar

era anticuada, machista, reaccionaria, clasista y burguesa.

La verdad es que ni siquiera mi madre entendió la mitad de aquellas palabras tan raras. Según yo, las abuelas por lo general hablaban de la reuma, qué caras están las medicinas o cuál es el mejor pegamento para dientes que hay en el mercado. Pero esta abuela soltaba sermones sobre la explotación de la mujer y las masas oprimidas.

—Debe ser comunista... —dijo mi padre asustado.

Le recordé que tanto los comunistas como los dinosaurios, prácticamente estaban extintos en el planeta Tierra.

—Pues sea lo que sea, nadie me dice en mi casa lo que debo hacer —gruñó mi padre.

—Tal vez no es tan mala idea la del calendario —intervino mi madre—. Si todos ayudaran en la casa sería mejor.

Pero mi padre se negó rotundamente a hacer cambios, y menos provenientes de una señora senil que pretendía organizarnos la vida, así que quitó el cartel y prohibió tocar el tema de re-

partir labores domésticas entre los hombres de la casa.

La abuela ni siquiera se mosqueó, parecía entrenada para el rechazo, así que pronto cambió de plan y le dijo a mi madre:

—No es justo que además de trabajar como él, seas la única que hace limpieza. Yo que tú no me dejaba. Debes defender tus derechos; mira, te he escrito una canción.

—¿A mí? —mi madre la miró extrañada.

—Sí, es una canción de protesta, donde te quejas de tu explotación doméstica.

Sinceramente, a mí se me hizo algo exagerado. Vamos, yo pensé que las canciones de protesta eran para movimientos grandes, huelgas en fábricas o contra un mal gobierno, pero no para convencer a alguien de que lo ayudaran a lavar trastes, a menos de que se estuviera loco o que...

—Es una auténtica *beatnik* —mi hermano Rodrigo aseguró convencido—. Por eso actúa tan raro. De seguro de joven anduvo montada en una moto, cruzando el país, viviendo en comunas.

—¡Santo Dios!, eso de *beatnik* es como una secta, ¿no? —preguntó mi madre algo asustada.

—Creo que eran como los padres de los *hippies* —agregó mi hermano algo dudoso.

¡Ahora resultaba que la ancianísima abuela Lupita era más moderna que todos nosotros!

—Qué *hippie* ni qué ocho cuartos —intervino mi padre molesto—. Lo que pasa es que ya está vieja y chochea con la edad. Eso es lo único que le pasa.

Pero la verdad es que yo confiaba más en la versión de mi hermano, pues la abuela era más rara que un perro azul. No comía azúcar refinada ni carne roja, en las tardes entraba en estado catatónico (ella le decía meditación), le gustaba oír música rock del año del caldo. Pero lo que rebasó mi capacidad de sorpresa fue cuando descubrí que era capaz de llevarse bien con mi hermano. Y eso era una hazaña casi inaudita, pues yo tenía mi vida, o sea 14 años, intentándolo y ya me había dado por vencido.

Claro, aquella amistad no fue buena para ninguno de los dos, trajo muchísimos problemas. Todo comenzó cuando Rodrigo superó el asunto del pelo verde (la cara de rabia le duró varios días), pero un día llegó extrañamente feliz a la

casa; por debajo de la camiseta se le veía una venda en el antebrazo.

—¿Te lastimaste? —le preguntó mi padre preocupado.

Mi hermano se puso nervioso y balbuceó una explicación, al parecer fue en chino mandarín porque nadie la entendió. Entonces mi padre lo obligó a retirarse la venda. En el brazo tenía el dibujo de una enorme serpiente enroscada dentro de una calavera.

—Me lo hizo la abuela... —aseguró de inmediato Rodrigo, antes de que le echaran un megasermón.

Y como si su arrugada cara fuera un tiro al blanco, nuestras miradas se clavaron en la abuela Lupita.

—¿Tatuaste al niño? —mi madre la miró incrédula.

—No, yo no fui... —aclaró la abuela tranquilamente, para después agregar:— Yo sólo se lo pagué.

Mi padre abrió los ojos de tal forma que pensé que se le caerían de las órbitas.

—Bueno, no es tatuaje lo que se dice tatuaje —aclaró la abuela—, quedamos en que primero

se iba a hacer un dibujo de henna, es una tinta especial, es sólo para ver si le gusta... ya luego decidirá dónde lo quiere y de qué tamaño. Se lo voy a regalar de cumpleaños, ya lo prometí.

¿No se le ve precioso?

Anciana, metiche, chiflada, *beatnik* y tatuadora... eran demasiados adjetivos calificativos para el sistema nervioso de mi padre y estalló:

—No voy a permitir semejantes desfiguros en mi casa, mis hijos no son rufianes para que se marquen la piel.

—No seas anticuado —le rebatió la abuela—. Los tiempos cambian, la juventud ahora necesita expresarse a su manera.

—Eso no es verdad, ¿y entonces por qué el otro no es así?

Y ahora las miradas se posaron sobre mí, como si fuera un insecto listo para servir al estudio de un grupo de entomólogos.

—No pretenderás que tus hijos sean iguales —observó la abuela—. Cada quien es diferente y tienes que respetar sus propios gustos.

Pero gustos o no, moda o lo que fuera, mi padre demostró que él era la autoridad en la casa.

Primero obligó a mi hermano a que se lavara el dibujo, y como la tinta era muy resistente no quedó más remedio que forzarlo a usar camisas de manga larga mientras se borraba la serpiente satánica.

Con el asunto del tatuaje mi padre perdió la paciencia. Según él, la abuela estaba empujando a su familia por la senda del mal, primero a su mujer intentando que se sublevara contra los hombres de la casa, y después a su hijo, marcándolo como si fuera una vil res (esa fue la expresión que usó). Y antes de que me perdiera a mí, mi padre tomó una decisión:

—Tenemos que correrla —le dijo a mi madre en voz baja—. Quiere controlar a mi familia. Es un peligro para todos.

—No es verdad —la defendió mi madre—. Ella sólo quiere que seamos más felices, se preocupa por la familia.

—Quiere destruirnos... —insistió mi padre. Finalmente, y luego de las súplicas de todos, mi padre accedió a que la abuela Lupita permaneciera unos días más en casa con la condición de que alejara su dañina influencia de nosotros.

—Le diremos que tome paseos por la Unidad, que le dé el sol —dijo—. ¿Cómo la van a reconocer sus familiares si está encerrada siempre aquí?

Creo que en el fondo mi padre tenía la ilusión de que la abuela Lupita se volviera a perder y entonces la dejáramos de ver para siempre.

Así que a la mañana siguiente la llevamos a los andadores de la Unidad para que tomara largos paseos. Por un lado, mi padre descansó de no tenerla en casa con sus extravagancias, pero fue una calma engañosa, pues al poco rato el remedio resultó ser muchísimo más desastroso que el problema original.

La loca de la bolsa negra

No sé cómo no lo previmos, pero dejar suelta a la abuela en la Unidad era como encender una veladora en una gasolinera. Tarde o temprano aquello terminaría por explotar.

Era evidente que a la abuela Lupita le fascinaba meterse en todo, pero lo que más le gustaba era localizar un problema y ofrecerse a resolverlo sin pedir opinión a los demás. Así que en la Unidad no

batalló demasiado para sentirse útil, había muchas fallas y ella solita asumió el papel de *sheriff*.

Se le ocurrió que su primera misión sería rescatar las jardineras que estaban llenas de basura, así que empezó a limpiarlas y cuando descubría que alguien tiraba un papel, era capaz de perseguirlo por toda la Unidad para regresarle su basura. Lo hizo incluso con los niños que arrojaban envolturas de dulces. Muchos pequeños le empezaron a tener tanto miedo que le pusieron el apodo de la loca de la bolsa negra.

—Por mí, que me digan lo que quieran —se encogió de hombros—, con tal de que no tiren basura.

Luego, la abuela también se interesó por los andadores de la Unidad, por ejemplo, descubrió que algunos vecinos se habían adueñado de parte de las banquetas para usarlas como estacionamiento. La abuela Lupita tomó un plumón y escribió notas en los parabrisas de los coches que decían: “Mal estacionado”, “No subirse al andador”, “No invadas zonas prohibidas”.

Pero el peor enfrentamiento lo tuvo con una señora que estaba quemando papel periódico y revistas fuera de su casa.

—¿Y a usted qué le importa lo que hago? —dijo la vecina sin inmutarse—. Son mis cosas y puedo hacer lo que quiera con ellas.

—Pero el aire que contamina es el que respiramos todos —y diciendo esto, la abuela arrojó una cubeta de agua a la pira.

No tardaron en llegar las quejas a la casa. Parecíamos una oficina de reclamos: que si la abuela Lupita había regañado a un niño, que si le dio un bolsazo a un señor, que si amonestó a una señora que lavaba sus ventanas a manguerazos.

—Nosotros no tenemos la culpa, además ella ni es de la familia —aclaró mi padre en un intento de deshacerse del problema.

Pero a nadie le interesó si la anciana era adoptada, robada o prestada. Vivía con nosotros, por lo tanto éramos responsables de ella y teníamos que detenerla. Así que, para tranquilidad de todos, prometimos hablar con ella y hacerla entrar en razón.

—Debe dejar lo que está haciendo —la amenazó mi padre como si fuera una adolescente que hubiera hecho travesuras—. ¿No se da cuenta de que los vecinos no quieren que se meta con ellos?

—¿Y ustedes no se dan cuenta de que viven en un muladar? —preguntó la abuela sorprendida—. Todos sus vecinos son muy desorganizados y sucios.

—Eso ya lo sabemos —reconoció mi madre—, pero no se puede cambiar a la gente.

—Claro que se puede —exclamó la abuela—. Es cuestión de ponernos de acuerdo, es por el bien de todos.

Mis padres se miraron con cara de desesperación.

—Usted no tiene autoridad para cambiar nada —le recordó mi padre—. Y sin autoridad está cometiendo un delito al meterse con los demás.

La abuela se quedó en silencio y no volvió a hablar el resto del día. Creímos que había entendido perfectamente el punto de no inmiscuirse en asuntos a los que nadie la llamaba.

Pero al día siguiente nos despertamos con la sorpresa de que la abuela Lupita había preparado su defensa. Había escrito una carta circular que pegó en la puerta principal de los edificios. El documento decía:

“Por medio de la presente, se avisa que a partir de ahora, la familia Santoyo, del Edificio H,

departamento 102, será la que se hará cargo de la administración de la Unidad. Por lo que se solicita cooperación para el saneamiento de la misma”.

—¿Cómo se le ocurre decir que somos los administradores? —exclamó mi padre aterrado.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo la abuela tranquilamente—. Además, usted bien lo dijo, no teníamos autoridad, ahora sí la tenemos. Y no le quitamos el puesto a nadie, pues no había administrador.

—Es que nadie quería enfrentarse con la gente —suspiró mi madre.

—Sólo nos vamos a ganar más problemas —aseguró mi padre.

Y así fue, para empezar circularon los rumores de que estábamos pidiendo dinero porque de seguro queríamos hacer algún fraude.

Para detener los chismes, la abuela Lupita volvió a redactar otra carta circular en la que había una lista de pendientes para la Unidad y el costo aproximado de cada cosa: se necesitaban focos, pagar para que limpiaran las coladeras, contratar al basurero para que recogiera todas las bolsas de desperdicios, llamar a la delegación

para que se llevaran dos autos chatarra abandonados, buscar una compañía de control de plagas, hacer la impermeabilización, comprar pasto para sembrar, componer las cerraduras de las entradas... y la lista continuaba por páginas y páginas como si se tratara de una carta a los Santos Reyes.

Pero a pesar de eso, sólo recibimos dos aportaciones, las del carnicero don Chava y Estelita, la de la estética. Y eso, la verdad, no servía ni para los chicles.

Pero la abuela Lupita parecía hecha para soportar cualquier tormenta, así que encontró la solución y volvió a hacer otra carta circular:

“Los que no tengan dinero podrán prestar su mano de obra para hacer trabajos en beneficio de la Unidad”.

Pero eso resultó peor porque nadie se ofreció ni siquiera a barrer.

—Nosotros debemos poner el ejemplo —razonó la abuela Lupita—. Hay que empezar a destapar las coladeras.

Mi padre, Rodrigo y yo nos miramos con terror, aquello sonaba repugnante. Había ratas y

quién sabe cuántos cultivos de enfermedades infecciosas flotando en ese caldo sucio.

—Véanlo por su propio bien —dijo la abuela—.

Si siguen así todos se van a enfermar.

En eso tenía razón, había justo una coladera bajo la ventana de la sala y teníamos que tener las ventanas cerradas todo el día para que no entrara el tufo a caño.

Decidimos que no teníamos nada que perder al intentarlo, y si mi hermano aceptó, fue sólo porque podría trabajar con camisa de manga corta y así presumir su tatuaje temporal.

Nos calzamos botas de hule, cubre-bocas y guantes. En la mano llevamos palos de escoba y ganchos de ropa. Más que personas que van a destapar una coladera, parecíamos de esos extraterrestres de las películas chafas.

Yo creo que los demás se compadecieron de vernos sumergidos en la inmundicia, porque al final se acercaron don Fermín y el señor Chava, del edificio de enfrente, para ayudarnos. Este último recordó que tenía una pala y una carretilla y fue más fácil depositar el lodo y la basura. La coladera quedó destapada y por primera vez en

semanas, mi madre pudo abrir la ventana de la sala.

Y así, lentamente la gente empezó a cooperar un poco, algunos dieron pintura que les sobraba, otros, focos sin usar para colocarlos en los pasillos, los demás se ofrecieron a hacer trabajos voluntarios.

Pero no fue tan fácil. Aunque resulte difícil de comprender, había algunas personas que no estaban de acuerdo con los cambios, y al parecer, cuanto más luz había en los pasillos, menos claro veían. Entre los rebeldes estaban *Los Frutilupis*. Incluso escribieron sobre la pintura nueva de las paredes y arrojaron latas de cerveza en las jardineras, aunque siempre negaban que fueran de ellos y no teníamos pruebas, hasta que la abuela descubrió a uno, llamado *El Memelas*, rompiendo uno de los focos del pasillo.

—¡Así te quería encontrar! —le gritó la abuela furiosa.

Pero al *Memelas* no se le vieron ganas de sentarse a platicar sobre su mala conducta y se marchó, la abuela lo siguió, yo a mi vez me dediqué a ir tras la abuela y evitar que se metiera en más problemas.

Entonces llegamos a la zona prohibida, las canchas, donde *Los Frutilupis* eran los verdaderos amos de su territorio. Y ahí estaban sentados, eran una docena, fumaban, oían música y bebían cerveza. Aunque siempre me habían parecido una especie de rudos criminales, de cerca me di cuenta de que apenas rebasaban los 20 años.

—Vámonos —le dije a la abuela.

Me estaban temblando las rodillas y tenía la boca seca de sólo estar cerca de ellos.

Pero la abuela Lupita no se movió, al parecer no sentía ningún miedo. Recordé la teoría de mi hermano, seguramente en su juventud, la abuela *beatnik* se había enfrentado a las peores pandillas de motociclistas.

—Qué raro, son los únicos que no he visto cooperando en la Unidad —les dijo—. ¿Qué les gustaría más: sembrar pasto o lavar los tinacos?

Pero fue como si hablara en suahili, porque nadie se dignó ni siquiera a verla.

—A lo mejor están muy cansados para ayudar —siguió la abuela—. Deberían irse a descansar a su casa, ¿por qué no nos dejan la cancha para limpiarla?

Entonces saltó uno de ellos, al que le decían *La Liendre*.

—Este lugar es nuestro —aseguró.

—¿Ah sí? ¿Me podrían enseñar sus escrituras? —pidió la abuela.

—Éstas son —*La Liendre* sacó una pequeña navaja.

La abuela ni siquiera pestañeó.

—Qué curioso —dijo—. Yo tengo unas escrituras parecidas.

La abuela sacó de su bolsa la navaja con que mi padre iba a rasurar a mi hermano. Todos se rieron por la ocurrencia o tal vez por la osadía de la anciana.

—Miren muchachos, yo no quiero ningún problema con ustedes —aseguró la abuela—, pero si quieren la cancha, entonces tendrán que ganarla...

—¿Cómo que ganarla? —preguntó *El Memelas*.

—Sí, vamos a jugarla en un partido de fútbol. El que gane será el dueño de la cancha y nadie se meterá después con el vencedor, se los prometo.

No tenía la menor idea de por qué la abuela había dicho eso. Pero luego me di cuenta de que

había cambiado el enfrentamiento por términos deportivos.

Los Frutilupis discutieron entre sí, me imaginé que de todos modos no tenían mucho qué hacer; al final aceptaron.

Entonces se decidió que el partido se jugaría el fin de semana. Realmente admiré a la abuela Lupita, gracias a ella me había enfrentado a *Los Frutilupis* y no había perdido ni una gota de sangre. Toda una hazaña.

La guerra contra *Los Frutilupis*

Mientras llegaba la fecha del partido (el sábado), hubo una especie de tregua con *Los Frutilupis* y no se metieron con nadie. Los cambios en la Unidad comenzaron a notarse. Fue increíble que sacando la basura, lavando las escaleras y pintando las paredes, la Unidad parecía otra. Ya no daba miedo salir en las noches, se podía caminar sin temor a caerse entre la basura o encontrarse con una familia de roedores rabiosos.

Además descubrimos que podíamos recibir apoyo a través de la delegación. Nos dieron parte

del impermeabilizante, ellos destaparon el resto de las coladeras, repararon algunos de los barandales de las jardineras, y también nos felicitaron por haber puesto en práctica el reglamento de condóminos.

Nadie sabía que existía un reglamento para convivir con los vecinos, y es que habíamos vivido realmente en la penumbra, hasta desconocíamos que la Unidad tenía nombre, y se volvió a pintar en la entrada con letras rojas: “Unidad 16 de Septiembre”.

Todo hubiera sido perfecto, si no fuera porque teníamos pendiente el partido contra *Los Frutilupis*. Nos costó mucho trabajo reunir el equipo de fútbol. Nadie quería participar contra ellos, les tenían miedo.

Mi hermano fue de los primeros en apuntarse, así que para no quedarme atrás yo también me inscribí, aunque me estaba muriendo de pánico. Entró también el hijo de Estelita y los gemelos del 301, y así, poco a poco, completamos el equipo.

La verdad es que no éramos buenos, pero confiábamos en que *Los Frutilupis* tampoco lo fueran; a fin de cuentas, con todo lo que fumaban y

bebían su condición física no sería precisamente olímpica.

Llegó el sábado y casi todos los de la Unidad estaban ahí. Creo que no se veía tanta expectativa ni siquiera en un partido en el Estadio Azteca. Muchos sacaron sillas, mesitas para poner la botana, se hicieron pancartas de apoyo y hasta se improvisó una porra.

Cuando Rodrigo salió a la cancha, apareció arreglado justo como a él le gustaba: una camisa de manga corta que dejaba ver el tatuaje temporal y se había cortado el pelo de tal manera que sólo sobresalía un mechón erizado al frente de la cabeza.

Al verlo, la cara de mi padre adquirió un color parecido a una berenjena, pero se contuvo para no hacer un escándalo en público.

—Déjalo ahora —pidió mi madre—. Se ve tan contento...

Eso era cierto. Mi hermano se sentía realizado y ni siquiera desentonaba, pues todos saben que algunos jugadores de fútbol tienen aspecto extraño, cabello con trencitas de colores, *piercings*, y nadie les dice nada.

El partido fue durísimo, y no es porque fuéramos muy buenos para jugar, sino muy mañosos. Hubo patadas, codazos, piquetes de ojos. Aunque la trampa mayor la hicieron *Los Frutilupis* al poner como árbitro a uno de ellos al que le decían *El Sope*.

Creo que no he visto en mi vida sope más mañoso, nos marcaba fuera de lugar en todo momento, y jamás señaló las faltas de *La Liendre*. La gente empezó a chiflar enojada. Entonces la abuela Lupita decidió meterse.

—Basta, yo voy a ser el árbitro —lo dijo tan decidida que nadie se atrevió a contradecirla.

Así que con un mejor arbitraje (aunque la abuela no veía muy bien de cerca) el partido se puso buenísimo y pasaron cosas inauditas, entre ellas, que yo metí un gol. Creo que ese será uno de los grandes misterios de mi vida. Jamás supe cómo fue que la pelota rebotó en mi rodilla y fue a parar en la portería del equipo contrario, pero de todos modos fue muy emocionante, y hasta mi hermano me empezó a ver desde entonces con más respeto.

Las cosas se complicaron en el segundo tiempo, comenzó a llover durísimo pero no se canceló

el partido, estábamos muy entretenidos, hasta la abuela Lupita seguía corriendo empapada en la cancha como si fuera un niño.

Por desgracia, ninguno de nuestros esfuerzos valió la pena, al final el marcador terminó en 3-2, a favor de *Los Frutilupis*.

Descubrí que eso de que al final ganan los buenos, sólo ocurre en el cine.

Pero lo peor de esa tarde no fue haber perdido las canchas o ser humillados en público, lo peor fue que con la empapada, la abuela Lupita se enfermó. Esa misma noche tuvo muchísima fiebre y al día siguiente ya no pudo levantarse.

Corrió la noticia y la gente comenzó a visitarla para llevarle remedios: que miel para la tos, vitaminas para las defensas, ungüentos y emplastos... hasta *El Memelas* fue a ver cómo seguía y le llevó de parte de su mamá una tisana para aliviar la garganta.

La abuela parecía un pajarito roto debajo de las cobijas, no era posible que esa anciana tan pequeña hubiera estado dando órdenes en toda la Unidad. Como vimos que no mejoraba, mi padre

mandó llamar a un médico y nos enteramos que tenía neumonía, lo mejor era llevarla a un hospital. Ella se negó, dijo que si se moría quería estar al lado de su familia. De sólo escuchar la posibilidad todos nos soltamos a llorar como si en verdad fuera nuestra abuela.

No sé si por respeto, culpa o simplemente porque estaban muy cansados luego del partido, *Los Frutilupis* habían decidido no molestar a nadie por el momento. En la Unidad se respiraba un aire de tristeza, parecía cementerio. Entonces a alguien se le ocurrió poner un poco más de acción.

El jefe de *Los Frutilupis*, o sea *La Liendre*, fue a visitar al jefe de nuestro equipo de futbol, o sea mi hermano Rodrigo.

—Venimos a ver si quieren jugarse la revancha—propuso *La Liendre*.

¿Habíamos oído bien? ¿Querían seguir jugando futbol? A lo mejor habían descubierto que era más divertido usar las canchas para jugar que para fumar.

—Pero el árbitro lo ponemos nosotros —puso mi hermano de condición.

Y así fue como se jugó el partido de la revancha; en esa ocasión ganamos 1 a 0. El gol lo metió uno de los hijos del carnicero don Chava, que resultó ser un excelente delantero.

Al final los *Frutilupis*, no estaban nada contentos y pidieron un nuevo partido de desempate, y nosotros aceptamos, pues eso significaba que seguiríamos jugando.

Entonces sugerí que para que hubiera más partidos, podíamos organizar un torneo en el que cada edificio de la Unidad tuviera su propio equipo, y por ronda de eliminatorias elegir al ganador. A todos se les hizo una gran idea y nos pusimos a entrenar. Los *Frutilupis* no eran tan malos como habíamos pensado y hasta le dijeron a mi hermano que su peinado estaba muy bueno. Todos los días llegábamos a contarle a la abuela sobre los partidos y cómo la Unidad seguía muy bien, que a alguien se le había ocurrido hacer letreros para que no nos olvidáramos de mantener limpias las jardineras. Y varios ya se habían ofrecido a ser los administradores luego que terminara nuestro periodo.

Con tal de que la abuela estuviera contenta, mi hermano y yo le ayudamos a lavar los trastes

a mi madre, y aunque mi padre siguió criticando el peinado de Rodrigo, ya no lo obligó a que se lo cambiara.

Creo que esa fue la mejor medicina, pues poco a poco la abuela Lupita se fue recuperando, y un día finalmente se pudo levantar. Estaba muy delgada pero tenía una gran sonrisa.

La gente volvió a visitarla para darle algunos regalitos; creímos que todo seguiría igual que antes, ya podíamos imaginarla metiéndose en problemas e ideando más planes descabellados. Pero jamás imaginamos lo que sucedió al poco tiempo.

Una mañana la abuela decidió salir de paseo, se puso su sombrero de flores, el blusón psicodélico y supuestamente se fue a tomar el sol... Fue la última vez que la vimos.

Así es, la abuela desapareció, del mismo modo que llegó. La buscamos por todos lados, dimos aviso a las autoridades y volvimos a poner anuncios con su foto, pero no tuvimos ningún resultado.

Fue un duro golpe para todos, aunque entendimos que posiblemente la abuela encontró a su

propia familia o simplemente se fue a otro sitio donde la necesitaran más que nosotros.

Nadie jamás la olvidó en la Unidad 16 de Septiembre, e incluso bajo el nombre oficial alguien escribió: “Unidad Lupita”, y así es como todos le llamamos desde entonces.

Chimichurri

Norma Muñoz Ledo

A Norma Muñoz Ledo le contaron muchos cuentos cuando era pequeña. Después se imaginó los suyos y, años más tarde, decidió escribirlos. Ha publicado *Provolone* y *Gorgonzola* (premio Antoniorrobes 1990) en la colección Río de Palabras, de Sitesa; *Los cuentos de la casa del árbol* (primer lugar, serie blanca, premio Castillo de la Lectura 2000) en la colección Castillo de la Lectura; *El gran mago Sirasfi*, *Mamá Tlacuache* (segundo lugar en el V Premio Internacional del Libro Ilustrado Infantil y Juvenil) y *Zorrillo* en la colección El Barco de Vapor, de Ediciones SM, y *Matemágicas* en la colección Torre de Papel, de Editorial Norma (que no es suya, pero así se llama).

Esta escritora está inventando nuevas narraciones, porque está segura de que esto del cuento, es la historia de nunca acabar.

1

De niña, nunca tuve un animal. Mamá siempre decía que cuidarme a mí era suficiente trabajo como para andar pensando en mascotas. Pero cuando yo sea madre voy a dejar a mis hijos tener un animal. A mis trece años, hace tres meses que tuve la primera mascota de mi vida. Y fue por un accidente.

Todo empezó un lunes en que Chocho, Toño y yo nos quedamos en el salón a la hora de la salida. Tratábamos de ponernos de acuerdo para un trabajo en equipo. De repente, Toño nos sugirió fumarnos un cigarro.

—Ya sabes que aquí no se puede —le recordó Marcelino, a quien le digo el Chocho porque es chaparrito y muy blanco, como un chocho de homeopatía.

—Nadie dijo que íbamos a fumar aquí —contestó Toño.

—¿Entonces en dónde? —pregunté.

Toño nos miró con ojos de maquinación secreta, se paró y nos hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos. Chocho y yo caminamos detrás de él. Los pasillos estaban casi vacíos, sólo uno que otro alumno retrasado corría por aquí o por allá o algún profesor apurado que miraba su reloj y apretaba el paso para llegar al turno vespertino en otra escuela. Todos iban hacia la salida, nosotros hacia el tercer piso.

Toño caminaba con prisa y sin titubear. Sólo se detuvo al llegar frente a la puerta del laboratorio de biología. Antes de entrar echó un vistazo a ambos lados del pasillo para cerciorarse de que no había nadie. Chocho y yo nos mirábamos extrañados. La verdad, qué ocurrencias de ir ahí, todos sabían que los laboratorios estaban cerrados con llave. Pero para nuestra sorpresa, Toño le dio vuelta a la perilla y la puerta se abrió.

—¡Vengan rápido! —dijo.

Chocho y yo nos escurrimos dentro del laboratorio detrás de Toño.

—¿Cómo sabías que estaba abierto? —preguntó el Chocho.

Toño bostezó y estiró los brazos.

—En la mañana oí a la Geo decirle al conserje que la chapa estaba descompuesta y que tenían que cambiarla.

—Espero que no la cambien ahorita —dije, sintiéndome un poco nerviosa.

—No, Cecilita —dijo Toño, sentándose en uno de los bancos—. El conserje le dijo que hasta mañana iba a ver al director para pedirle el dinero de mantenimiento.

Chocho dejó su mochila en el suelo y se sentó en otro banco. Yo miraba todo el tiempo a la puerta, no me sentía tranquila. Está prohibidísimo entrar a un laboratorio cuando no está el maestro, se supone que todo lo que hay ahí es rompible, caro, y que algunas cosas son peligrosas.

—¿No es peligroso fumar aquí? —pregunté.

—¿Por qué? —dijo Toño torciendo la boca.

—Es que... no vaya a haber una sustancia que explote o algo así.

Toño recorrió el laboratorio con la vista y alzó las cejas.

—Échale un ojo a lo que hay aquí —dijo despreocupado.

Yo miré los estantes con atención. A pesar de haber estado ya dos años yendo a prácticas una vez a la semana, nunca me había fijado en todo lo que había. Vi varias peceras, una con peces grandes, otra con chicos, una más con ranas, otra con tortugas, un insectario compuesto por círculos de plástico dentro de los cuales metíamos los bichos que íbamos encontrando. También había peceras más pequeñas con tarántulas y alacranes, y lejos de nosotros, por suerte, los odiosos fetos en formol. Que si uno de borrego, uno de cabra y otro de gato, además de un surtido de lombrices intestinales de diferentes longitudes, todos en sus respectivos frascos. Para mí eso era un himno al mal gusto y me chocaba verlos. Por último, a un lado de nosotros, estaban las jaulas de los cuyos. Cuando terminé mi recorrido visual, noté que Toño me miraba fijamente y eso me incomodó.

—¿Verdad que no hay nada que estalle, Cecilia? —me preguntó, mientras me ofrecía un cigarro.

—Bueno, yo nada más me fumo uno y me voy —dije muy seria.

La verdad, Toño no me hacía gracia. Chocho y yo habíamos sido amigos desde primero de secundaria, pero cuando empezamos segundo, nos dijeron que teníamos que hacer equipos de tres para todas las prácticas de laboratorio, y el profesor de física nos anexó a Toño, así nomás. Él sabía que nadie iba a quererlo en su equipo porque siempre está causando problemas, así que nos lo pegó sin preguntar. Cuando reclamamos nos dijo que nosotros éramos muy tranquilos y que tratáramos de ser pacientes con él. Lo malo fue que Marcelino (cuando me enoja ya no le digo Chocho) se impresionó con el carácter bravucón de Toño y se pone muy sumiso cuando está frente a él.

Mientras me fumaba mi cigarro, me sentía todavía peor. Tanto que mi mamá me dice que no fume y yo ahí, fumando con esos dos. De regreso tendría que comprarme mis chicles de clorofila y al llegar a mi casa tendría que cambiarme el suéter y cepillarme el pelo cien veces al revés para quitarme el olor. Aun así, las mamás tienen un olfato que quién sabe cómo le hacen, siempre se enteran.

De pronto Toño dejó caer su mochila al piso y subió los pies sobre la mesa de prácticas, echándose para atrás en su asiento. Luego comenzó a hacer donas de humo. Yo sentía un poco de coraje, viéndolo tan quitado de la pena. El Chocho también quería hacerse el relajado, aunque yo sabía que en el fondo se sentía nervioso. En eso, uno de los cuysos se apoyó en sus patas delanteras y asomó su cabeza por la parte de arriba de la caja de plástico donde los tenían. Venteaba al aire y nos miraba con curiosidad, de seguro nunca había olido el humo del cigarro. Después empezó a hacer ruidos. ¡Cuiiiic! ¡Cuiiiic! ¡CUIIIC! ¡CUUIIIIC!

Los chillidos estaban subiendo de tono. El Chocho, Toño y yo intercambiamos miradas.

—¿Qué quiere éste? —preguntó Toño.

Para entonces yo ya había terminado de fumar y apagué mi cigarro. El cuyo quería algo, lo sabía. Mi lugar en el laboratorio estaba cerca de sus cajas y los había observado muchas veces. Normalmente están muy tranquilos y se mueven poco, pero cuando quieren algo, hacen ruidos y se ponen inquietos. Se me ocurrió sacarlo para

ver qué le pasaba, así que lo cargué con cuidado y lo puse en mi mano.

—¿Qué tienes? —le pregunté, mientras lo llevaba a la mesa de prácticas.

En cuanto lo puse ahí, Toño bajó los pies y se alejó un poco.

—¡Me chocan los ratones! —exclamó molesto.

—¡No es un ratón, es un cuyo! —repliqué.

El cuyo caminaba sobre la mesa olisqueándolo todo, moviendo su nariz a cien por hora. Los tres lo mirábamos con curiosidad y él a nosotros.

—¿Tendrá hambre? —preguntó el Chocho mientras buscaba algo en su mochila. Por fin encontró lo que quería y le dio al cuyo un pedazo de plátano que el animal comió con gusto.

Mientras el cuyo comía, los tres nos acercamos a observarlo. En eso, Toño bostezó estirándose.

—Qué animalejo más aburrido —dijo, con lágrimas en los ojos a causa del bostezo.

De pronto, Toño tomó el cuyo con la mano. Fue un movimiento tan rápido, que no pude decirle nada. Nunca se interrumpe a un animal que está comiendo. El cuyo forcejeó para zafarse de la mano que lo había capturado.

—¡Suéltalo! —ordené—. ¡No lo aprietes tan fuerte!

—Estos bichos aguantan —dijo Toño, mientras lo zangoloteaba.

Yo sentía que la sangre me hervía en la cara. Pero no era la única enojada. El cuyo se escurrió hacia arriba y de pronto mordió el dedo índice de Toño con todas sus fuerzas. Toño pegó un grito y abrió la mano. El cuyo estaba ferozmente pegado a su dedo. Chocho y yo mirábamos paralizados mientras Toño gritaba como loco.

—¡Quítenmelo! —aullaba—. ¡Me está mordiendo!

—¡Cálmate! —dije—. ¡Pon tu mano en la mesa!

¡Yo te lo quito!

Pero Toño no me hacía caso. Manoteaba como loco tratando de zafar el cuyo de su dedo. En una de esas agitó la mano con una fuerza extraordinaria y el cuyo salió volando hasta el otro lado del cuarto. Yo corrí a ver qué le había pasado. Chocho me siguió. Y no hay que ser médico cirujano para reconocer cuando un animal ha estirado la pata. El pobre cuyo se había golpeado contra la pared

y había caído muerto al suelo. Chocho y yo nos mirábamos, mordiéndonos el labio inferior.

—¡Auuuch! ¡Auuuuch! —chillaba Toño.

—¿Quieres callarte? —le grité furiosa—. ¡El cuyo está muerto, genio!

—¿Por qué me mordió? —preguntó Toño con cara de víctima.

—¡Porque no lo dejaste seguir comiendo! —intervino Chocho enojado, mientras levantaba el cuyo.

Toño nos miró retador, especialmente a Chocho. Él no acostumbraba hablarle así.

—Sólo espero que esté vacunado —dijo.

—¿Qué hacemos? —pregunté yo muy nerviosa, deseando para mis adentros que el cuyo *no* estuviera vacunado.

—¿Cómo que qué hacemos? —dijo Toño impaciente—. No hay de otra que dejarlo en su jaula y luego irnos de aquí. Nadie va a saber nada.

Chocho y yo nos miramos. Eso no estaba nada bien. Yo no dejaba de mirar el cuyo muerto.

—¿Qué te pasa, Cecilia? —preguntó Chocho—. ¿Quieres decirle a Geo que nos metimos en su laboratorio a fumar y encima matamos un cuyo?

—Yo no lo maté —dije.

—Yo no lo saqué de su jaula —tronó el Chocho.

—A mí ni me miren —se defendió Toño—. A mí no se me ocurrió darle de comer, ¿verdad?

Nadie podía jugar al inocente. Los tres teníamos la culpa. No quedaba de otra que dejar el cuyo muerto en su jaula. Mientras Chocho lo acomodaba en un rincón, yo limpiaba los alrededores con un *kleenex*.

—¡No exageres, Cecilia! —dijo Toño—. Nadie va a buscar huellas digitales, sólo es un cuyo muerto.

Yo sentí cómo rechinaban mis dientes mientras miraba a Toño, pero ya no dije nada más. Me dirigí a la puerta y ahí me detuve como estatua de hielo: unos pasos de zapatos de tacón se acercaban corriendo por el pasillo. Los tres los oímos claramente durante unos segundos que pasaron espesos como aceite de ricino. De pronto la puerta se abrió y nos encontramos frente a frente con la maestra Georgina. Estaba jadeando, se veía que había subido corriendo las escaleras. Al vernos ahí se sorprendió mucho.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó, pero no hizo falta que nosotros respondiéramos. Nuestros rostros pálidos y el inocultable olor a cigarro nos habían delatado. La maestra apretó los labios y meneó la cabeza.

—Nosotros sólo... —dije yo, queriendo encontrar algo lógico que decir.

—Ustedes sólo vinieron a fumar aquí, eso es obvio —dijo ella muy molesta.

Chocho y yo nos miramos con vergüenza y suspiramos.

—Tengo prisa —dijo ella—. Vine por unos exámenes que olvidé aquí. Pero mañana nos vemos en la oficina del director a las 7:30.

2

A la mañana siguiente, Chocho y yo nos encontramos afuera de la escuela. Los dos estábamos cabizbajos.

—¿Le dijiste algo a tu mamá? —me preguntó.

—No. De todas formas, ella se dio cuenta de lo del cigarro y me regañó. Ya para qué le contaba lo demás. ¿Y tú? ¿Le contaste a alguien?

—A mi hermano grande —contestó el Chocho torciendo la boca—. Y me dijo que nos iban a expulsar.

Los dos torcimos la boca y caminamos arrastrando los pies hasta llegar a la oficina del director. Ahí afuera ya estaba Toño, recargado en la pared y mirándose fijamente los pies. Apenas levantó la cara cuando nos acercamos y ni siquiera nos saludó.

De pronto se abrió la puerta de la oficina y Socorro, la secretaria, nos invitó a pasar.

—Ahorita viene el profesor Jiménez —dijo amablemente—. Pásenle.

Al entrar, los tres sentimos que el estómago nos daba la vuelta entera; sobre el escritorio del director estaba la jaula con el cuyo muerto.

—Ahora sí estamos fritos —dijo Toño.

El Chocho y yo nos miramos y vi el más puro miedo en sus ojos. Yo quería salir de ahí y correr hasta un lugar donde nunca nadie me encontrara. En eso se abrió la puerta y entraron el director y la maestra Georgina.

Yo no sabía con qué me sentía peor, si con el cuyo muerto o con la cara del profesor Jiménez.

Él era muy buena gente. Era un poco gordito y siempre andaba sudando, con el nudo de la corbata flojo, en el corre y corre de aquí para allá. Y siempre era muy sonriente. Pero esa mañana estaba serio. No se veía enojado, se veía más bien triste. Y no tenía flojo el nudo de su corbata.

La maestra Georgina estaba muy seria y, ella sí que se veía enojada, con los labios apretados, igual que el día anterior. El director se recargó en su escritorio y nos miró un momento a cada uno.

—Quiero que me digan qué pasó ayer en el laboratorio.

—Además, claro, de haberse metido a fumar ahí —intervino Geo.

Pasó un largo momento de silencio, nadie se atrevía a hablar.

—Sólo nos metimos a fumar —dijo Toño de repente, viendo al suelo.

—¿Y?, ¿qué pasó? —insistió el profesor Jiménez.

—Nada.

—Es muy curioso —comentó el director alzando una ceja—. Pero ni la profesora Georgina ni yo hemos visto nunca a un cuyo morirse por el humo del cigarro.

—Este cuyo se murió por un golpe —explicó Geo—. Cuando yo salí del laboratorio, a última hora, estaba vivo, y después de que ustedes se fueron, lo vi muerto en su jaula.

—Pensamos que quizás ustedes sepan qué le pasó —dijo el director.

Al ver el cuyo muerto me sentí muy culpable. Además, ellos ya sabían que nosotros habíamos sido, no tenía caso jugar a negarlo toda la mañana.

—Nosotros lo matamos —confesé. En ese momento sentí a mi lado izquierdo la mirada asustada de Chocho y del otro lado, la mirada de furia de Toño.

La maestra Georgina y el director nos miraban atónitos. ¿Por qué tanta sorpresa, si ya lo sabían?

—¿Así, nada más? —preguntó el profesor Jiménez.

—¡No! —gritó el Chocho con cara de pánico—. Fue un accidente.

—¿Quién lo mató? —preguntó la Geo viendo fijamente a Toño.

—Fuimos los tres —contesté.

—¿Los tres? —insistió la maestra sin despegar la vista de Toño.

—¡Fui yo! —gritó Toño—. ¿Ya están contentos? ¡Ya saben que fui yo!

Todos mirábamos a Toño. Era cierto que él había dado el golpe mortal y todos esperaban oír eso. Pero Chocho y yo también habíamos tenido algo que ver.

—Yo lo saqué de su jaula —dije quedito.

—Y yo... le di de comer —añadió el Chocho—. Cuando estaba comiendo, Toño lo agarró y el cuyo se enojó y lo mordió.

Todas las miradas cayeron otra vez sobre Toño.

—¡Sí! ¡Me mordió el animalejo! —dijo Toño sin ocultar su enojo—. Y no me soltaba, así que agité la mano y salió volando contra la pared. ¿Por qué tanto relax? ¡No es más que un animal! ¿Qué más da?

—¡Era mucho más que un animal! —exclamó el director.

Todos, incluida Geo, lo miramos sorprendidos. Hasta Toño quitó su cara de me vale. El profesor Jiménez estaba todo rojo y respiraba agitado.

—¡Era más que un animal! —dijo acaloradamente, mirándonos a los tres—. ¡Era un material del laboratorio de *su* escuela! ¡Era una mascota que la maestra Georgina *quería*! ¡Y saben qué es más importante?: Era un ser *vivo*.

Los cuatro (Geo seguía incluida) estábamos petrificados. Nunca lo habíamos visto tan enojado. Poco a poco se fue calmando y caminó hacia la ventana.

—Me imagino que saben que todo acto tiene una consecuencia —dijo, mirando al patio.

—Sí —dije yo tímidamente, esperando ya lo peor.

—Sólo escuché una voz.

—Sí —dijimos ahora los tres, un poco más fuerte.

—¿Cuál será la consecuencia de este acto?

—preguntó, dándose vuelta para mirarnos.

Nadie dijo nada. Los tres pensábamos en una misma respuesta y nadie se atrevía a decirla.

—¿Cuál será la consecuencia? —preguntó de nuevo.

—Expulsarme —dijo Toño de pronto.

—Expulsarte... —repitió el director entrecerran-

do los ojos, como si esa fuera la última opción en la que él pensaba—. Sería demasiado fácil para ti. Además, de hacerlo, expulsaría a los tres. Sí, tendrían que encontrar lugar en cualquier escuela que aceptara corridos a medio año, quizá tuvieran que repetir el curso, pero sería muy fácil a la larga.

El profesor Jiménez miró al Chocho.

—¿Alguna idea, Marcelino? —le preguntó.

El Chocho sólo negó con la cabeza, nervioso.

Entonces, el director me miró a mí.

—¿Se te ocurre algo, Cecilia?

—No sé... —dije titubeando—. ¿Un castigo?

—¿Un castigo? —dijo, repasando la palabra como si fuera algo muy raro—. Dice una ley de la física que a toda acción corresponde una reacción de igual magnitud, pero en sentido contrario. Prefiero pensarlo así.

El director nos miró a los tres largamente. Luego miró a Geo y se hicieron una seña con la cabeza. La maestra salió un momento de la oficina y regresó con otra jaula que tenía un cuyo bastante gordo adentro y la puso sobre el escritorio del director. Todos lo miramos muy serios y sin decir ni pío.

—¡Ejem! —carraspeó el profesor Jiménez—. Se preguntarán qué hace aquí este animal.

Los tres lo miramos con ojos de plato tendido.

—Bueno. Este cuyo, o mejor dicho, cuya, era la pareja de Napoleón, o sea, el cuyo que falleció.

El director hizo una pausa para mirarnos muy fijamente y continuó:

—He pensado en esto y creo que sería interesante que ustedes se la llevaran a su casa y la cuidaran durante los próximos 15 días.

—No sé si sea buena idea —intervino Geo, un poco nerviosa—. En su estado y luego si estos muchachos no la cuidan bien...

—Permítame, maestra —interrumpió el director—. Yo confío en ellos. Creo que no mataron al cuyo por maldad, fue un accidente. Pero *algo* tenemos que hacer. Si los expulsamos, así nada más, sólo se irán resentidos. En cambio, si cuidan de esta cuya pueden... aprender cosas.

—¿Por qué está tan gorda? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque está embarazada —contestó el director muy tranquilo—. Tiene siete semanas de embarazo.

—¿Y... cuánto dura su gestación? —dijo el Chocho con un hilo de voz.

—Entre 9 y 10 semanas —contestó Geo—. Por eso estoy preocupada. Si ustedes no la cuidan bien, la cuya y sus bebés pueden morir. Y es la primera vez que logramos que una cuya se embarace. Además, existe la posibilidad de que los bebés nazcan cuando la cuya esté en casa de alguno de ustedes...

El Chocho, Toño y yo intercambiamos miradas asustadas. Toño suspiró con resignación.

—No es para tanto, muchachos —dijo el director—. Cuidar un cuyo es bastante fácil, sólo hay que estar pendientes de su comida y de que su jaula esté limpia. Es todo.

—Y de hacerle un poco de caso, porque esta cuya es muy sociable y le gusta que le hagan caso— añadió Geo.

—¿Y el parto? —pregunté.

—Me gustaría estar presente —recalcó la maestra—. Ustedes tendrán que llamarme cuando suceda y yo iré.

—¿Y si es en la madrugada? —pregunté, pensando en mi mamá parada de pestañas de ver ahí

a la Geo a las tres de la madrugada para atender a una parturienta.

—No importa, yo voy.

—¡Para la maestra Georgina los animales son como hijos! —exclamó el director—. Pero de cualquier forma, la responsabilidad será de ustedes.

—Y si... ¿algo no sale bien? —preguntó Toño sin mirar a nadie a los ojos.

—¿Qué quieres decir, Toño? —dijo el director mirándolo intensamente.

—Bueno... los animales no duran para siempre —replicó Toño.

—Quince días no es una eternidad —repuso el profesor Jiménez—. Un animalito de éstos, bien cuidado, dura más que eso. Les estamos entregando una cuya sana. Embarazada, sí, pero en perfecto estado de salud. Y quiero que la devuelvan igual. Cada uno de ustedes la cuidará por cinco días. Es su decisión si quieren hacerlo juntos o cada quien por su lado. Pero deben atenderla y cuidarla exactamente como les indique su maestra.

—¿Qué pasaría si falláramos? —pregunté—. ¿Y si la cuya se nos muere?

—Les permitiría terminar el curso —contestó el director muy serio—. Y tendrían que buscar escuela nueva para el próximo ciclo.

—Pero... pero... —el Chocho no lograba articular la frase—. ¡Y el parto? ¡Qué tal si se muere en el parto?

El director suspiró profundamente, miró a Geo y meneó la cabeza.

—En ese caso, ya se vería. Mientras tanto, la maestra Geo, yo mismo y también alguien más, quizás algún pariente, estaremos pendientes de todo lo que ustedes hagan. Si descuidan a la cuya, lo sabremos de una forma u otra.

Chocho y yo nos miramos con angustia otra vez. Toño no dejaba de ver al suelo.

—¡Bueno! —exclamó el director extendiendo hacia nosotros su mano derecha, donde se encontraban tres papelitos doblados—. Ahora, cada quien saque un papel. El que diga uno, lo cuidará los primeros cinco días, y así, obviamente, al que le toque el tres deberá tener mucho cuidado porque la cuya estará a punto de dar a luz.

Chocho y yo desdoblamos nuestro papelito con fingida calma. Toño ni se molestó en hacerlo.

—¡Uno! —gritó Chocho contento.

—¡Dos! —dijo, sintiendo un alivio repentino.
Toño nos miró con cara de fastidio.

—Supongo que me tocó el tres —dijo torciendo la boca.

A Geo se le escapó un suspiro de decepción que se oyó hasta la calle. El director la miró con seriedad y luego se dirigió a nosotros.

—Está bien, muchachos, a la hora de la salida la maestra Georgina les dará las instrucciones y Marcelino se llevará la cuya. Que tengan buen día.

3

Faltando 15 minutos para la hora de la salida, Geo nos mandó llamar al laboratorio. Ahí nos dio una bolsa grande llena de aserrín y una lista con varios puntos que yo leí en voz alta:

1. Colocar agua limpia en su traste todos los días por la mañana.
2. Se le pone alimento fresco por la mañana y por la noche: le gustan las semillas de girasol,

la lechuga, el pepino, la zanahoria, y cualquier fruta (en especial la pera). Hay que retirar el alimento que no se haya comido.

3. Cada tercer día hay que limpiar su jaula, sacando todo el aserrín sucio y poniéndole limpio. Esto es muy importante, porque la suciedad los deprime.
4. Hay que estar pendiente de la cuya durante el día, hablarle, sacarla a pasear un rato y acariciarla con cuidado en la nariz y en el pescuezo.
5. Cada quien debe tenerla cinco días y atenderla perfectamente. Esto será supervisado por medio de visitas a domicilio y de observadores voluntarios.

Atentamente, Profesores Mario Jiménez y Georgina Escamilla.

—¿Observadores voluntarios? —preguntó Chochó con cara de angustia.

—Ya se lo había dicho el profesor Jiménez. Alguien va a vigilar que *cada uno de ustedes* haga las cosas bien —explicó Geo con cara de pocos amigos.

—¿O sea que nos van a espiar? —dije.

—Algo así —contestó Geo—. Bueno, ya tienen todas las instrucciones. Traten de cumplirlas, no es nada del otro mundo.

—La cuidaremos lo mejor posible —aseguré.

—Eso espero —comentó desanimada Geo y luego, mirando a Toño, añadió:— Aquí está apuntado mi teléfono. No dejen de hablarme cuando la cuya empiece a tener sus bebés, si es que llegamos a ese día.

Le dio una tarjeta a Toño, dio vuelta a la llave en la recién estrenada chapa de la puerta del laboratorio y se alejó caminando por el pasillo.

Nosotros tres nos quedamos ahí parados, viéndola irse.

—¡Miss Geo! —grité, cuando ella estaba a punto de dar la vuelta al final del pasillo— ¡Cómo se llama la cuya?

—¡Chimichurri! —contestó, y se fue.

—¡Chimichurri! —repitió el Chocho— ¡Qué nombre!

—Es ridículo —dijo Toño.

Los dos lo miramos. Tenía cara de fastidio.

—¡Todo esto es ridículo! —continuó—. ¡Yo no voy a cuidar a esa... cosa!

Y diciendo esto, se dio la vuelta y se echó a caminar hacia las escaleras, y se fue.

—Cecilia —dijo el Chocho—. No estoy seguro de que yo... bueno... ¿me puedes ayudar?, ¿puedes venir en la tarde a mi casa y ayudarme con... la cuya?

—Sí te ayudo, Chocho, pero hoy no puedo. Y mañana tampoco. Mi mamá me pidió que le ayudara con un trabajo. Pero mira, no es difícil, tú puedes solo. Sólo hay que seguir las instrucciones.

El Chocho asintió sin decir nada, pero por su cara yo comprendí que sentía que el mundo se le venía abajo. Le ayudé a cargar su mochila hasta la puerta de salida, ahí estaba su hermano en su volcho, esperándonos. Los martes siempre iba por nosotros. Cuando lo vio llegar con la jaula abrió los ojos sorprendido.

—¿Qué hacen con ese cuyo? ¿Otra de las lecciones del profesor Jiménez? ¡Ja!

Arrancamos ruidosamente y el coche avanzó dando tumbos.

—¡Ten cuidado! —exclamó el Chocho molesto—. Está embarazada.

—¿Quién? —preguntó el hermano sonriendo, mirándonos a la cuya y a mí.

—¡La cuya, babas! —dije.

—¡Ah! —repuso, suspirando exageradamente.

Mi casa queda de camino. Cuando me bajé del coche, le deseé mucha suerte al Chocho. Mi mamá ya había llegado y salió a recibirme.

—¡Qué bueno que llegaste! —me dijo—. Vamos a empezar, tenemos que hacer 1 500, itres bodas y dos bautizos!

Comimos algo rápido, yo estaba muy callada. Luego, empezamos nuestra labor. Mi mamá trabaja con una amiga de ella que tiene un servicio de banquetes. En algunos eventos, la gente pide tarjeteros para colocar el nombre de cada persona en su lugar. Y mi mamá los hace de pasta de sal. Para las bodas hace palomitas o campanas y para los bautizos angelitos. La verdad, es mucho trabajo. Todavía recuerdo con espanto las últimas vacaciones de invierno: tuve que ayudarle a hacer 2 000 flores de nochebuena para la cena de fin de año de una empresa muy grande. Amasando la pasta y formando las figuras, el tiempo se pasa volando. Mientras hacíamos las palomas

pude contarle a mi mamá todo lo que había pasado. No se enojó, sólo me dijo que estuviera tranquila y que cuidáramos a la cuya lo más que pudiéramos. A las 9 de la noche, sonó el teléfono. Era el Chocho. Me sentí un poco culpable de no haberme tomado ni siquiera tres minutos para hablarle y ver si habían sobrevivido Chimichurri y él.

—¿Cómo vas? —le pregunté.

—¡Más o menos!

—¿Por qué?

—Su jaula está limpia, su comida también, pero está en una esquina y no quiere comer. Y casi ni se mueve. Y además, mi mamá está atacada, dice que es alérgica al pelo de animal.

—¡Haz algo, Chocho! —le imploré.

—¿Qué hago?

—¡Pues hazle caso!

—¿A mi mamá?

—¡No! ¡A Chimichurri!

—¿Cómo?

—Platícale o hazle cariños.

—¡Me da cosa!

—¿Qué?

—Bueno... voy a ver qué puedo hacer. ¡Ay, Ceci! ¡Hubieras venido!

—¡No puedo, Chocho, te dije!

—Pero mañana...

—Tampoco creo que pueda —le dije, viendo la mesa del comedor y todo el suelo, cada vez más llenos de charolas repletas de palomitas.

—¿Y si se muere?

—¡No se muere, Chocho, échale ganas! —le dije, desesperándome un poco.

—¿Y mi mamá? ¡No para de estornudar por toda la casa!

—¡Son sólo unos días! Que se tome una pastilla contra las alergias.

—¿Y si mejor lo llevo a tu casa?

—¡Claro que no! Acuérdate de los observadores voluntarios.

—¡Ay, sí, es cierto! ¿Quién será el mío?

—A lo mejor soy yo y voy a tener que decir que me lo quieres traer antes de los cinco días.

—No lo harías.

—¡Claro que sí! ¡Échale ganas, Chocho, tengo que colgar!

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Cuando colgué, me sentí cansada. Me senté en una silla de la cocina y bostecé. Mi mamá se paró de la mesa, me hizo un chocolate caliente y me mandó a dormir. Y la verdad, dormí como un lirón, sin acordarme para nada del Chocho ni de Chimichurri.

Al día siguiente, Chocho llegó pálido a la escuela. Todo el tiempo hablaba de Chimichurri.

Que seguía en una esquina de la caja, moviéndose poco y sin comer.

—¿Estás seguro de que está limpia su caja?
—pregunté.

—Pues... sí. Ayer nos la dieron limpia, ¿no? Y si se le cambia el aserrín cada tercer día, le toca hasta mañana —dijo Chocho muy convencido.

—Eso nos dijeron, pero a lo mejor está triste porque está sucia.

—Pero Ceci, ¡es un animal!

—Los animales tienen instinto, Chocho, qué tal si ya va a tener a sus hijos y quiere su caja muy limpia?

—Pero, me da mucha ansia cargarla, ¿qué tal si me muerde?

—No muerde, es muy tranquila.

—Napoleón sí era mordelón. Ya me han dicho varios que los había mordido.

—¿En serio?

—Además está toda gorda, creo que si la cargo hasta le voy a sentir los hijos y eso me da mucha ansia.

—¡Por eso no come, Chocho, porque le haces el fuchi! —dije—. Imagínate qué sentirías si nadie te quisiera tocar.

—Pero es un animal, Ceci.

—Los animales también sienten, Chocho, si no son de hule.

Después de nuestra plática, Chocho apenas habló el resto del día. Lo único que comentamos más tarde era que no habíamos visto a Toño desde la mañana. Aunque llegó a la escuela, no entró a ninguna clase.

Después de comer, mi mamá y yo todavía teníamos que hacer 200 palomitas y 200 angelitos amarillos, azules y rosas y envolver las charolas de lo que ya estaba listo. Empezamos a trabajar, pero a media tarde pensé en Chocho y me sentí muy preocupada. Si Chimichurri no comía, se iba

a morir y a nosotros nos iban a expulsar sin remedio. Como estaba nerviosa, me distraje y me equivoqué con las alas de cinco angelitos. Mi mamá las corrigió.

—¿Pasa algo? —preguntó mi mamá.

—Es que Chimichurri no quiere comer. A Marcelino le da ansia su panza y casi no quiere tocarla. Y nos dijo Geo que a Chimichurri le gusta que la consientan.

Mi mamá se quedó pensando un momento.

—Para algunas personas no es fácil cuidar de alguien más —dijo al fin.

Entonces, yo me quedé pensativa y de pronto sentí una punzada de tristeza.

—¿Papá me... cuidaba? —pregunté.

—Claro que sí —dijo mamá sonriendo—. Papá te adoraba, no pensaba en él. Pero he visto algunas madres que, cuando nace su bebé, no saben muy bien qué sentir y el instinto maternal tarda un tiempo en aparecer.

—Mamá, pero Chocho es niño —dije.

—En los hombres también hay un cierto instinto de cuidar a sus crías.

—¿En serio?

—De verdad.

—Pero mamá, Chimichurri no es cría de Chocho.

—Bueno, tiene que cuidar de ella, ¿no?, tiene que ver que esté bien todo el tiempo, que coma, esté limpia y hasta que esté contenta. Cuando tienes un hijo, es lo mismo.

Mientras se horneaban los últimos 200 angelitos, le ayudé a mi mamá a envolver las demás charolas. A las 9 en punto me fui a dormir. Chocho ya no me habló por teléfono y yo no dormí nada bien.

Al día siguiente, cuando llegué a la escuela, iba decidida a hablar con el Chocho sobre el instinto maternal, pero él no llegó. Me imaginé que llegaría más tarde, a veces lo hacía, pero cuando vi que no se iba a aparecer, yo no pude pensar en nada más: la cuya se había muerto y Chocho no había querido dar la cara. A la hora de la salida fui a su casa de volada a ver qué había pasado. Al llegar, su mamá me abrió la puerta. Tenía los ojos y la nariz hinchados y enrojecidos y moqueaba como si tuviera la peor gripa.

—¡Ceci! ¡Qué suerte que vienes! ¿Ya te toca llevarte a la cuya? —me dijo.

—No. Faltan dos días.

—¡Dos días! ¡Válgame Dios! ¡Es lo mismo que dice Marcelinito! ¡Y yo con esta alergia! ¡Y todo este problema por andar fumando! Yo ya se lo he dicho, si fuma se va a quedar chaparro. Pero, ¿a quién se le ocurre fumar en un laboratorio? Desde que se junta con Toño, han pasado puras cosas malas...

—¿Puedo ver a Marcelino? —dije, sabiendo que si no abría yo la boca no me dejaría hacerlo nunca.

—Claro, hija, claro, está en su cuarto, no ha salido en todo el día.

Fui corriendo al cuarto del Chocho y abrí la puerta como lo haría un tornado. Chocho volteó asustado. Estaba cargando a Chimichurri.

—¡Ah! ¡Hola, Ceci!

—¡Chocho! ¿Por qué no fuiste hoy? ¿Está bien ella? —pregunté.

Chimichurri parecía estar muy bien. Al acercarme me miró y me olfateó, haciendo un ruido chistoso, chuicchuicchuic, como si masticara algo. Chocho la miraba orgulloso.

—¿Qué pasó? —le pregunté, sabiendo que ahí había pasado algo.

—En la mañana no había comido nada cuando me desperté. Y respiraba muy rápido. Entonces, pensé en lo que me dijiste, tenía que cambiarle el aserrín. Pero para eso tenía que sacarla de su jaula.

—¿Y la cargaste?

—¿Qué otra? La cargué con mucho cuidado, me daba cosa su panza y la puse en el suelo mientras limpiaba la jaula. Cuando la busqué se había escondido, estaba en una caja vieja de zapatos. Entonces pensé que a lo mejor le gustaba la oscuridad.

—¿Y qué hiciste?

—Corté un pedazo de la caja para hacerle una casita. Y cuando la iba a meter otra vez a la jaula, la cargué y bueno... le hice unos cariños en el pescuezo —dijo el Chocho apenado.

—¿Y entonces? —pregunté, abriendo los ojos.

—Empezó a hacer este ruido. Luego la puse en la jaula y se fue derecho a comer.

—¿Ya ves? Le hacía falta un poco de caso —le dije, satisfecha de haber tenido la razón.

—Yo pensaba que Geo y tú estaban locas.

—¡Chocho!

—¿Te quedas a comer?

—Voy a hablarle a mi mamá.

Durante la comida, a la mamá de Chocho le lloraban los dos ojos como si estuviera viendo la película más triste y moqueaba que daba pena. Pero eso no le impedía hablar hasta por los codos. Después, en la tarde, Chocho y yo sacamos a Chimi-churri a caminar al pasto. Lo hacía con cierta dificultad porque la verdad es que su panza crecía por minuto, pero le gustaba meterse atrás de las plantas y morder el pasto.

—¿Cómo va tu cuya? —dijo de repente su hermano—. Yo creo que ya hizo bastante ejercicio. Métela en su jaula.

Chocho lo miró extrañado.

—¿Y a él qué le importa? —me dijo en voz baja.

Mientras Chocho y yo metíamos a Chimi-churri a la casa, vi que unas cortinas se movían, como si alguien que espiara se hubiera escondido de repente.

—¿Quién será tu espía? —dije.

—Mi hermano, estoy seguro —contestó Chocho—. Todo el día anda viendo qué hago con la cuya.

Al día siguiente, Chocho y Chimichurri no tuvieron ningún problema. Después era sábado y era el día que me llevaría a la cuya. Mi mamá me llevó a la casa de Chocho a recogerla. Cuando llegué, toda la familia estaba reunida.

Chocho me entregó la jaula perfectamente limpia, con la comida recién puesta. Parecía un poco triste. Su hermano se veía contento y su mamá moqueaba peor que nunca. El papá sonreía burlón.

—Qué bueno que ya se llevan la cuya. Desde cinco días las sopas me saben más saladas —dijo.

—Adiós, Chimichurri —se despidió Chocho muy serio, haciéndole un cariño en la cabeza.

Cuando llegamos a casa, puse a Chimichurri en mi cuarto. Mi mamá me ayudó a acomodar la jaula en un buen lugar.

—Estás bonita —le dijo mi mamá. Y la verdad es que sí estaba chistosa. Tenía varios colores: su lomo era negro, sus patas de atrás, café, sus patas delanteras, blancas. Alrededor de cada ojo, su pelo formaba unos círculos como si usara anteojos, un círculo era café y el otro, negro, y también tenía una oreja café y la otra negra.

La verdad, Chocho había hecho un buen trabajo. La cuya me tenía confianza, comía bien y se escondía en su casa de caja de zapatos cuando quería descansar. Yo iba a verla cada 15 minutos. A veces, ni cuenta se daba de que yo me acercaba, pero otras veces, cuando me veía venir, hacía ¡Cuiic! ¡Cuiiic!, y entonces le hacía unos cariños en su pescuezo. La pobre estaba cada vez más gorda.

—Me da cosa, mamá. Está gordísima —dije—. ¿Así estabas tú cuando yo iba a nacer?

—Más gorda.

—¿De verdad?

Mamá soltó una risa.

—No. La verdad es que la cuya está impresionante. Parece coneja.

—¿Te sentías mal cuando estabas embarazada?

—¿Mal? No. Bueno, a veces estaba cansada, muy cansada.

—¿Y los últimos días?

—Esos sí son incómodos. No me acomodaba ni parada, ni sentada, ni acostada.

—Y el parto... ¿duele? —pregunté.

—¡Claro que duele! Pero... se olvida. Además, el embarazo y el parto son lo de menos —dijo mi mamá, quedándose pensativa de repente.

—¿Cómo que son lo de menos? —dije sorprendida.

—La maternidad no sólo es tener a un bebé en la panza y que nazca —contestó mi mamá—. La maternidad empieza después, cuando alguien depende de ti y lo tienes que cuidar y hacer feliz.

Durante un rato, miré a mi mamá sin decir nada. Por primera vez en mi vida, pensé que debió haber sido duro para ella. Viuda, con una hija de dos años, sin carrera. Había hecho muchas cosas para pagar mi escuela y la renta del departamento, y además, tenía que cuidarme.

—¿Alguna vez tuviste ganas de meterme en una jaula, como a la cuya? —pregunté.

—Pues... sí —contestó mi mamá, riéndose—. Cuando tenías como tres años eras tremenda. No podía dejarte sola ni un segundo. En esos días yo hacía arreglos florales para una florería. A veces había tantos pedidos que tenía que traerme a la casa las cosas para hacerlos, y era tanto el trabajo que no podía cuidarte. Un día vino un vecino a

tocar la puerta y me dijo: “Señora, ¿no es su niña la que está asomada por el balcón?” Fui corriendo y ahí estabas, habías puesto un banquito para asomarte a la calle y te impulsabas con los pies. ¡Ay! ¡Qué susto, creí que te caías!

Fui a ver a Chimichurri. Ella estaba metida en su casa, así que me acosté en mi cama. No podía dejar de pensar en mi mamá. Yo tenía 13 años. Ella tenía 21 cuando me tuvo. Ocho años más que yo. Cuatro años más que el hermano de Chocho. La misma edad que mi tía Verónica y ella se dedica a estudiar su carrera.

El sábado en la tarde, sólo salimos un momento al supermercado. En cuanto llegué, fui a ver a Chimichurri. El domingo, mi mamá me dijo que mi abuelita nos había invitado a comer, pero yo no quería dejar a la cuya. Estaba tan gorda que cada vez se movía menos. Le dije a mi mamá que mejor me quedaba en la casa. Ese día, Chocho me habló dos veces para ver cómo estaba Chimichurri.

El lunes, Chocho y yo hablamos todo el tiempo de la cuya. No pude evitarlo, pensé que éramos como los papás que hablan todo el tiempo

de sus hijos. Ni siquiera nos fijábamos en lo que hacía Toño, que los últimos días había estado más callado y huidizo que nunca.

—¿Cómo le va a hacer Toño con Chimichurri? —me preguntó el Chocho.

—No sé —contesté, sintiendo una angustia repentina—. ¿Qué tal si la deja morirse?

—¡Pobrecita! ¿Crees que Toño sería capaz?

—No sé...

Ese día teníamos práctica en el laboratorio de biología. Al final, Geo nos mandó llamar a los tres. Toño bostezaba con cara de “cualquier cosa que me digan, me vale”.

—¿Cómo les ha ido con la cuya? —nos preguntó. Chocho y yo nos miramos.

—Bien —dijimos, asintiendo.

—Sé que Marcelino tuvo algunos problemas al principio, pero logró superarlos él solo. Y también sé que todo ha ido bien contigo, Cecilia.

Chocho y yo nos miramos desconcertados, ¿cómo sabía Geo esas cosas?

—Me dicen que la cuya está muy gorda y que cada vez se mueve menos —informó Geo. Ahora la nerviosa era yo. Me sentí observada. Geo continuó:

—Creo que el alumbramiento no va a tardar. Le sugerí al profesor Jiménez que Chimichurri se quede con Cecilia hasta que tenga a sus crías y después se la lleve Toño, pero no quiso.

Todos miramos a Toño, que no hizo ningún gesto y no miró a nadie.

—De manera que el miércoles en la tarde, Toño, voy a recoger la cuya en casa de Cecilia y la voy a llevar a tu casa.

Toño asintió.

—¿Han necesitado ayuda? —preguntó Geo, mirándonos a Chocho y a mí.

—Cecilia me dio un buen consejo —contestó inmediatamente Chocho.

—La verdad es que Marcelino la cuidó muy bien, miss —dije, mirando a Chocho.

—Bien —dijo Geo sonriendo—. ¿Y tú, Toño? ¿Crees que necesites ayuda?

—No —contestó—. Puedo solo.

Geo, Chocho y yo nos quedamos muy serios.

—Espero que sí —dijo Geo—. También espero que tengas presente la consecuencia en caso de que falles. Acuérdate que los tres serían expulsados.

Toño nos miró con una sonrisa cínica.

—Bueno, si no hay más qué hablar, me despedido, tengo prisa —dijo y, dirigiéndose a la puerta, se fue.

Geo estaba muy enojada y tenía sus labios apretados.

—De verdad espero por ustedes dos, muchachos, y por la cuya, que el profesor Jiménez no se equivoque.

Chocho y yo nos quedamos muy preocupados pero estuvimos de acuerdo en que no había nada que hacer. Si Toño tenía decidido fastidiarnos, lo haría.

Esa tarde, Chocho vino a ayudarme. Tenía que cambiarle el aserrín a Chimichurri y estaba tan gorda, que pensé que cargarla ya no era buena idea. Teníamos que pensar en algo para sacarla de la jaula. En la cocina encontramos una charola pequeña, de plástico. La pusimos en la jaula, frente a Chimichurri, y colocamos en ella un caminito de pedazos de pera. A la cuya le encantaban, así que se los fue comiendo uno por uno y así se subió en la charola y Chocho pudo sacarla y platicar con ella mientras yo limpiaba la jaula. Cuando vi al Chocho haciéndole unos cariños en el pescuezo

a Chimichurri mientras ella hacía ichuic!ichu! ichu!ichuic! de gusto, pensé que, algún día, Marcelino sería buen papá.

A las cuatro y media en punto, el Chocho se fue porque tenía cita con el dentista. Yo tenía muchas tareas atrasadas y me puse a hacerlas en mi escritorio, junto a Chimichurri. A las ocho, mi mamá me avisó que llegaría más tarde pues estaba ayudando a su amiga con los presupuestos de un evento. A mí me chocaba cuando mi mamá me hablaba para decirme que llegaría tarde, porque me sentía muy sola. Pero esa vez, cuando me llamó, no me sentí tan triste. Cené y me fui a dormir tranquila. La cuya no era mi mamá, pero me acompañaba.

El día siguiente, me levanté sintiendo una tristeza que se acomodaba en algún lugar de mi pecho y no me la podía quitar. En la tarde me sentí todavía peor. Me encerré en mi cuarto. Yo sabía qué pasaba. Me quedaba un día con Chimichurri y no estaba segura de volverla a ver después. De pronto, mi mamá tocó a la puerta de mi cuarto.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Sí —contesté.

Mi mamá entró y me miró desde la puerta.

—¿Pasa algo? —dijo.

Yo negué con la cabeza. Ella se acercó y se sentó junto a mí en la cama.

—Es por Chimichurri, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te encariñaste mucho con ella?

—Sí. No quiero que se vaya con Toño. No quiero que le pase algo.

—Dale chance a Toño.

Yo negué otra vez con la cabeza y sentí una tristeza que se me atoraba en la garganta.

—No llore mi niña —dijo mi mamá abrazándome—. De verdad no creo que Toño la deje morir.

—No lo conoces —repliqué—. No le importa que ella esté embarazada, estoy segura.

—¿Sabes una cosa, Ceci? —dijo mi mamá viéndome a los ojos—. Me sorprendes. Nunca has tenido un animal ni has cuidado de nadie más que de ti. Y sin embargo has sido muy buena mamá de la cuya.

—¿Por qué te sorprendes? —pregunté extrañada.

Mi mamá miró hacia la ventana y suspiró.

—No todo el mundo es como tú.

Yo no dije nada. Mamá se levantó, le hizo unos cariños a Chimichurri y después caminó hacia la puerta. Yo la miraba con atención, sabía que estaba pensando en algo que no decía.

—Mamá... —la llamé.

—Dime...

—El otro día me dijiste que algunas mamás se sacan de onda cuando nace su bebé y el instinto maternal tarda en aparecer...

—Sí.

—¿A ti... te pasó eso cuando yo nací? —pregunté.

Mamá me miró a los ojos un momento y no dijo nada. Después, asintió con la cabeza. Yo me sentí muy mal. Ahí estaba la persona que más me había querido y cuidado en mi vida, diciéndome que cuando yo nací, no sabía qué hacer conmigo.

Unas lágrimas tibias me resbalaron por el cachete y me mojaron el cuello.

—Yo me casé muy joven —dijo mi mamá—. Pensaba terminar mi carrera y trabajar. Nunca pensé en embarazarme, pero pasó. Cuando naciste y te pusieron en mis brazos, me sentí muy

feliz, pero también me sentí muy rara. Era como si hubieran amarrado un lazo entre tu mano y la mía, un lazo que nadie veía, sólo yo. A partir de ese momento, fuera a donde fuera, hiciera lo que hiciera, siempre dependerías de mí, siempre tendría que ver por ti. Y yo sentía que era una carga muy pesada.

—¿Cuánto tiempo te sentiste así?

—Ceci, no quiero hablar de eso...

—Por favor dime, mamá.

—No sé, unos días. Papá y tu abuelita me ayudaban mucho contigo, yo casi no te cargaba. Pero una noche, estabas llorando muy fuerte y fui a tu cuna, te cargué, canté una canción y te calmaste. En ese momento supe que yo sería feliz si tú eras feliz.

Mamá se acercó y me abrazó muy fuerte. Las dos lloramos.

—¿Sabes algo? —me dijo—. *Todas* las cosas pasan por algo. Si yo no te hubiera tenido en ese momento, nunca te hubiera tenido. Y no puedo ni pensar en eso.

Al día siguiente, Chocho me acompañó a la casa después de la escuela. Juntos limpiamos la jaula

de Chimichurri. Geo vendría por ella a las cuatro en punto para llevarla a casa de Toño y me había pedido que la acompañara. Yo pensaba que no era buena idea, pero ella insistió.

A las cuatro y media tocábamos el timbre en casa de Toño. Por una ventana que daba a la calle, se asomó una niña de aspecto desaliñado, de unos seis años. Pasó un buen rato, volvimos a tocar el timbre.

Casi cinco minutos después, Toño vino a abrir la puerta.

—¿Podemos pasar?—preguntó Geo.

Sin decir una palabra, Toño empezó a caminar hacia adentro, Geo lo siguió y yo cerré la puerta. Al entrar en la casa nos recibió un desagradable olor a encerrado. No todas las cortinas estaban abiertas y eso creaba una oscuridad deprimente.

—¿Dónde puedo ponerla? —preguntó la maestra.

—En el suelo de la cocina —indicó Toño con un movimiento de cabeza.

Los tres caminamos hacia allá. Sobre la estufa había varias ollas. Algunas ya no tenían nada,

otras estaban a medias. En el fregadero se apilaba un altero de trastes sin lavar.

Geo le dio a Toño las instrucciones de cuidado de la cuya una vez más. De pronto me di cuenta de que la niña, que debía ser hermana de Toño, nos espiaba detrás de la puerta de la cocina, chupándose el dedo.

—Si necesitas algo —dijo al final Geo—, háblanos a Cecilia o a mí. Y no dudes en llamarme cuando empiece el parto.

Toño me miró y sonrió torciendo la boca.

—Todo esto te importa un comino, ¿verdad Toño? —dijo Geo.

—Bueno, no estoy obligado, ¿o sí? El director nos dio a cada uno la opción de decidir qué hacer.

—¿Qué dices?

—Es muy fácil: si escojo un camino, pasa una cosa, si escojo otro, pasa otra. Y soy el que puedo escoger por los tres.

—Toño, Marcelino y yo hicimos nuestra parte, *por los tres* —dije yo, sintiendo que los cachetes me hervían.

—Marcelino y tú siempre hacen lo que les dicen —replicó.

—¡Ya estuvo bien! —intervino Geo—. Haz lo que quieras, Toño.

Geo se encaminó hacia la puerta. Yo miré a Toño a los ojos y luego la jaula de Chimichurri. Junto a ella estaba la niña, sentada en cuclillas y viendo a la cuya con mucha atención. Caminé rápido para alcanzar a Geo y nos subimos a su coche. En todo el camino de regreso a mi casa, ella apretó los labios y ni dijo nada.

Al día siguiente, en la escuela, Chocho y yo nos sentíamos como en un funeral. Toño había llegado con la misma actitud cínica de todos los días.

Tuvimos práctica en el laboratorio de química y como estaba en nuestro equipo, no entró a la clase.

—¿Ya pensaste a qué escuela te vas a ir? —me preguntó Chocho.

—No pienses en eso —dije, aunque la verdad, Chocho tenía razón, era mejor ir pensándolo.

El jueves, Toño llegó un poco raro a la escuela. Estaba muy callado y distraído. Chocho y yo sabíamos que no tenía ningún caso preguntarle nada, pero temimos que lo peor había pasado o estaba por pasar.

—Si se muere Chimichurri, ¿crees que nos diga? —preguntó Chocho.

—¿Quién? ¿Toño? ¡Claro! Yo creo que hasta lo va a disfrutar —dije.

En el recreo, Chocho y yo hablamos seriamente de las posibles escuelas. En todo caso, lo mejor sería irnos a la misma, así no nos sentiríamos tan solos.

El viernes, Toño no fue a la escuela. Nos encontramos a Geo en el pasillo y le preguntamos si ella sabía algo, pero no sabía nada. Esa mañana pasó muy lenta. Al regresar a casa, me sentía muy triste. Mamá tenía que hacer 30 centros de mesa y andaba muy atareada, así que me fui a mi cuarto.

A veces está uno tan triste y sin ganas de pensar, que se duerme. Eran como las seis cuando mamá me despertó.

—Te hablan por teléfono —dijo.

—¿Quién?

—Toño.

Me paré de un brinco y corrí al teléfono. Estaba segura de que iba a decirme que Chimichurri se había muerto. Pero no. Me dijo que era muy urgente que fuera a su casa.

—¡Estoy ocupadísima, Ceci! —dijo mi mamá. Pero ya es tarde. Te llevo a casa de Toño y te dejo ahí. Cuando quieras regresarte me llamas. Mi mamá hizo tiempo récord a casa de Toño.

Quince minutos después, estaba tocando el timbre. Esta vez, me abrió luego luego.

—¿Pasó algo? —pregunté.

—No sé —contestó Toño sin mirarme a los ojos.

Corrimos a donde estaba Chimichurri. Me hiqué a verla. Estaba echada de lado y respiraba agitadamente. El aspecto de sus patas de atrás era extraño, como si estuvieran separadas del resto de su cuerpo. Toño quiso acercar la mano a ella, pero la cuya le enseñó los dientes como un perro enojado. Yo acerqué mi mano hablándole quedito y aceptó unos cariños en el pescuezo. Para mi sorpresa, el aserrín de la jaula estaba limpio, su agua y su comida se veían muy frescas y era obvio que había estado comiendo, pues había semillas de girasol rotas y la fruta estaba mordisqueada. No podía creerlo. De pronto, oí un leve sollozo detrás de mí. La hermana de Toño estaba sentada en el suelo, llorando quedito.

—Es mi hermana Alejandra —dijo Toño.

—¿Se va a morir? —me preguntó la niña, con ojos tristes.

—No creo —dije—. Parece que va a tener a sus bebés.

—Ya le hablé a la Geo —comentó Toño sin mirarme—. Pero está ocupado su teléfono.

—No quiero que se muera —dijo Alejandra.

—Ve a tu cuarto un rato —le sugirió Toño.

Cuando salga el primer bebé te aviso.

Alejandra se limpió las lágrimas y se fue a su cuarto sin decir nada. Yo miré a Toño.

—Su jaula está muy limpia —observé. Y su comida también.

—Lo de la comida no fui yo. Por mí, podía tener la misma comida ocho días. Fue Alejandra.

Lo miré sorprendida. Ella se veía muy chica.

—Sí. Mi hermana. A mí la cuya no me aguanta, cada vez que me le acerco me quiere morder. Pero Alejandra no se le ha despegado desde que llegó. Ayer en la noche me la encontré aquí dormida. Tuve que llevarla a su cuarto cargando.

—¿Y tus papás? —pregunté.

Toño torció la boca.

—Mi mamá llega a las nueve y media de la noche. Y mi papá, a las once. Yo tengo que hacerme cargo de Alejandra todas las tardes.

Miré a Toño sin decir nada. Hubiera querido preguntarle muchas cosas, pero no tenía la confianza.

—La cuido desde que ella tenía dos años. Antes nos ayudaba mi abuela, pero se fue a vivir a Guadalajara.

—¿Y tu mamá?

—Mi mamá trabaja todo el día y así le va a hacer siempre. ¿Para qué tienes un hijo si no lo vas a cuidar? Con ignorarme a mí era suficiente.

—A veces, las cosas pasan —dije, pensando en mi mamá.

—Pues sí pero, ¿yo qué culpa tengo? A veces no sé ni qué hacer con ella.

Pasaron unos minutos en los que nadie dijo nada. Sólo veíamos a Chimichurri.

—A mis papás les da igual si me corren de la escuela. Y a mí también. Pero Alejandra estaba muy contenta con la cuya. Hace rato le quiso lavar su jaula ella sola, pero cuando la cargó, la cuya pegó un chillido raro y Alejandra me pidió

que la ayudara. La rodamos en una toallay así la sacamos de la jaula para lavarla.

—Pobre Chimichurri. Está gordísima, ¿cuántos hijos crees que tenga?

—Parece un monstruo —comentó Toño—. Va a tener como 10.

En ese momento, la panza de Chimichurri se contrajo como si tuviera un largo hipo. A pesar de su gorda deformidad, hizo un extraño movimiento y con el hocico ayudó a salir al primer bebé cuyo. Yo esperaba ver un bicho sin pelo y con los ojos cerrados, como se supone que son la mayoría de los roedores cuando nacen, pero no: aunque tenía todo el pelo mojado, estaba peludo y sus ojos estaban bien abiertos, además se veía bastante grande. El cuyo estaba unido a su mamá por un cordón umbilical que Chimichurri cortó con los dientes como si lo hubiera hecho mil veces en su vida. Después comenzó a lamerlo con fuerza.

—¿Qué está haciendo? —dijo Toño con horror. ¡Lo va a matar!

En eso, la cuya volvió a contraerse y otro cuyo comenzó a salir. Ella volvió a ayudarlo y a cortarle el cordón.

—¡Llama a tu hermana! —dije.

Toño pegó un brinco y fue corriendo a llamar a Alejandra, quien unos segundos después estaba junto a nosotros.

En cuanto vio a los cuyos pequeños, dio aplausos de felicidad. Toño la miraba con una expresión de ternura que yo nunca le había visto. En eso, Chimichurri se encogió y un bebé salió sin necesidad de que su mamá lo sacara, seguido inmediatamente por otro que sí tuvo que jalar. Le cortó el cordón a uno y empezó a lamerlo, cuando salió otro más. Chimichurri se encargó del recién llegado y parecía haber olvidado al cuarto cuyo, quien seguía pegado al cordón umbilical y todavía tenía la membrana que su mamá le había lamido a todos los demás.

—¡Se le olvidó uno! —dijo Alejandra angustiada.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Alejandra quiso acercar la mano para empujar el cuyo hacia su mamá, pero Toño la detuvo.

—Mejor no lo toques —le dijo—. A veces se enojan.

—¡Pero se va a morir! —exclamó la niña.

Los demás bebés empezaron a moverse y a caminar por ahí, pero el cuarto cuyo parecía ale-
targarse.

—¡Pon agua a hervir y trae unas tijeras! —dije de pronto—. ¡Vamos a cortarle el cordón nosotros!

Toño puso inmediatamente una pequeña olla a hervir con un poco de agua y fue corriendo a buscar unas tijeras.

—¡Trae las más filudas que te encuentres! —grité.

El agua hirvió en un santiamén y Toño llegó con las tijeras. Las hervimos como un minuto, muy nerviosos porque veíamos que el cuyo se movía cada vez menos. Alejandra se puso las manos en la boca con angustia. Sin mirarnos a ninguna de las dos, Toño sacó las tijeras con un trapo, las enfrió un poco y cortó el cordón de un solo tijeretazo. Después, cargó el cuyo suavemente y comenzó a limpiarle la cara con el trapo, con mucho cuidado. Ese cuyo era de colores, igualito a su mamá. Alejandra lo miraba encantada. Cuando terminó la limpieza, Toño puso al cuyo con sus hermanos y de inmediato comenzó a moverse junto con los demás. Todos estábamos ob-

servando. Toño sonrió satisfecho y su hermana lo abrazó.

Chimichurri lamía quién sabe qué tantas cosas alrededor de ella, mientras los bebés se encimaban unos a otros. Después, la cuya caminó hasta la otra orilla de la jaula y ahí se quedó quieta. Pasaron unos minutos en los que todos esperábamos que se acercara a amamantarlos, pero nada.

—¿Por qué no les da de comer? —preguntó Alejandra.

Toño se encogió de hombros. Yo sí sabía la respuesta, pero no quería decirla. De pronto sonó el timbre. Toño fue a ver quién era y cuando oí la voz de mi mamá pegué un brinco y vi mi reloj: eran las ocho y cuarto.

—No me hablaste —me dijo—. Y... vine a ver si se les ofrecía algo.

—¡Nacieron los suyos, mamá! —grité.

—¡Qué bueno! —exclamó mamá, agachándose para verlos—. Hay uno igualito a su mamá.

—A ese lo salvó mi hermano —dijo Alejandra—. Pero la cuya no quiere hacerles caso.

—A algunas mamás hay que darles tiempo

—repuso mi mamá, mirándome a los ojos—. ¿Por qué no lo celebramos? Yo invito una pizza.

Toño, Alejandra y yo sonreímos ante la idea y rápido buscamos el teléfono de la pizzería más cercana. Mientras llegaba la pizza, y quizá sintiéndose apenado por la presencia de mi mamá, Toño se puso a alzar la cocina. Mamá y yo le ayudamos.

Alejandra estaba muy pendiente de la familia de cuyos y todo el tiempo fruncía las cejas de preocupación ante la negativa de Chimichurri de alimentar a sus hijos. La pizza llegó y nos sentamos a comerla. De pronto, Alejandra señaló a la jaula sonriendo.

—¡Miren! —exclamó.

Todos volteamos y vimos a Chimichurri echada de costado, mientras los cinco cuyos se alimentaban a placer.

Cuando salimos de la casa de Toño, mamá y yo nos abrazamos.

—Tienes razón —le dije—. Las cosas pasan por algo.

El lunes siguiente, a las 7:30 en punto, Chocho, Toño y yo estábamos sentados en la oficina del profesor Jiménez. La jaula que contenía a Chimichurri y su camada estaba sobre el escritorio.

—¿Qué creen? Ya averigüé algo de los observadores voluntarios —dije de pronto—. A mi mamá le tocó observar a Toño.

Toño sonrió levemente.

—Creí que lo de la pizza era desinteresado —dijo.

—¡Claro que sí! —dije, algo indignada—. Pero tenía que averiguar algo, ¿no? ¡Y tú, Chocho, quién fue, ya sabes?

—Fue mi mamá —contestó Chocho un poco nervioso.

—Yo no sé a mí quién me observó —dije.

—Fui yo —intervino Chocho.

—¿Tú? —pregunté sorprendida.

—Yo no quería, Ceci. Pero fue muy fácil, te portaste muy bien.

—¿Y si me hubiera portado *mal*?

En eso, los pequeños cuyos empezaron a jugar tosco, jalándose las orejas y dando maromas unos sobre otros.

—¡Están grandísimos! —exclamó Chocho, aprovechando para cambiar el tema—. Y ya se mueven mucho.

Toño miraba satisfecho a los cuyos.

—Creo que voy a pedir que me regalen uno —dije.

—Alejandra también quiere quedarse con uno. Con el que es igual a su mamá —comentó Toño.

Yo sonreí. A mí también me gustaba ese cuyo, pero era claro que Alejandra sería más feliz de tenerlo.

—Yo no puedo tener uno. Mi mamá se la pasaría con gripa —explicó Chocho.

Hubo un silencio largo en el que nadie dijo nada, todos mirábamos a Chimichurri y a su camada. Los bebés tomaban leche, jugaban un poco y venían por más leche.

—En tres meses, ella ya no tendrá sus hijos y lo más probable es que ni se acordará de ellos —dijo Toño—. ¿Se imaginan que fuera igual con los humanos?

—Sería horrible —dijo Chocho—. Yo quiero a mi familia.

Toño se quedó muy serio.

—Yo no quiero tener hijos —dijo de pronto.

Sentí tristeza por Toño. Sabía por qué decía eso y pensé que no había nada que yo pudiera decirle.

—Yo me voy a esperar bastante —comenté al fin—. Y cuando los tenga, los voy a disfrutar todo lo que pueda.

En eso el director y Geo entraron a la oficina. Los tres nos acomodamos en las sillas y me preparé para oír un largo sermón. El profesor Jiménez se asomó a la caja de Chimichurri.

—¡Excelente! —exclamó—. ¡Cómo ve esto, profesora?

—¡Muy bien! Una camada excepcionalmente grande —observó Geo.

—Por eso estaba tan panzona —dijo Chocho.

—¿Puedo quedarme con uno? —pregunté sin rodeos.

El director y Geo se miraron.

—¡Claro! Contestó el director.

—Yo... yo también quisiera uno —dijo Toño

mirando al director a los ojos durante un instante—. Es para mi hermana.

—Por supuesto —contestó el profesor Jiménez, mirando sorprendido a Toño, y añadió: —Bueno, muchachos, los felicito, ahora vayan a sus clases.

Los tres nos miramos un poco desconcertados y nos levantamos de nuestras sillas con lentitud. Mientras caminábamos hacia la puerta, yo sentía que algo estaba faltando. Después de todo, habían sido 15 días importantes y difíciles. No sólo por el logro de que Chimichurri sobreviviera y tuviera a su camada, también por lo que su presencia nos había cambiado. Yo, al menos, había visto con claridad cosas que antes no me pasaban por la cabeza. Y estaba segura de que Chocho y Toño sentían algo similar.

—¡No está bien, profesor! —dije de pronto, dando la vuelta para verlo a los ojos—. Acabamos de pasar 15 días importantes con la cuya. Logramos que tuviera a sus bebés. Y no fue nada fácil. Pasaron muchas cosas. Yo sé que usted es una persona ocupada, pero está mal que nos mande a clases así nada más, sin decir nada.

El director me miró unos instantes a los ojos.

—Cecilia, yo sé que ha sido un gran logro el que esta cuya esté aquí viva y con sus hijos. Estuvo a punto de no lograrlo en *dos* ocasiones. Incluso, el cuyo que Toño se llevará a casa estuvo a un tris de morirse. Y *ustedes* lograron que todo fluyera. Yo sé que estos últimos 15 días no han sido fáciles para ninguno de los tres. También sé que el paso de este animal por la vida de cada uno de ustedes dejó huella. No hace falta que yo diga nada, no hace falta que *ustedes* me digan nada. Pero si quieres saber qué pienso, te diría que me siento orgulloso. Cada vez que veo a un joven enfrentarse a un problema y vencerlo, me siento orgulloso de él o de ella, pero, ¿sabes qué es lo más importante? Que cada uno de ustedes se sienta orgulloso de sí mismo.

—Gracias. Es bueno oírlo —dije, sintiendo que un leve calorcito subía a mis cachetes.

—No pienses que este experimento fue inútil —continuó el profesor Jiménez—. Estoy seguro de que pasará el tiempo y ustedes lo recordarán. Además, se desprenden también acciones concretas. Pasado mañana vienen los papás de Toño. Creo que hay que hablar en serio sobre la responsabilidad de tener hijos.

Chocho y yo miramos a Toño. En su rostro casi siempre inexpresivo llegué a percibir un aire de alivio.

—Y ahora sí, es momento de ir a sus clases —dijo el director, abriéndonos la puerta él mismo.

Los tres nos despedimos y caminamos a nuestro salón. No nos dijimos una palabra, pero cada quien sabía que el otro estaba ahí, junto.

Y yo seguí sintiendo, por días, un calor alegre en mis cachetes.

Enterrar a los muertos

Federico Campbell

Federico Campbell nació en Tijuana en 1941. Es autor de libros de ficción como *Tijuanenses* (Alfaguara, 2002), *Todo lo de las focas* (UNAM, 1982), *Pretextos o el cronista enmascarado* (Fondo de Cultura Económica, 1979), *Transpeninsular* (Joaquín Mortiz, 2000) y *La clave Morse* (Alfaguara, 2001).

También ha escrito ensayos como *La memoria de Sciascia* [FCE (Colección Popular), 2004], *La invención del poder* (Nuevo Siglo, 1994), *Máscara negra* (Joaquín Mortiz, 1995), *Postscriptum triste* (Ediciones del Equilibrista-UNAM, 1994) y una antología de cincuenta años de crítica sobre la obra de Juan Rulfo: *La ficción de la memoria* (ERA-UNAM, 2003).

Escribe semanalmente una columna, “La hora del lobo”, más literaria que política, únicamente en diarios que remuneran a sus colaboradores.

En 1995 ganó la beca J. S. Guggenheim.

Lore pasa a través de guardias militares y empleados civiles explicando, explicando, explicando. Lleva una bata blanca y gafete al pecho. Un licenciado Hamilton le permite el acceso a la zona de desastre.

 Mi fantasía, dice Lore, es que los parientes se están sintiendo adoloridos, reventados, incontrolables. Y no. Están enteritos, de una sola pieza, fuertes. ¿Hay alguna novedad? ¿Se oye algo? ¿Hay más víctimas? No queremos más mentiras. Queremos la verdad, aunque sea fea. Vamos a anotar lo que ustedes piden, pero hay cosas que no se pueden conseguir. Si ustedes quieren una máquina superespecial que reviente el cemento, eso no se puede. Pídanlo, pero desde ahora sabemos que no.

Lore intuye que tiene que responder con cierto grado de autoridad: Venimos a dar un apoyo a la herida de adentro, que no se ve, pero que existe. Los sindicalistas lo entienden. El papel de los psicoterapeutas sirve de mediación frente al poder: los militares, el Estado, la secretaría, el sindicato, por su pertenencia de clase, por la bata blanca, por cierta seguridad al hablar. Y como no tienen familiares entre los escombros pueden decir y demandar con mayor entereza que otros.

Así va pasando la tarde del sábado. Se le pide al licenciado Hamilton que al menos dé información cada hora, porque eso tranquilizaría a los parientes. ¿Qué tipo de información? La que sea, licenciado. Información técnica, inclusive: se quitaron tantos bloques, no se puede mover una piedra, vamos a meter una motonosequé. Eso los familiares lo entienden. No tiene que dar datos sobre las víctimas si no los tiene. Diga lo que está sucediendo, licenciado, simple y llanamente. ¿Y si no se ha sacado a ninguna víctima en una hora qué dato vamos a dar? Pues diga lo que está haciendo, para que los familiares vayan entendiendo y tomen parte activa en todo el proceso de

rescate y no se limiten a ver cómo desentierran a sus muertos.

A las seis de la tarde se informa que encontraron a cuatro personas, dos vivas y dos muertas. Hay que asegurarse de que el familiar está aquí. Todo el mundo se mueve enloquecido. Hay que levantar una lista.

¿Quién está aquí?

Mi hermano.

¿Cómo sabe que su hermano está aquí?

Porque entró a las siete de la mañana.

¿Está usted seguro?

Sí.

¿Cómo es su hermano? Si lo tuviera que reconocer en la calle, ¿usted qué me diría?

Tiene un lunar, es un poco alto, de pelo lacio negro.

¿Y usted?

Es cuadradita y gordita.

¿Y usted?

Es joven, pero canoso.

Las víctimas empiezan a convertirse en gente conocida. Fulano es papá de cuatro. Perenganito entra a tal hora. Perengano es intendente y es de

Michoacán. Tiene setenta años. Ya no son víctimas en abstracto.

A no menos de cincuenta metros de donde están sacando los cuerpos, Lore se aproxima a María Inés Serrano, una señora joven, de veintitrés años, muy tímida, con una niña de tres meses, esposa de alguien que está siendo extraído: Álvaro Luna Alegría.

¿Luna qué?, le preguntaba a cada rato a Lore.
¿Luna qué?

Van a sacar a cuatro gentes. Una de ellas es su esposo. No sé si está vivo o muerto. Mentira: Lore sabe que está vivo, pero no le quiere dar falsas esperanzas... La voy a acercar a donde lo van a sacar, pero usted se me está tranquilita porque si usted hace un escándalo, se me desmaya o se pone a gritar, nos corren a usted y a mí. Así que se me va tranquilita, de la mano conmigo.

Lore y María Inés se colocan a cinco metros de la ambulancia y empiezan a ver que bajan un cuerpo, tapado. Se dice que está vivo. Sólo le sale un zapato por el lado derecho de la camilla. Tomándose al pie de la letra las instrucciones de Lore, en un murmullo casi, María Inés le toca el

hombro y le dice: pst, pst, pst. Lore la toma de la mano cuando ve que bajan el cuerpo. María Inés le dice pst, pst, que se acerque para que le hable al oído. ¿Qué? Acérquese. Ése es mi esposo, añade quedamente María Inés. Lo conozco por el zapato.

La voy a acercar a la ambulancia y vamos a tratar de ver que usted suba. Usted le tiene que hablar suavcito, como a un bebé. Y si lo puede apretar en algún lado que no esté herido, hágalo. Él va a entender, aunque esté dormido, que ya no está entre las piedras. Lore supone que el hombre, aunque permanece inconsciente, en algún lado, en su sensibilidad más profunda, va a escuchar el ronroneo de la voz que le va a permitir reactivar sus signos vitales.

Y le habla usted, le sigue hablando como si fuera bebito. Usted ve que a los bebés se les habla aunque no entiendan, pero en algún lado sí entienden cuando la voz es de amor, o de enojo.

Al adelantarse Lore para que María Inés suba a la ambulancia le dicen que no.

¿Cómo que no?

Es que está inconsciente, dice el socorrista.

Si va un familiar es mejor.

No, está prohibido que los parientes suban a la ambulancia.

Pero uno, uno nada más. Elija usted: el papá, el hermano, la esposa, alguien, el que usted vea más tranquilito.

No.

La ambulancia número ocho se aleja de la secretaría a las siete de la noche. ¿A dónde va? A la Cruz Roja de Polanco.

Los parientes de María Inés no conocen Polanco porque son de las afueras de la ciudad y de otro estrato social. Lore va con ellos diciendo a la señora que hay que estar tranquila, que no hay que transmitirle ansiedad al herido. Van en un taxi. Eran unas de esas gentes que traen taxi y una de esas camionetas viejas tipo México ra ra ra, y ahí vamos, tratando de salir de las zonas acordonadas. Nos tar damos una hora y cuarto en llegar a la Cruz Roja de Polanco, entre escombros, sombrerazos, pitazos, porque la ciudad está muy exaltada ese sábado en la noche. Lore insiste en que hay que llegar con calma. Hay que pedir que nos lo dejen ver, aunque sea cinco minutos. Hay que acercarse y

decirle al oído que todo está bien, que ya está del otro lado.

No, aquí no está.

¿Cómo que no está? Si nosotros veníamos casi detrás de la ambulancia.

No está.

¿Dónde está? ¿Cómo nos dice que no está? No puede ser que nos tengan así.

Vaya a preguntar donde está la radio de los socorristas.

Bajan.

Sálganse.

No, dice Lore. Nosotros venimos detrás de la ambulancia número ocho y nos dijeron que venían para acá.

Sálganse.

No me voy a salir. Es mi familiar y yo quiero saber dónde está. Sólo me salgo si usted me promete que va a radiar a ver dónde carajos fue a dar la ambulancia número ocho. Si no, no me salgo.

Bueno, denos un momento porque está interrumpiendo aquí, contesta el radioperador.

Hay más de diez personas esperando. Lore

sale, se queda afuera, deja pasar diez minutos y vuelve a tocar:

¿Qué pasó? ¿La Cruz Roja número ocho ya saben dónde está?

Aparece un médico, muy amable, e informa:

La ambulancia número ocho fue a dar a la clínica de la Prensa en la colonia Morelos. Yo voy para allá. Si quieren yo les digo dónde está.

¿Está seguro?

Sí.

Lore ve que los familiares de Álvaro Luna Alegría salen corriendo y no los vuelve a ver. Lore se pregunta si realmente existe la clínica de la Prensa. No sé, piensa. Yo lo único que sé es que llegué hasta aquí y me quedé un rato tratando de averiguar cuál era la organización de la Cruz Roja. Nombres. Cómo estaban manejando las listas de los desaparecidos y a dónde los mandaban. Así, atascada la Cruz Roja de Polanco.

Sola, Lore camina entre la multitud. Allí ha llegado a borbotones la mejor comida de la ciudad. Tacos de todo tipo. Un puesto impresionante. Con asaderos nuevecitos. Muy rico. Son las

ocho de la noche y Lore no ha comido nada en todo el día. Refrescos. Helados.

Y me comí cuatro o cinco tacos, dice Lore. Porque tenía mucha hambre. Y yo decía: cámara maestro, itacos!, itacos!, itacos! Entonces se ponía la gente. Y, ¡otro taquito!, ¡otro taquito! Y campechaneado. A ver, frijoles con... otro chilito, por favor. Era un picadillo delicioso. Y frijolitos, y los refrescos. Me acuerdo que los refrescos me impresionaron porque estaban helados. Y, además, muchachos jóvenes, muy guapos, de la zona. ¡Tacos, tacos! Y entonces yo digo puta madre, estos cabrones en su vida estarían ayudando en sus casas a repartir tacos, pero aquí están. Entonces se notaba, el toldo, la cosa ésa donde se ponía la comida caliente, los canastos con sus envolturas de tela, no servilletas de papel, hielo a pasto, refrescos, helados, helados.

Llena la Cruz Roja de Polanco. Repleta de gente ayudando. Lo que sea. En otras colonias, como la Morelos, los puestecitos reciben lo que Dios les da a entender.

A esa hora yo ya me fui a mi casa. Yo iba sin coche. Hablé a la casa, que pasaran por mí. Ya me estaba empezando a sentir medio abrumada, porque a medida que pasan las horas la sensación es que todo se dificulta cada vez más, que aún hay gente con vida. Y eso que todavía era sábado.

El domingo vuelvo a ir a la secretaría. Y otra vez todo el día allí. Otra vez la misma función: estar con los familiares, escuchar sus historias, ver qué está pasando entre las ruinas, volver a estar como mediadora. Era como una función de información. O sea: dicen señora que está pasando esto allá arriba; dicen que ahorita van a encontrar a alguien; dicen que no van a derrumbar. Entonces era: ir a donde están los familiares, ir a donde está la tropa y los rescatadores y caminar para arriba y para abajo. Había una gran indiferencia por la cosa psicológica. Como que a eso no le dan importancia. El problema para los médicos y los policías son las heridas a flor de piel. Hay un desconocimiento aterrador de la problemática emocional, de los sentimientos, pero además es cierto: había mucho miedo. Miedo de que los familiares armaran el gran escándalo. Aunque hasta ese

momento los familiares tenían una fortaleza que yo no lo podía creer. Sí, sabemos, pero queremos la verdad, decían. No estaban escandalizados ni se desmayaban. Incluso mostraban cierta sabiduría psicológica al acercarse a los escombros y gritarles: ¡Estamos aquí! ¡Aquí estamos!

A medida que pasan los días yo me acerco, cuenta Lore. Los de la secretaría, los del sindicato ponen un toldo grandote donde se duerme, se come, se cena, se sienta, se desayuna. Se va rotando la gente. Se empiezan a dar cuenta de que yo no voy a crear líos; no soy autoridad tampoco para dar órdenes. Se acercan, me cuentan lo que sucedió el primer día. Me dicen por ejemplo: Antelmo el compañero tiene a su esposa y a su niña allí adentro. Y Antelmo estuvo hasta el viernes sin moverse de allí, subiendo a los escombros, bajando. Serio. Uno nunca se hubiera imaginado que allí abajo estaban su esposa y su hija.

Otros compañeros del sindicato suben y otros bajan y empieza a llegar comida: naranjas, arroz, huevos cocidos, comida a pasto, a pasto. Comían los socorristas, los familiares, nosotros, sobraba comida. Y seguían llegando camiones con co-

mida. Se corrió la voz. Unos estaban allí y otros mandaban comida. Señoras del sindicato, esposas, están allí ayudando, sirviendo tortas, sándwiches, refrescos, chilitos. Por un lado estaban las ruinas, gente muerta. Por otro estábamos nosotros, angustiados pero comiendo mientras llegaba más y más comida. Doctorcita, una naranja, un refresco. Todo muy cuidado: esta es agua electropura, esta es para beber, esta para lavarse. Así se va pasando el tiempo y la gente sentada allí, platicando, y empiezan a contar cómo fue el primer día, después de las siete de la mañana, y quiénes estaban adentro.

Bajo las ruinas de la secretaría yacen más de veinticinco empleados de la compañía Mate, una empresa particular que da servicio de limpieza a las oficinas del gobierno. Algunos nombres: Edilberta, Anita, Pilar, Raúl, Cresenciano, Apolín, Yolanda, Trini. Las afanadoras entran temprano, de manera que a las ocho de la mañana todo esté limpio. Había veintitantas mujeres de Mate allí metidas: todo el equipo de limpieza, además gentes de la intendencia, gente de la oficina de prensa que entra a las cinco de la mañana para tener

todos los recortes de los periódicos listos a las ocho. O la mujer a la que el esposo había dejado a las siete y cuarto, porque los dos trabajan y tienen un solo coche, porque tú me dejas en el trabajo y yo a ti, porque él tenía que entrar a las ocho en otro lado. Los tempraneros. Fulanito, cómo quieres, tenía la mala costumbre de llegar puntual. Y llegó a las siete. En las primeras horas logran sacar a bastante gente de los pisos de arriba. Suben a los escombros y empiezan a gritar: ¡Chuuuy, aquí estamos! ¡Chuuuy, no te preocupes! Vamos a empezar a salir. Mira, aquí está. La familia tuya está bien, no te preocupes. Les gritábamos para que estuvieran tranquilos, que no había bronca, que nosotros los íbamos a sacar.

Pero llegó el ejército y nos bajó a todos.

El domingo llegan los perros de los franceses. Tres perros, tres franceses. Y suben. Todo el mundo excitadísimo con los perros. Ya llegaron los salvadores. Órale. Por aquí, güero. Pásele. Ándele. Los franceses dicen que los perros arriba no huelen nada porque hay mucho cadáver, que hay que quitar dos losotas grandotas para que los perros puedan regresar y oler en el

tercer piso. Quitar esas losas toma cuarenta y ocho horas. Y se van.

Ay, doctorcita. Yo no sé si él está aquí. No tenía que entrar a esa hora, dice Patricia Pego, la mujer de Rubén Bernal Piña, de treinta y dos años, licenciado en administración, analista especializado en la secretaría.

Rubén había llegado ese día a las tres de la mañana de Cancún y prefirió esperar que transcurriera la madrugada en el aeropuerto en vez de irse a su casa, en Tlalnepantla. En el primer metro de la mañana se fue directo a la secretaría y a las siete y diez habló con su suegra: Dígale a Patricia que no se preocupe. Ya me vine del aeropuerto para acá. Nos vemos en la tarde.

Patricia piensa: bueno, seguramente no está aquí porque un amigo me dijo que lo vio en la calle, porque Lupita me dijo que él se salió a comer un taco. No puede estar aquí.

Ay, doctora, fíjese que estoy contentísima, dice Patricia a Lore por teléfono a las cuatro de la mañana del lunes. Hoy sacaron a dos compañeras y me dicen que Rubén está allí y que está vivo. Bendito sea Dios, ya lo tenemos localizado. Tiene

parálisis facial y en una de éstas no puede hablar, pero me dicen que sí habla.

Lore vuelve el lunes por la mañana y le cuenta que sí, que han sacado a un muchachito al que le estaba saliendo el bigote poquitito, que lo habían sacado, ahí tengo el nombre: Palomino. Él y su mamá se habían quedado adentro. A su mamá la sacan el sábado, con vida y bien, y el lunes en la madrugada sale el hijo, que muere horas más tarde. Tenía las piernas gangrenadas. Lore recuerda perfectamente: la mamá le había dicho que tenía diecisiete años y que le estaba saliendo el bigotito. Y luego le dicen que, en efecto, Rubén está allá arriba, que ya está localizado, pero que está muerto.

¿Qué me dice de mi hijo?, dice el padre de Rubén Bernal Piña.

No sé, estoy llegando, contesta Lore. Déjeme averiguar, yo ahorita vengo a decirle.

Patricia está tirada en el suelo, bajo el toldo del sindicato.

Ay, doctora. Se me murió. Se me murió.

¿Usted quiere que nos vayamos?

No. Yo me quiero quedar aquí hasta que lo saquen.

Durante todo el lunes se hacen intentos por extraer el cuerpo de Rubén. ¿Podría subir Lore?

Cómo no, doctora. Véngase.

Suben Lore y Carlos, el hermano de Patricia, con cuerdas y guantes, se asoman y sí: Rubén está allí con un pilar encima. Sacarlo demoró todo el día. A Patricia le habían dicho que cuando todo empezó, Rubén se agarró del pilar. Ya estaba muerto desde hacía dos días por lo menos.

¿Cómo sabían que estaba muerto?

Porque se le veía, porque tenía el pilar, la cara destrozada, hinchado.

Lore se agarró de unas cuerdas. Carlos, gentil el muchacho, sensible y fuerte, la ayuda a subir. A ver si no me caigo y dejo un desmadre aquí, dice Lore, porque, imagínate, llovido sobre mojado. A ver si no les creo más problemas a los rescata-tistas. Voy así, como muy recia, viendo dónde voy a pisar para no doblarme un pie y crear más problemas. Me asomo con Carlos y es obvio que Rubén está muerto hace cuando menos dos días. Y sí, la descripción coincide: chamarra roja, pantalón café.

Bajan.

¿Qué me dice, doctora?, pregunta el padre de Rubén.

¿Y su hija y su hermana? ¿Está usted solo?

Se fueron a llamar por teléfono. ¿Qué me dice?

Vamos a esperar a que vengan sus hermanas y su hija, ¿no?

Bueno, pero, ¿qué me dice? ¿Malas noticias?

Sí.

¿Cuáles? ¿Muy malas?

Las peores. Está muerto.

Así empieza a transcurrir el día. Se sabe dónde está Rubén, pero no se le puede sacar porque tiene encima un pilar que pesa varias toneladas.

Lore baja a decirle a Patricia que está muerto.

Está allá arriba. Hace varios días...

Ay, mejor. Así no sufrió.

La primera reacción es que está vivo, está vivo, está vivo. Cuando se sabe que está muerto, la respuesta es otra: humm, ojalá que haya muerto rápido para que no sufriera más, ojalá que no haya tenido que estar tres cuatro días, ¿no?, viendo que no pasa nada, que se está muriendo y que nadie lo saca.

Están sacando los cadáveres por atrás, dice un sindicalista. Por favor, fíjese que no se los lleven sin reconocer.

Los cuerpos se colocan en un camión de la Armada. Uno de ellos corresponde a Noemí Bersúns, de la compañía Mate. Llevaba una bata azul eléctrico.

Eso es lo que decía Francisca: nosotras todas somos de bata azul. Éramos veinticinco y no las han sacado a todas.

Francisca estaba allí por sus puras compañeras de trabajo. No tenía ningún familiar allí. ¿Cuándo las van a sacar? El dueño de Mate no viene. Bien que se lavó las manos.

Carreto, un muchacho del sindicato, se acerca a Lore y le dice:

Yo me voy con usted.

Sale un camión. Ya empiezan a sacar en bulto a la gente, muerta hace varios días, quizá un poco descompuesta. Y así nos pasamos todo el lunes, dice Lore. De pronto nos mandan a callar a todos. Silencio. Se escucha un ruido en la esquina de Doctor Vértiz y Fray Servando. Puede haber alguien con vida. Todo el mundo se para: cien doscientas

trescientas gentes entre las que están en los escombros, en la calle, y los del sindicato. Donde te pares te tienes que quedar. Sale uno de los topos... Ya está Petróleos Mexicanos aquí. Rápido. Los topos son los que se saben meter por los hoyos; son gente especializada que sabe medir, cómo quitas esto, cómo te metes, tienen que ser muy delgados.

Por favor se callan la boca no me dejan oír. Trescientas gentes congeladas. Silencio absoluto. Hay que escuchar si adentro hay una vocecita, un ruidito, algo que diga que hay alguien que está respondiendo. Pasan quince veinte treinta minutos. Y salen: el topo y un técnico de Petróleos. Dicen que se escucha a alguien como un ruidito y que van a tratar de abrir un túnel para llegar a la persona que supuestamente está con vida y no se sabe si es hombre o mujer. Tantos datos tan ambiguos enloquecen. Salen los rescatistas y empiezan a decir algo, pero alguien les dice no, mejor aquí, en privado. ¿Por qué se tiene que decir en privado? ¿Quiénes más interesados que los familiares en saber lo que está sucediendo? Pero no, no entienden. Se van a su conferencia privada a un lado de los escombros.

Yo me meto, dice Lore, a escuchar. A ellos no les gusta, pero no me dicen nada.

¿Por qué no lo dicen recio? Hay gente con vida. Además es un rito absurdo porque finalmente así como yo me meto a escuchar se meten otros y nos volvemos y vamos y decimos. Es un rito de complicaciones burocráticas. No sé qué decir. Rituales: primera instancia, el que oye; segunda instancia, los jefes; tercera instancia, los bocones, como yo, que estamos avisando; y cuarta instancia, los familiares.

¿Por qué no les dicen a los parientes? Total, yo se lo voy a decir. Siempre voy con la sensación de que estoy revelando secretos. Mira, acabo de decir esto, pero no hay que hacer escándalo. Los familiares están quietos, tranquilos y, a estas alturas del partido, resignados... pero quieren ver a su gente.

Ya se puede hacer ruido otra vez porque el topo ya sabe dónde escuchó y nos avisa. Vamos a abrir un canal.

Y empieza a llover.

A las siete de la noche del lunes: un aguacero. Lluve a cántaros. Mucha gente del rescate

baja. Los escombros están resbalosos. Empieza a hacer frío. Nos empapamos. Zapatos empapados. Comida empapada. Colchas empapadas. Deja de llover y tuc tuc tuc: para arriba otra vez. Y todavía Rubén no sale. Carajo, con la lluvia, ¿qué va a pasar con los cadáveres? Pero si a los que están vivos les cae un poco de agua... mejor. Por algún lado se va a meter el agua.

Lore se retira a las nueve de la noche y le dice a Patricia que a la hora en que saquen a Rubén le avisen. Patricia está más tranquila. ¿Ya lo saben las niñas? Tiene cuatro hijos: una niña de siete, una niña de seis, una niña de cuatro, y un bebito, el único hombre, la adoración de su papá. Abrahamcito, de dos años. Está toda la familia: la tía, la sobrina, la comadre, el compadre, están en bola. Esto no sucede en otros países. Esas redes familiares.

Mi esposa Edilberta, doctora. ¿Usted cree? Me están mintiendo. Me dicen que ya la sacaron y no es cierto. Ya vino la gente de la colonia y yo les dije que estaba viva. Van a ir a decir a la colonia que está viva y no es cierto. Fíjese nomás, doctora, dice el albañil, con ocho hijos, esposo

de una de las trabajadoras de Mate, preocupado porque ya había venido la palomilla e iba a ir a decir a la colonia, en Naucalpan, que Edilberta estaba viva.

Allí está mi papá, de setenta años, en la parte de adelante, doctora, no me dejan pasar, dice un señor de Iztapan de la Sal, de unos cuarenta y siete años, alto, recio, tímido.

¿Y usted por qué no entra?

Allí están los militares.

Váyase por el otro lado. Yo lo paso.

Pero por allá también está acordonado.

Mire, le dice Lore al soldado, el señor es el único familiar. Su papá tiene setenta años y era de Intendencia. Déjelo pasar. El señor está muy tranquilo y quiere estar enfrente de donde están sacando a su papá. Una semana después no se sabe aún si está vivo o muerto. El soldado deja pasar al señor. Cada dos horas Lore vuelve por allí:

¿Qué pasó?

Todavía no sale. Dicen... dicen que encontraron a alguien.

Por falta de información los rumores van y vuelven. Así se pasa el lunes. Lore se siente muy

mal. Quiere encontrarse con sus compañeros del Círculo Psicoanalítico pero no los localiza porque los teléfonos no sirven, porque se cayó un edificio cerca del Círculo. Lore se va a su casa.

Lo que estamos viviendo todos, dice Lore, nos está empezando a penetrar muy a fondo, aunque no seamos familiares de las víctimas. Todo se empieza a hacer muy difícil, muy terrible, el olor a cadáver. Mientras yo estoy allí no se me nota: subo, bajo, digo, opino, torno, como, voy, pero cuando me quedo sola en el auto me empiezo a sentir muy abrumada.

Me siento muy mal, me siento muy mal, me siento muy mal, dice Lore en su casa. Y de ahí no sale. No es que sea importante que yo me sienta mal, pero si yo, que estoy entrenada para trabajar con angustia, dolor, desesperación, y no tengo familiares allí adentro, me siento así, ¿cómo se sentirán los parientes y los socorristas? Y, como bebida, le pido a mi esposo, como yo le decía a la gente que hiciera con sus familiares, que necesito estar así, como ovillito, como bebé, que necesito que me apapachen y que me den agüita. Era como no tener control. Me siento muy mal. Me siento muy mal.

Carlos, el cuñado de Rubén, se comunica con Lore a las tres de la mañana:

Doctora, ya lo sacamos. Perdona la hora, pero Patricia me dijo que la mantuviéramos informada a la hora que fuera.

No faltaba más, Carlos. Perfecto.

Ya lo vamos a enterrar, en el Parque Memorial, en Naucalpan.

Vuélveme a hablar a las siete de la mañana porque estoy tan cansada que no me voy a despertar y quiero acompañarlos.

Lore se levanta cuando Carlos vuelve a llamarla, se viste, sale al Parque Memorial. Y allí estamos, dice Lore, en el entierro. Llegan dos o tres ataúdes más. Eso nunca se ve en el Parque Memorial. El Bosque de los Remedios. Inclusive en los panteones privados empieza a haber más movimiento y los sepultureros se ven cansados. Allí está toda la familia, sin escándalo, la reciedumbre frente al dolor. Después les va a venir un quiebre, piensa Lore, grueso, melancólico, depresivo. Cuando estaban sacando piedras, recuerda Lore, tenían que mantenerse fuertes. No se podían ablandar. Algo, una recóndita sabiduría les

decía que no podían aflojarse... el aflojamiento les viene después de que entierran a sus muertos. Entonces les viene un bajón, una depresión que te la regalo.

Después del sepelio viene el segundo paquete: avisarle a los niños. Se les había dicho que su padre estaba de viaje en Cancún.

Hay que decirles la verdad.

Pero, ¿cómo, doctora?, dice la mamá de Patricia. Venga con nosotros.

Lore las acompaña a su casa de Tlalnepantla.

Lore nunca le había dicho a nadie... menos a niños.

En casa de mi mamá, dice Patricia.

No, en tu casa.

Pero yo no he vuelto a estar allí desde que Rubén se fue.

Pues hay que entrar porque ésta es tu casa y aunque Rubén ya no esté. Tienes que vivir allí. Tienes cuatro hijos, tienes que sacar a la familia adelante. Tienes que salir.

Patricia oscila entre el “él era toda mi vida, yo nunca decidí nada, pobrecita de mí, qué voy a hacer”, y el “yo voy a poder, tengo que poder, yo

voy a sacar a mis hijos”. Patricia se debate entre las dos posturas. Ha estado condicionada para no tener voz ni voto y ahora se encuentra con voz y voto y cuatro hijos. Y se aterra.

¿Tú me vas a ayudar? ¿Te puedo hablar de tú?

Evidentemente Rubén era muy buen padre, por la casa, por los juguetes. Está su cadáver, la bolsita que trajo de Cancún, la ropa que había usado, sus calcetines, sus camisas, y unos libros.

Siéntense aquí con su mamá, niños.

Se abrazan todos. La gallina con sus pollitos.

No puedo, Patricia empieza a llorar. No puedo. Tú. ¿Cómo se les dice a unos niños de siete para abajo?

Miren, ustedes saben que su mamita no ha venido, que ha estado buscando a su papá. Papá ya apareció, pero se murió.

¿Se murió?, pregunta la de siete años.

Sí, mi amor. Papito se murió, en su trabajo. En la secretaría. Ya lo encontraron y está muerto, mi amor. La niña de siete años dice... nada, pero no llora.

Papito nos ve desde el cielo y nos va a cuidar.

Sí. Lore quiere fijar un principio de realidad.

Sí, pero aquí no viene más. Se murió. Ya no lo van a ver más.

Ay, una foto de mi papito.

Sí, una foto sí. Pero él ya no va a caminar por esta casa.

Empezamos a hablar de papito, recuerda Lore. Papito me llevaba al cine. Papito me llevaba al restaurante.

Lore se queda dos o tres horas con los niños que, según su edad, van entendiendo de distinta manera cada uno. La de siete años ya tiene pensamiento abstracto; sí entiende lo que es la muerte. La de seis años dice:

Ay, ¿para qué fue a la oficina?

La de cuatro años entiende que algo está pasando, pero, ¿qué será? Algo pasa porque mi mamá está llorando.

Y el de dos años, que no entiende conceptualmente, sabe que algo grave pasa. Empieza: papito, papito, papito. Lore le da una paleta. El niño se pone a medio correr, se cae, y se la clava en la garganta. No le sucede nada. Empieza a llorar.

Patricia se ausenta porque le hablan por teléfono.

Lore se queda con Jérica, la niña de siete años.

¿Estás triste, mi amor?

Sí.

¿Tienes ganas de llorar?

Sí.

Llora, mi amor.

Jérica pregunta cómo estaba su papá, que si le cayeron piedras encima, que ella vio en la tele...

¿Tú quieres saber eso? Tu tío Carlos lo encontró. Vamos a llamar a tu tío Carlos.

Carlos, Jérica te quiere preguntar unas cosas. Dile la verdad, no le mientas, no hay que dar detalles innecesarios.

¿Mi papá cómo estaba?

Sí, mi amor. Allí yo lo encontré.

¿Y estaba muy lastimado?

Carlos se pone a llorar.

Ay, Jérica.

Pero dime.

Sí, mi amor. Le cayó un pilar encima.

¿Y hacía mucho que estaba muerto o se murió cuando lo vieron?

No, mi amor. Ya estaba muerto hace mucho.

¿Estaba vestido?

Sí, mi amor. Estaba vestido.

Ya no quiero preguntar más.

El miércoles veinticinco Lore se queda en su casa, sola, todo el día, en su cama, durmiendo a ratos. Una vecina toca la puerta y le dice:

Oye, Lore, aquí hay un muchacho socorrista de la Morelos y está muy mal. Dice que tiene ganas de llorar y que no puede. Tiembla.

Cuéntame, Marco. ¿Qué has visto?

A la Morelos no llega ayuda, le dice Marco, están entre ellos sacando a sus gentes, de repente oyen un llanto y hay un huequito para entrar y me dicen tú eres el más delgado, entra. Y yo no tenía ganas de entrar. Escuché un llanto y dije no.

No entré porque era el llanto de un perro. Estoy seguro.

Luego le dicen que se meta a sacar un cadáver y él contesta es que ya no puedo. Localizan después a otro muchacho en los escombros, hay que cortarle la pierna para sacarlo y Marco ve cómo suben un aparato y cortan.

En otra parte de la Morelos una señora llora y dice mi niñita está allí adentro, pero mi esposo no me deja entrar y está bebiendo todo el día.

Marco entra a sacar a la niña y sale con ella entre los brazos, viva. Pero allí truena. Marco no puede más. Empieza a temblar, a temblar... y esa tarde lo traen a casa de Lore.

Es que yo quiero llorar y no puedo.

¿Y si pudieras llorar qué gritarías?

Que me dejen en paz, que ya no puedo más, que quiero estar solo.

Cruzado por dos mensajes (el amor a los suyos que le dice que tiene que entrar y el impedimento que le viene del interior), Marco se siente deshecho por la culpa. Pero a la vez su cuerpo y su ánimo le dicen que ya no puede más.

Lore, que acaba de pasar ese día por el mismo proceso, le dice:

Mira, Marco. Todos estamos así. No es un problema de egoísmo ni de maldad. Es que hay un límite en lo que podemos soportar. Tú ya estás saturado. Ya no puedes más. No te tienes que sentir culpable. Esto les va a empezar a pasar a todos ustedes. Están viendo escenas que jamás pensaron y se las están teniendo que tragar solos. No hay quien les ayude a elaborar esto y, bueno, viejo, si no puedes más, pues no puedes más. No

te sientas culpable, viejito. Ya basta. No puedes. No puedes. Descansa. Hoy, mañana. Y si pasado mañana puedes, pues órale, y si no, ni modo. Tú no causaste el desastre, papacito. El cuerpo te está mandando un aviso de que ya no das más, que estás como una olla de presión a la que ya no le cabe más.

Marco se empieza a tranquilizar.

Pausa larguísima. Silencio.

¿Y qué pasó con el perro?

¿Sería un perro?

Los pacientes de Lore hablan todo el día, que esto es terrible, que esto marca un momento en la historia, un antes y un después, que cómo saben ellos que no va a haber otro. A todo el mundo se le recrudecen sus angustias y sus conflictos, según la historia de cada quien. Tal vez en todo esto los psicoterapeutas podemos ayudar, piensa Lore, siempre y cuando nos involucremos con las gentes que están en los lugares. Porque no hay una preparación en el sentido de que uno puede necesitar ayuda. Uno es un extraño. Hay que participar repartiendo pan, cobijas. Se va uno enterando de lo que pasa y entonces la gente se le

empieza a acercarse, y a contar y a llorar. Entonces así sí se puede. Llegar a decir yo soy psicóloga es ridículo. Absurdo. O esperar en tu consultorio. Olvídate. Nunca te van a llamar. La gente no se atreve. Hasta que te ven allí y ven que tú te fletas, entonces sí te hablan.

¿Por qué la gente siente la necesidad de enterrar a sus muertos?

Porque es una manera de saber dónde está el cuerpo de la gente amada, allí y no en otro lado. No desapareció. No se lo robaron. No está sufriendo. No está preso. Está allí. Cuando digo aquí está y se llama Rubén y está enterrado aquí, yo estoy vetando a la muerte. Aquí está Rubén y fue el padre de mis hijos y yo lo quiero. Le estoy dando un lugar, un espacio... y una lápida en la que queda inscrito su nombre. La historia no me lo va a borrar. Yo en lo más hondo de mí sé que está allí y no lo tengo en mi mente vagando en un nosocomio, en un hospital, lejos. Alguien decía que la humanidad pasa a ser civilización cuando nombra a sus muertos y establece ritos funerarios. Éste es un ciudadano. Éste existió. Y está aquí. Si no sé dónde quedó, yo digo que no ha muerto.

Si no veo el cadáver, no sé si ha muerto. No me consta. Y siempre voy a contar el cuento de que no ha muerto, que anda por ahí, que algún día va a regresar. Y eso es muy enloquecedor. Algún día regresa. Algún día regresa. No. No regresa. Yo sé que está allí. ¿Por qué esa demanda tan impresionante de que por favor queremos los cuerpos? Porque la exigencia no es solamente en razón de que aún hay gente con vida. La demanda también es por favor denos los cuerpos. A la fosa común, no. Es una parte de uno, real, interna, histórica, de la civilización. Hay que enterrar a los muertos. Uno quiere saber dónde está su gente para poder elaborar el duelo internamente. Se murió. Lo vi. Allí está. Éste fue un ciudadano.

Juan Charal, el más gandalla

Beatriz Donnet
(en coautoría con Guillermo Murray)

Beatriz Donnet

Narradora. Es autora de la investigación “Situación y análisis de la colección de literatura infantil A la Orilla del Viento” (FCE). Coordinó el suplemento infantil “El Cotorro”, del periódico *El Universal*. Fue titular de la cátedra “Literatura para niños” en la Escuela de Escritores de la Sogem. En 1998, en colaboración con Guillermo Murray Prisant, publicó el libro *Palabra de juguete. Una historia y antología de la literatura infantil y juvenil en México* (Fonca). Tiene publicadas las obras *Cuentos clásicos de hadas* (en coautoría con Guillermo Murray Prisant), (Selector, 1996) y la colección de cuatro libros *México Prehispánico* (Selector, 2005). En Libresa (Ecuador) ha publicado *Patria Grande*. Actualmente radica en Morelia, donde imparte talleres de animación a la lectura.

Guillermo Murray Prisant

Escritor y titiritero. Fue invitado al Festival Delfín de Oro (Bulgaria, 1988) y al Festival Jim Henson (Nueva York, 1992). Dirige la Compañía de Títeres Cúcara Mácara. P publicó *Piel de papel, manos de palo. Una historia de los títeres en México* (Fonca, 1995) y la colección *Cómo Hacer Títeres* (Libros del Rincón, 1990) Destaca su labor literaria para niños y jóvenes. Es autor de la colección *Leyendas de Misterio* (Patria, 2004). En Selector Actualidad Editorial ha publicado decenas de libros.

*Yo les suplico, señores, a mis voces atender.
Voy a cantar un corrido, de esos que hacen padecer.
No pretendo con ellas a ninguno ofender.
Pero esta es la historia de Juan Charal y su mujer.*

*Nació el charalito en el agua clara
Del lago de Pátzcuaro,
Conocido por Janitzio, su isla encantada.*

Desde pequeño, Juan Charal buscó saber quién era. No tenía identidad. A veces pensaba que se parecía a los ajolotes, a esos sujetos de sangre fría y respiración branquial que comercian con la droga. O que quizás era un acocil, uno de esos animales que se pasan la vida a la sombra, completamente idos por el alcohol y las drogas. O de plano, ¿sería un pato? Un apañador, un tira, un guarura... No sabía.

Le costaba mucho trabajo identificarse con los demás charales. Y llegó a despreciar a su cardumen.

*No supo si era charal,
Pescado blanco o achoque,
Le dio por beber rompope,
Luego tequila y ron de caña,
Fumó la mala hierba
Y la traficó con maña.*

Su niñez, fugaz y difuminada, despreocupada, pero muy corta, desapareció, sorprendentemente, con la muerte de su padre: saberse el *hombre de la casa*, morder el amargo conocimiento de las limitaciones, las escaseces y la rabia que le eructaba como impotente agrura. Lo llenaron de resentimientos.

Se volvió violento con los débiles, con aquellos a quienes podía partirles su madre. Déspota, tiránico. Sólo su voluntad y deseos contaban. Sólo su tiranía.

Desde que nomás era un charalito de días, Juan había aprendido a rajársela, a partírsela para que no le quitaran los moscos de comer o las pocas piedras que atesoraba en su nido. De tan valiente y apañador, de tan malevo y abusivo,

le vino su apodo de *Gandalla*, es decir, malo, sin moral ni piedad.

Deshonesto, mentiroso, parrandero, jugador, mujeriego, aprovechado, violento, falto de respeto y resentido contra todas las corruptas autoridades de este y del otro lado del charco, ¿qué podían importarles a él los sueños de honestidad, tolerancia, participación, justicia, equidad y legalidad, que las nuevas instituciones del Lago decían que de ahorita en adelante imperarían en nuestras aguas? ¡Qué le importaban las falsas promesas de la pseudo democracia!

—Puras mentiras de políticos —juraba, mientras que su vida se iba en el sexo promiscuo, el juego y las peleas—. Así es la vida de los peces macho —aseguraba, riéndose ladino.

El tiempo no pasó en vano. Aquella vida disoluta ya le había dejado estragos. No sólo físicos, también en el alma. Pues luego de la parranda, le iban quedando emociones y experiencias que, poco a poco, enturbiaban más y más las aguas en las que vivía Juan Charal. Las aguas de la vida, las aguas entremezcladas ya con las aguas de la enfermedad y de la muerte...

Para entonces, Juan Charal ya tenía mujer e hijos, un asesinato en el recuerdo y la más tremenda sensación de soledad que charal alguno recuerde... Una enésima pelea. Con la mujer, con los amigos.

Como el Pulchinela: mató al perro del vecino y al vecino también, tiró al niño por la ventana y cuando vinieron por él, se les peló; al mismísimo diablo lo mató a palos... De eso se reía y envalentonaba el más gandalla. Mató al Pez Diablo, pero la agonía del contrario le pesaba en el alma.

—Aquí se hace lo que yo digo, carajo —le gruñó a su mujer, golpeándola; una vez más, una de tantas.

En su mundo no contaban las opiniones de los demás, ni los derechos, ni los deseos. Sólo las obligaciones hacia él. El gran patriarca. El gran macho mexicano. Réplica exacta, en miniatura, del Señor Presidente del Lago.

Luego de esta nueva bronca, solitario, triste, sin amigos ni con quien compartir, comenzó a pensar que la mejor solución, la única solución a todos sus problemas, la gran alternativa de su vida, sería irse a vivir al Otro LaGo.

“Allá en el Norte”, había escuchado que comentaban en las cantinas, “hay pescadas blancas de ojos tan azules que llegan a ser la envidia del Cielo”. Un paraíso al alcance de las aletas de aquellos audaces que se atrevían a salir del agua e irse para el Otro LaGo... Al soñado y dorado exilio del Norte en busca de mejor manera de vida; donde algunos se habían perdido en un silencio denso y sin fronteras...

*Cuando llegó a la frontera
Sin saber que ya su esposa
Otro hijo suyo iba a tener.
Con Willy se entrevistó,
El coyote pollero más afamado
Y astuto de la región.
Le dijo: “Hoy estás de suerte,
Mañana te cruzo, Juan Charal”.*

En una de tantas cantinas, en una de tantas parrandas a la orilla del lago, conoció al coyote pollero.

Al que apodaban Coyo-te-Llevo, pues se sabía de sus habilidades para pasar a los charales –e incluso a otros peces indocumentados de más al sur– al Otro LaGo.

—Mira, charalito —le explicó el coyote—, se trata de cruzar el páramo... Yo he pasado hasta pollos para allá, cuanto más charales... Tengo una jicarita con la que he cruzado a muchos. Es cosa que te decidas y te cargo en el hocico.

El charal dudó.

—Con poco dinero, mañana mismo estarás en los Lagos Unidos del Norte, ganando en menos de una semana el costo del traslado, para de ahí en adelante a divertirse en grande: ya que ahí las charalas no son remilgosas, ni se miden para darle vuelo a la hilacha —aseguró el coyote—. Además del pase, te doy cena en la noche, hotelito donde dormir y desayuno al día siguiente... qué, ¿le entras?

Salió de su hogar con miles de ilusiones y una bolsa de plástico como maleta, suficiente para cargar las tortas de gusanos que su mujer le había preparado para el viaje, la mejor de sus camisas, dos camisetas, dos calzones y dos pares de calcetines. Escondía en las escamas de su cola las mone-ditas de oro ganadas a base de sinsabores, trampas y préstamos conseguidos con la promesa de una pronta devolución acrecentada.

*Y se fue... Y se fue...
Ahogando el llanto en el adiós
De su mujer. Se fue
Sin saber, que de ese viaje
Ya jamás iba a volver...
Juan Gandalla iba a desaparecer.*

El “hotel” resultó una charca sucia, mitad lodazal mitad charco de aceite. La cena estuvo a la altura del alojamiento, una bazofia sin sabor ni gusto. Y se fue a dormir en un gran cuarto donde otros charales, entre ronquidos, suspiros y uno que otro sollozo –amén del olor acre entre humanidad y pescados en putrefacción–, esperaban pasar la noche, para cruzar al Otro LaGo. Apenas si descansó, no pudo dejar quieta a la inquietud, así la tuvo: en vela.

Después de desayunar unas tortillas duras con chile y sorber un líquido caliente y oscuro al que llamaron “café”, salió con el coyote, seis paisanos mexicanos, tres guatemaltecos y un matrimonio salvadoreño con su hija de pocos años: unos pececillos que dejarían la vida en la frontera del Lago.

Salieron, digo, en pos de la tierra de las ilusiones y de la fantasía. Allí fue donde comenzó a morirse Juan Charal, el más gandalla...

*El vagón cruzó al otro lado.
Casi siete horas después,
Fue cuando el aire empezó a terminarse...
Y ya nada pudieron hacer
Nadie escuchó aquellos gritos...
¡Auxilio!
La puerta no quiso ceder.*

*Uno a uno se fue cayendo,
Y así falleció un buen...
Juan Charal por poco cae,
Pero se les peló. Y se fue... Y se fue...
Cuando llegaron los border patrols,
En la bola, se les fue...
Dicen que al mismo demonio, también se le fue.*

Esos patos gandallas que hablan en *pa... tés* y viven en la frontera de los Lagos del Norte, custodiando la muralla, fueron los que provocaron la matazón de peces indocumentados; que ahora eran “desaparecidos”... Y si de aquel lado los llaman *border patrols*, de este lado sencillamente los llamamos hijos de la patada. Ellos fueron los responsables: pero, ¿qué les importaba a ellos matar peces, así o de otro modo, si de todas formas servían como botana?

Como se suele decir por acá, en nuestro lago, a Juan Charal le fue delocol... Su enfermedad empeoró; su enfermedad anímica, quiero decir, esto es, la enfermedad de su alma, avanzó. Y la más honda soledad se apoderó del charalito.

Lo cierto es que cuando se carece de identidad, se buscan soluciones fáciles. Y cuando se buscan soluciones fáciles, la vida suele complicarse. Así termina uno solo, asilado, abandonado de uno mismo. No era pisca de algodón en lo que el primo trabajaba, sino en negocios turbios: robar comida de señuelos, hurtar carnada, hundir peces en el lodazal para quedarse con sus pertenencias. Traficar con productos ilícitos. Emborrachar a las jovencitas.

Cuando quiso darse cuenta, había dejado de ser el más malo de la charca; era sencillamente un delincuente, un indocumentado, un vago, un traficante, un borracho... Un pendenciero que huía cuando sonaba la sirena de los *patrols*, sin importarle más que su sucia existencia, dejando allí mismo y sin ver cualquier cosa. Y todo con tal de permanecer en aquel lago de ilusiones y fantasías. Era uno menos.

La vida del pez fue otra. Los pescados blancos lo discriminaban. El trabajo era más escaso de lo que había imaginado y lo poco que obtenía apenas si le alcanzaba para mantener viva la parranda. Así, luego de una colosal borrachera, devastado hasta lo más íntimo de su ser, boqueando en una orilla de un pantano a punto de morir, Juan Charal pidió una última oportunidad.

Sólo entonces fue que Juan Charal comenzó a darse cuenta de lo que significaba ser un charal de este lado.

Le cayó un veinte, como solemos decir.

Y luego fueron pesos. Y hasta centenarios, pero no de oro, sino de entendimiento.

—¿El más gandalla? Ja, ja... —se reía de él aquella ranita, quien sería su salvación, cuando lo encontró tirado en el lodo, golpeado, lloroso.

Al principio el charalito pensó que la rana iba a tragárselo, pero afortunadamente era vegetariana. Y no sólo eso, era sabia en esto de la identidad.

La Rana-Araceli iba a ayudarlo.

Había juntas comunitarias en las que se hablaba del Lago, del de acá. En las que se podía

aprender, también, el valor de la identidad. En estas juntas se establecía un programa de vida, de una nueva vida; sin alcohol ni drogas, basada en el amor a la patria, es decir, al agua clara que nos vio nacer, a la fuente de vida.

En una de estas reuniones se le alentó el anhelo de volver a su charquita, pero no nomás así, a lo puro menso y a pasar miserias, sino a hacer un cambio radical de juicios y actitudes, de valores, de normas de conducta... Iba a volver, pero como un charal completo, orgulloso de serlo.

Juan regresó a su lago natal. No era Juan Charal, el más gandalla, sino un charalito más... ya no uno menos.

Con mucho trabajo por hacer, no sólo con su persona, sino también con su familia y, desde luego, con su comunidad, Juan no regresó como un alhajado (que es como suele verse a muchos que van de aquí para allá, con sus recias cadenas y su hablar de coyotes), ni con una troca de no manches, ni con pescada blanca, vamos, regresó con una aleta atrás y la otra adelante. Quizá más pobre que cuando salió, en lo material, claro está, porque por dentro, Juan Charal había vuelto al

cardumen. Había recuperado su identidad. Había descubierto lo más importante de la vida.

*Así termina la historia, no queda más que contar
De otro paisano que arriesga la vida
Y que muere como ilegal...
De aquel Juan Gandalla que mil sueños tenía
Y que volvió siendo nomás Juan Charal.*

La historia podía terminar así. Pero es necesario contar dos asuntos más, para comprender —a fondo, como suele decirse en el Lago— lo que sucedió con aquel singular charalito. Y con su mujer.

Veamos primero la historia del Lago.

Algunos recordarán los tiempos en que las aguas eran hediondas, turbias y llenas de algas que infectaban la superficie; abundaban los residuos sólidos, los restos de plaguicidas y en ocasiones amanecían con millares de peces flotando reventados por la contaminación. Aquella situación fue analizada por Juan, que llegó a la inevitable conclusión:

—Compañeros charalitos —les dijo en una junta comunitaria que había organizado, para que los valores de la equidad, la justicia y la igualdad

fuesen hechos y no sueños de barro—, está claro que son quienes nos gobiernan los que han permitido que esto suceda. Con tal de enriquecerse, estos políticos han vendido nuestras riquezas a precios irrisorios, quedándose ellos con las ganancias, las cuales debían habérsenos entregado. No sólo esto, han permitido que animales de todo tipo ensucien y contaminen nuestro lago; dejan entrar a los ajolotes que drogan a nuestros hijos y se los comen; dejan que los coyotes orinen y defecuen en nuestras aguas; y lo que es aún peor, alientan a los buitres, para que hagan de las suyas, con tal de que les den un jugoso dividendo. Esto tiene que cambiar.

Algunos llamaron a los plantones la “revolución silenciosa”, otros se quejaron de aquel estado de anarquía que parecía ser el lago de Pátzcuaro cuando comenzó la rebeldía que condujo a la huelga general, y claro, finalmente al anhelado cambio. Pero sin importar el nombre que se le dé a aquel movimiento de masas acuáticas, lo cierto es que si hoy vivimos en estas aguas limpias, a las que uno llamaría “la región más transparente del agua”, ello se debe, sin duda, a ese pequeño cha-

ral, que dejó de ser gandalla y aprendió a ser lo que era, es decir, un sencillo y humilde pez.

Ahora, el segundo punto. Pues no se puede terminar este cuento sin antes contar la versión de quien conoció a Juan Charal mejor que nadie, su propia mujer. Quizá esto nos lleve a poner las aletas en el agua o como dicen los patos: los pies o las patas en la tierra, pues a veces se tiene la tendencia a idealizar el legado de quien pensamos que fue un héroe, sin considerar los sentimientos de aquellos que habitaron junto a él. En especial cuando fue un vagabundo y un irresponsable que los abandonó para irse al Otro LaGo. Escuchemos, pues, la verdad en esta historia.

Hablan la esposa de Juan Charal y los hijos

Cuando lo conocí, me bajaba la luna y las estrellas. Era el charal más bonito del lago. Hablaba de sus grandes sueños, de convertirse en el pescado más importante. Sus sueños eran los viajes, conocer el mundo, ir de lago en lago, tener mucho dinero.

Yo... yo también quería conocer otras aguas. Desde pequeña, pescadito diminuto aún, mi madre me decía: “Tú no eres de aquí, debes buscar otras aguas, otros horizontes. No hagas como yo, que me quedé en los puros sueños y mírame, llena de hijos y sin poder escapar, atrapada en este lago”. Y así todos los días: “Tú no eres de aquí, yo quiero que seas alguien, no como yo...”

Crecí cuidando hermanos, camadas nuevas cada año. No hacía caso de ningún pescado que me hablara bonito, yo no distinguía si eran blancos de Pátzcuaro o tilapias de lodazal... me daban igual. Hasta que llegó Juan...

*Yo les suplico señores, a mis voces atender
Voy a cantar un corrido, de esos que hacen padecer
No pretendo con ello a ninguno ofender
Pero esta es la historia de Juan Charal y su mujer.*

*El lago... era más azul
Más azul con él
Todo brillaba alrededor
Alrededor de él.*

Nos mudamos a una cueva oscura y pequeña. Un nido “mientras tanto” las cosas mejoraban.

—No hay para más, por ahora... Pero todo va a cambiar. Ya verás... ya verás...

Paseábamos juntos por el lago, hablando y soñando.

Me ensañaron a ser una buena charala, así que arreglé con esmero el oscuro agujero. Unas algas por aquí, caracolas por allá. Al fin que era “mientras tanto”. Quedó mejor aquel hoyito al que llamamos nidito.

Al poco tiempo de vivir juntos, no llegó a cenar.

Pensé que había tenido algo importante que hacer. “Ahora sí, un buen trabajo y a mudarnos de aquí.” Luego llegó un mosco con el recado:

—Que no lo esperes, seño, que está bien ocupado.

Y se fue zumbando, divertidísimo.

Llegó en la madrugada, con sus aletas caídas.

—No me digas nada, estoy buscando trabajo. Ya verás, ahora sí nos tocará la buena.

Así fue la segunda y la tercera vez, pero a la cuarta ya no dio explicaciones. Cuando se las pedí, siguió dando excusas. Hasta que se acabaron las excusas y comenzaron los insultos. Hasta que se acabaron los insultos y empezaron los golpes.

—Un hombre no da explicaciones y menos a su mujer.

Alcoholizado, golpeado, así llegaba el charalito de mis sueños. Ya no hubo luna ni estrellas. En cambio, comenzaron a llegar los hijos. Con el segundo, me dejó abandonada la primera noche, dizque tenía otras ocupaciones. Me repuse, adolorida.

Me puse a lavar ajeno, a limpiar otras cuevas. Apenas alcanzaba. Juan, si llegaba, llegaba... a comer, a dormir, a exigir, nada más. Los hijos bien gracias, ni sabía sus nombres, ni qué necesitaban.

Un día me confesó su gran idea: irnos al Otro LaGo.

—Lagos cristalinos, viajar, viajar, irse lejos. Mucha comida. Grandes promesas. ¡Piedras preciosas! ¡Hartas larvas de mosquito para tragar hasta hartarnos!

Como en los buenos momentos, regresaban las promesas: “Ahora sí, ya verás, les mandaré todo lo que gane”. Y yo a soñar: “Ahora sí, otra cueva mejor, lagos limpios para mis hijos, al fin dejaría de parecerme a mi madre y le demostraría que yo sí pude hacer las cosas diferentes...”

*Juan Charal salió una mañana
Bolsa en mano
Tras el sueño americano.*

Otras aguas, otros lagos. Me quedé sola con nuestros hijos, más el que venía en camino. Sola y con la esperanza de que esta vez sí las cosas iban a cambiar. Diciéndoles a mis charalitos, como la patita de CriCri: “Traguen mosquitos, cuara-cuacuá”.

De Juan, ni noticias. Cuesta acostumbrarse al silencio, a la ausencia, aunque fuera el pescado más ausente de todos los pescados. *¿Qué pasó? ¿Pasó o no pasó? ¿Llegó o no llegó?* Unos dicen que sí, otros que no.

—*¿Cuándo va a regresar papá? ¿Me traerá la muñeca que me prometió?*

Ya no pude seguir esperando.

La vida sigue. La vida tiene que cambiar. Mis pescaditos ya estaban crecidos, por lo que me reuní en familia y solemne les dije:

—Hijitos, vamos a hablar, las cosas tienen que cambiar.

—Vamos a organizarnos, mami.

—¿Qué podemos hacer entre todos para salir adelante?

Con un nudo en la garganta, sintiendo las tenazas del miedo, el temor al rechazo, la huida de su cardumen espantado ante la locura, siendo la mujer de Juan Charal les hablé. Lento, pausado, con amor y con firmeza.

—La vida sigue. Nuestra vida tiene que cambiar... De ahora en más, es la vida sin Juan. No sé si sea para mejor o para peor. Empezar por el principio. Los mayores se harán cargo de sus responsabilidades; trabajar, ayudar en la casa, aportar dinero, cada quien a su capacidad. Los más chicos deben seguir yendo a la escuela.

—Tender la cama. Barrer. Uf, qué flojera...

—Preparar cada noche la ropa del día siguiente. Organizar la comida, lavar los platos, hacer la tarea. Uf, qué flojera...

—Cuidarnos los unos a los otros. Y lo más importante, hablar, hablar de nosotros, de nuestros sentimientos... De quiénes somos, de dónde venimos, de cómo nos sentimos. Para no perdernos.

—Yo sentía feo cuando mi papá te pegaba — confesó el charalito mayor.

—¿Por qué no hacías nada? ¿Por qué no te defendías? —la encara la hija segunda.

La democracia en casa tiene sus bemoles: no todos dirán cosas agradables o para agradar a los demás. El fin de la tiranía despótica del Señor Presidente en miniatura trae como consecuencia un hogar dividido. Hoy hablamos de sentimientos, de viejos dolores. Un río, un río de miedo, de angustia y terrores nocturnos.

Entonces reflexionaba: “Estos son tus hijos, charala. Los que tal vez no deseaste o pediste. Los que te llegaron. Algunos más amados o deseados que otros. Pero aquí estamos, unidos, saliendo adelante. Juntos.”

Al otro día hablamos. Y al otro también. El diálogo se fue haciendo costumbre, la democracia también.

*Cuando llegó a la frontera
Sin saber que ya su esposa
Otro hijo suyo iba a tener.*

Veo sus caras. Los miro a los ojos. Los ojos de Juan en el mayor. Su misma aleta torcida en la charalita. Todavía lloro por las noches.

Pero la vida sigue.

—Yo me acuerdo de la noche en que llegó con sus amigos, pusieron la música tan fuerte que me despertaron. Tú te enojaste. Empezaron a gritarse. Me metí debajo de la cama, no quería escuchar. Y al otro día, nadie se pudo levantar, todos nos quedamos como muertos. Eso sí, nadie habló de lo sucedido... Hay cosas que no puedes compartir con tus amigos o maestros. Seguro que te señalarán como el hijo del borracho.

—Un día me dio una cachetada, porque quería camarones... y no había. Nos fuimos a refugiar con tu amiga, la del puesto en el mercado. Teníamos tanto miedo que nos encontrara.

Ah, los recuerdos, cómo duelen.

Pero la vida sigue.

Poco a poco, nuestra pequeña familia, habitante de la cueva más oscura del Lago, encontró a otras familias como la nuestra y nos pusimos a hablar. Juan no era el único que se había ido en pos del sueño americano. Algunos tenían cada mes buenas noticias, algo de dinerito. Dinerito generador de malas costumbres. Para qué trabajar si el del Otro LaGo nos mantiene. Las pescadas a

gastar. Las más prudentes –que eran las menos– dedicaban sus ahorros para comprar un terrenito y fincar la casa. Los que más ganaban eran las casas de cambio y los dueños de éstas, gordos peces encumbrados políticamente. Los que estaban en el Otro LaGo eran quienes en verdad mantenían al lago de Pátzcuaro, para bien o para mal.

Los hijos de Juan, mis hijos, nuestros hijos, al principio sintieron mucha envidia y malestar. Ah, qué sentimiento tan canijo es la autocompasión, la lástima de uno mismo. Tan destructivo, tan paralizante. Allí van, esos son los hijos y la mujer de Juan *Gandalla*. Dicen que los abandonó.

Mi primera hija fue la más valiente. Aceptó que las cosas no iban a cambiar. Dejó de esperar milagros. Dejó de mirar desde la puerta cada tarde. No hay cartas, no hay dinero, no hay noticias... Ya no va a volver, concluyó.

*Y se fue... Y se fue...
Ahogando el llanto en el adiós
De su mujer. Se fue
Sin saber, que de ese viaje
Ya jamás iba a volver...
Juan Gandalla iba a desaparecer.*

De a poco nos acomodamos a la nueva vida. El padre ausente pasó a ser un recuerdo. La vida, con sus exigencias y responsabilidades, seguía. Con sus alegrías y sinsabores, con su inexorabilidad.

Cuando la abuela quiso ser parte de la familia, tuvo que sujetarse a ciertas condiciones.

—Aquí no vienes a criticar, a juzgar ni a quejarte —le dijeron. Ella movió las aletas en un gesto difuso, no se supo si asintiendo o dándoles el avión, pero qué bien cocinaba...

Comenzó a existir el tiempo. Tiempo para hablar, abrazarse, reír y llorar. Tiempo de verse a los ojos. De saber cómo era cada integrante de la familia.

—En esta casa hay horarios, responsabilidades, tiempo de trabajar, tiempo de descansar, tiempo de soñar, tiempo de acompañarnos. ¿De acuerdo?

El ritmo comenzó a ser de otra manera. El orden y el sentido regresaron. Aparecieron los amigos, las novias, los vecinos. La cueva dejó de ser la cueva más oscura del Lago. Y pasó a ser un lugar de reunión, apacible, cálido y familiar, donde había risas, se comía a tiempo, se pagaban las cuentas...

En la bola, se les fue...

Dicen que al mismo demonio, también se le fue.

Del padre ausente, ni noticias. Era eso: una ausencia. Afortunadamente, ya había dejado de doler. Se estaba convirtiendo en un recuerdo...

Para entonces di rienda suelta a mis sueños. Si ya no iba a ir a otros lagos, al menos devoraría los libros sobre esos lugares. Comencé a redescubrirme. Recordé que cuando era apenas un diminuto pez, no me parecía al resto de la camada. Era una soñadora. “Yo era feliz”, pensé. “¿En qué momento cambió tanto mi vida?”

Como muchos otros peces, me dejé arrastrar por la corriente, que me condujo lejos del hogar, a la cueva más oscura del Lago. Justo donde no quería estar. Juan apareció como la posibilidad de concretar sueños que a mí se me antojaban imposibles de realizar. Viviría la vida a través de él. Viviría para él, como le enseñaron: “Tú no cuentas, debes apoyarlo, atenderlo, escucharlo. Tú no existes”.

La ausencia de Juan me volvió a arrastrar. Sólo que esta vez a otras aguas. A un río parecido al que me bañaba cuando era pescadita. Me vi ro-

deada de mis hermanos y la multitud de sobrinos. De las amigas de la vieja escuela.

—¿Qué pasó contigo, charalita? Ibas a viajar, a escribir, a sorprendernos a todos. Tú eras diferente... ¿Qué te pasó?

Sentí vergüenza, rubor, y luego sobrevino una sonrisa calma. Una de mis antiguas amigas me dio el más valioso de los consejos:

—Siéntate con calma, lejos del ruido, piensa en ti misma. Encuéntrate en tus sueños. Lo más difícil es acallar el ruido interior, esas voces implacables que dicen no eres buena y no sirves para nada. Que sin él, te mueres. Y escúchate.

Empecé a recoger mis pedazos. A reconocerme como una sobreviviente. Sobreviviente de una guerra en la que no pedí participar, que no elegí conscientemente. Entonces aparecieron voces nuevas: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

—Construye a partir de ti misma —le había aconsejado su amiga.

Y así continuó la vida sin Juan.

Otra manera de verla a la vida misma.

Mi vida.

Aprendí a hacer muchas cosas. Muchos, menos yo misma, parecían darse cuenta de esto; pero necesité empezar despacio y con temor a equivocarme. Tuve días buenos y días malos. Apareció un trabajo, una nueva casa. Una nueva familia. Una nueva pasión.

Poco a poco encontré mi camino. Y dejé de extrañar a Juan, al menos no tanto. Me encontré ocupada, construyéndome a mí misma...

—Ya llegué mamá... Ya me voy mamá.

—¿Comemos juntos el domingo? ¿Salimos a dar una vuelta por el lago?

Cómo han cambiado las cosas. Los mayores cuidan a los menores. Los menores creciendo. Los mayores yéndose de casa. Otras vidas. Otros rumbos. Los menores se han vuelto mayores...

Y la vida iba a cambiar, de nueva cuenta.

Fue un viernes en la noche. ¿O era la madrugada del sábado? Mis hijos estaban en casa, cenando; aunque ya era medianoche cuando tocaron la puerta.

—Es tarde —dije, sin pensar.

—¿Esperas a alguien?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¿Entonces?

El mayor se levantó. Preguntó a través de la ranura puerta. Y la respuesta nos dejó helados.

—Soy yo. Juan.

—¿Juan? ¿Qué Juan?

—Juan Charal.

Después de todo ese tiempo, era él... Y una interrogante: ¿Le abro? ¿Le hablo? Todos nos miramos. Espantados. Asustados. Sorprendidos. Me sentí como jalada por una aleta invisible a mi vida pasada. A los gritos y a los golpes. A las amenazas del “ya me voy”. Otra vez el miedo, ese viejo sentimiento que ahora retornaba implacable... Reaccioné de a poco, pero con determinación.

—Ábrele.

*Voy a cantar un corrido, escuchen muy bien mis compas,
De un charalito nacido en tierras michoacanas,
Que un día partió él solito, hacia regiones lejanas,
Y cómo fue a dar con sus espinas o huesos a la
[frontera tejana.*

*Voy a cantarles ahora
El despertar del charal*

*De cómo aquel malora
Se sacudió todo mal.*

Del que se fue ya no queda ni un rastro. Tal vez el brillo de sus ojos. El tiempo ha pasado, más bien parece que lo ha pisado. Juan se queda parado en el umbral. No se atreve a entrar. No reconoce el lugar, ni a los que están dentro. La imagen que retiene en algún lugar de su memoria se esfuma. A todos les pasa lo mismo.

—¿Quién es? —preguntan. Es el más pequeño. El que creció sin padre.

“¿Qué le digo?”

—¿Qué quieres? ¿A qué vienes? —le pregunta el mayor. El tono es ambivalente.

Es el precio que hay que pagar. Ni modo, Juan.

Para algunos serás el hijo pródigo. Para otros, un ser de otro planeta. Bienvenido o rechazado. Te vas o te quedas. No se puede evitar el recuerdo. Él también creció sin padre, peleando por su lugar, ocupando el lugar del padre. Cuando Juan reconoce la mirada de su hijo mayor, sabe que tiene mucho trabajo por delante.

—Vengo a quedarme —dice Juan.

—Hay condiciones —murmuro. Mis palabras son dolorosas al principio, pero soy la charala responsable de mi cardumen y no puedo permitirle dañarlo—. No puedes vivir con nosotros.

Si tenía la loca fantasía de que iba a ser bien recibido, se equivoca. Tiene por delante el largo camino de volver a ganarse el amor y un lugar en su familia. Una familia que no se parece en nada a la que dejó atrás, cuando se fue sin importar el precio que iba a pagar. Sí, tiene mucho trabajo. Y si él quiere hacerlo, que lo haga.

*Así termina la historia, no queda más que contar
De otro paisano que arriesga la vida
Y que muere como ilegal...
De aquel Juan Gandalla que mil sueños tenía
Y que volvió siendo nomás Juan Charal.*

Poco a poco, el círculo familiar se amplió para hacerle un lugar y devolverle su sitio. Para nadie es fácil. Toca escuchar y abrir el corazón.

—Esta vez no hagas promesas —le pedí.

Lo cierto es que no tenía mucho que ofrecer, más que su persona. La nueva persona en la que se ha convertido.

Y este podría ser el final del cuento, de esos que dicen: y vivieron felices para siempre. Pero fíjense que no.

Lo que comenzó como el gigantesco esfuerzo de recuperar a la familia –algo que quién sabe cuándo terminará de hacer–, hoy continúa más allá de las puertas de nuestra cueva, afuera, en el Lago.

La amenaza existe. Se llama progreso. Bosques por maizales. Combustibles en vez de alimento. Deforestación. Basura. Agua sucia. Charalitos muertos en la niñez. Más y más pescados en pos del sueño del Otro LaGo. Pueblos de mujeres y viejos. Hambre. Desperdicio. Opulencia y desolación, como las dos caras de una siniestra moneda. Un puñado de arroz por toda comida. Arroz como comida de mascotas. Televisión por cable halagando a los grandes chefs del orbe, cuando los habitantes del Lago empiezan a morir de hambre. Despilfarro. Desesperación. Crisis.

Y a pesar de todo, aquí y allá, como por milagro e iluminando la horrible realidad que nos rodea, han surgido pequeñas islas en el Lago. No islas de lodo y piedra, me refiero a las otras, a las

islas de charalitos, pequeñas comunidades dedicadas a cambiar lo que parece irreversible.

Bah, ecologistas, dicen con desprecio las clases dominantes. Puro bla-bla, acusan las pescadas blancas desde sus limusinas. Nadie les debería hacer caso a esos extremistas, profetas del desastre. ¿No ven que mienten? No hacen nada útil. Sirven a oscuros intereses... El lago –dice el Señor Presidente del Lago– está mejor que nunca, y yo, yo tengo las manos limpias. Juan ha aprendido la lección. Ahora puede ver a qué lugar pertenece. Juan regresó, como ya dijimos, dispuesto a recuperar su identidad. Y este fue el inicio de lo que se conocería luego como la “revolución silenciosa”.

Lo que comenzó como una sencilla protesta –bueno, no tan sencilla, pues nació del dolor– fue la semilla del gran movimiento. Era un experimento “inofensivo”.

Hoy no entran los camiones de basura ni pueden tirarse desperdicios al Lago. Hace meses un gran cartel amaneció en la orilla. Decía:

NO MÁS CONTAMINACIÓN.
PLAYAS LIMPIAS.

Y un grupo de charales unidos, silenciosos, formaron una sólida muralla entre los camiones y el Lago.

—No pasarán —dijeron.

Y no pasaron.

Les explicaron:

—Los cacareados derechos democráticos impiden que los camiones arrojen la basura sobre las aguas. Mejor, se la llevan a otra parte. No vaya a ser que los denunciemos por intento de asesinato.

Y Juan les dijo:

—Compañeros charalitos, se trata de escoger un objetivo y no parar hasta lograrlo. Son muchas las propuestas: la basura, las aguas residuales, los talamontes, los negocios del Señor Presidente, la creciente mancha urbana...

Parecía imposible. Apocalíptico.

—Alguien tiene que decir hasta aquí —exhorta Juan Charal a sus seguidores—. Ustedes dirán cuándo. Pero recuerden, compañeritos, todo debe

ser sin violencia. Grábenselo bien: sin violencia. No vamos a agredir a nadie, ni verbal ni físicamente. Cada cien años hay un cambio profundo en el Lago, pero esta vez será sin sangre.

—¿Se puede, se puede intentar el cambio sin violencia? —indaga uno de los más escépticos.

—Se puede —afirma Juan—. Pero debemos estar unidos e inquebrantables.

Al principio son pocos, un puñado de temerosos valientes que se juegan las escamas. Algunos hijos acompañan a sus padres, entre ellos, mi charalito mayor, que ahora acompaña a Juan. Él es el rostro de la esperanza... Y se acabó la contaminación.

Lo siguiente fue la campaña de no más redes de arrastre en el Lago. No más una pesca que pretendiendo ser selectiva —“sólo camarones”, decían los peces blancos del Otro LaGo, dueños de las embarcaciones— arrojaba a la orilla cientos de cadáveres de “descarte”, como le llamaban al desperdicio. Y se acabó la masacre.

Cada vez son más.

“Bah, ecologistas”, se burlan los políticos, despreciando su fuerza. “Hay que matarlos con

la indiferencia.” “Nunca harán nada, sólo frenan el progreso, están en contra de la modernidad.” “No quieren que la comunidad del Lago avance...”

¿De dónde saca su fuerza Juan Charal?, me pregunto a veces.

Luego recuerdo que dicen por ahí que cuando el espíritu se despierta, da mucha lata. Y Juan tiene mucha tarea... Ha aprendido de los mejores maestros y ha abierto los ojos. Sabe que ésta es su asignatura pendiente. Se lo debe a su comunidad y a su familia. Ahora sí.

¿No que éste era el más gandalla?

Si al principio no le hice mucho caso —vivía aún en la desconfianza y en los resentimientos, pues desde algún lugar, esperaba que Juan volviera a ser el mismo y me decía: “A ver a qué horas recae y comienza de nuevo la parranda...”—, de a poco le volví a creer.

—No quiero hacerte promesas, charalita. Ni prometerte viajes ni aventuras...

—No las hagas.

—Lo único que anhelo es que vuelvas a confiar en mí.

—Compañeros charalitos. Las cosas tienen que cambiar. El problema es que ya somos demasiados en el Lago y no hay lugar para más, los recursos se acaban. Hay que aprender a repartirlos y a usarlos con más conciencia. Tenemos que detener el despilfarro de los ricos y de los políticos, y retomar el sentido de nuestra comunidad. Vamos a comenzar esta revolución, pero sin violencia.

¿No que éste era el más gandalla?

—Compasión, sentido común y valor, esto es lo que necesitamos —les explica.

¿No que éste era el más gandalla?

—Palabras difíciles de comprender y, más aún, de llevar a la práctica. Para muchos es mejor quedarse escondido en lo más profundo de la cueva y ser un simple observador. Piensan que con votar cada seis años ya cumplen con su deber ciudadano y delegan en otros lo que en realidad les corresponde: ejercer la democracia. Debemos volver a un lago en el que todos los servidores públicos sean eso: servidores. Y no senadores.

Hubo risas.

—Todos podemos empezar en casa, con pequeñas acciones. La primera acción real es aban-

donar el machismo y el paternalismo, y convertir en democracias a nuestros hogares.

Lo que empezó como una referencia curiosa y casi folklórica en algunos periódicos, una nota de pie de página o un comentario perdido en las páginas olvidadas, fue encontrando eco. La idea era simple, pero no por ello menos eficaz. Buscarnos a nosotros mismos. Respetar a los demás. Ejercer nuestros derechos.

Cuidado, algunos creen que Juan es el líder, pero en realidad es uno más. Uno que es todos. Juan es uno entre todos. Parte del cardumen. Alguien con identidad.

Cuenta la leyenda que éste fue el inicio de la llamada “revolución silenciosa”. Un movimiento de aletas caídas, que habría de transformar para siempre al lago de Pátzcuaro, y a sus alrededores.

“Hay que evitar el contagio”, dicen los políticos. “Que la mancha no se extienda”. “Que la prensa los ignore”. “Que no salgan en la tele”. “Hay que darles el avión...”

Claro, para la mayoría de los pescados que habitan el Lago, esos que se la pasan pegados a la

tele y trabajando mañana, tarde y noche y que le creen al gobierno —o que hacen como que creen—, Juan Charal sigue siendo Juan *Gandalla*. Una leyenda. Un escrito perdido en una publicación perdida. Un cuento.

Mas aún cuando la prensa descobija su triste pasado, en un intento más para sofocar el movimiento.

Borracho, pendenciero y jugador. Inmigrante ilegal. Abandono de hogar. Violento. Conflictivo. Problemático. Un *gandalla*.

Para otros, en cambio, Juan es la verdad.

—¿Hasta dónde quieres llegar? —le pregunté.

—Hasta que las cosas cambien —dijo.

—¿No quieres un “hueso”, un puesto en el gobierno? —lo tientan. Él sonrío.

Ni lo desea ni puede permitírselo. Muchos ojos lo están viendo. Varios pescaditos lo siguen. Un puñado de los muchos que también ven su vida perdida en el alcohol y otras sustancias, o en el sueño de sus padres, de irse al Otro LaGo, han recuperado la esperanza.

—El momento es ahora —es lo que dicen.

—Hay mucho por hacer —me dice Juan.

Una red silenciosa, pero no una de muerte sino una red de vida, ha comenzado a tejerse en las profundidades del lago de Pátzcuaro. Y ha comenzado a avanzar, a avanzar y a avanzar... Cada cien años el Lago se revuelve, pero esta vez lo hará sin derramamiento de sangre.

Algunos soportan fuertes chorros de agua, que intentan quitarlos de su camino, cuando se interponen entre los asesinos y sus víctimas. Otros, llegan casi al borde del suicidio cuando se encadenan a las chimeneas que arrojan residuos tóxicos. Los más jóvenes son los encargados de difundir el fruto de sus esfuerzos.

—No soy yo, somos todos —les dice Juan—. Todos somos uno. El Lago es nuestro hogar. Esto se termina, cuando se termina, compañeros pescaditos. Es una batalla sin final. Hay que estar siempre alertas. Todos los días, alguien, en algún lugar del Lago, se levantará con la idea de que el dinero lo es todo y de que en su nombre se abren todas las puertas. Déjenme decirles que no es cierto. No lo es. La única verdad es que debemos defender nuestro lago, nuestra identidad, nuestra vida y el futuro de esta región.

Quizá así habrá de terminar sus días Juan Charal, el ex gandalla. Como un pescado más. Otro habitante del Lago.

Contarán, quizá, que ya viejo, gustaba de reunir a los jóvenes en su casa, para platicar y relatarles historias de cuando estuvieron a punto de perder el paraíso.

—Anda, Juan, cuéntanos de cuando te disfrazaste de blanco de Pátzcuaro para salvarlo de la extinción —le piden.

—Yo no hice semejante cosa —se ríe.

—Abuelito, ¿y qué te dijo el Señor Presidente del Lago, cuando fuiste a verlo? —le piden sus nietos.

Y entonces sí, Juan recuerda la respuesta:

—Me dijo lo mismo de siempre: “Veré qué puedo hacer, aunque no hay mucho presupuesto”.

—¿Y qué le respondiste, abuelo?

—No se necesita dinero, señor. Lo que se necesita son huevos, señor Presidente.

—¿Tuviste una vida interesante, abuelo?

—No hice nada extraordinario, perdí el sentido y lo volví a encontrar —respondió Juan—. No soy un héroe, sólo soy uno más. No me confun-

dan ni se confundan: soy como cualquiera de ustedes... Soy uno más del cardumen. Soy sólo Juan Charal.

Una leyenda. Un escrito perdido en una publicación perdida. Un cuento.

Así termina la historia, no queda más que contar...

Rofo y la dona de piedra

Nuria Gómez Bonet

Narradora, poeta. Nació en la Ciudad de México hace muchos años, en una familia divertida y numerosa. Estudió Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha escrito muchas obras para los niños desde 1983, en forma de libros, programas de radio o de televisión. En 2003 ganó el Premio FILIJ de Cuento para Niños con *Julieta, la de cuatro*. En los últimos años, sus libros *Pepear palabras* (Editorial Patria), *El berrinche de Moctezuma y otros poemas* (Editorial Verdehalago) e *Historias desde la zozobra* (Ediciones SM), antología donde participó con el cuento “Perropelón”, fueron seleccionados para formar parte de las bibliotecas de aula de la Secretaría de Educación Pública.

Le gusta el olor de los libros nuevecitos y la cara de la gente cuando se emociona leyendo. También le gustan su perra “Tinta” y el campo. Además de las hojas de los libros, le gustan las hojas de los árboles, subirse a los frutales a cortar manzanas, ciruelas y peras ... aunque la mitad se las come antes de hacer la mermelada.

—¡No manches, Rodolfo! ¡¿Cómo vas a ser mi hada madrina?!

—¡Shhh, no grites..! —Rofo se puso el dedo sobre la boca, tocando el ralo bigotito que apenas le salía. Volteó hacia un lado y el otro del patio, esperando que, entre el barullo del recreo, nadie hubiera escuchado aquello.

No. Afortunadamente. La escena no parecía llamar la atención de nadie: Rofo y Zuc, los inseparables, platicaban de pie en un rincón del patio, mientras comían su lonch. Zuc, moreno y flaquísimo, con los pantalones siempre cortos y los zapatos siempre grandes. Rofo, bastante más bajo que su amigo, mirándolo expectante con sus grandes ojos, la boca apretada, como si te-

miera decir algo más. El labio superior a la sombra del bozo, que él llamaba orgullosamente “mi bigote nuevecito”. En la mano derecha el jugo en tetrabrick, con popote de rayas; en la izquierda, la pura servilleta que quedaba de la dona glaseada.

Aún sorprendido por lo que acababa de decirle su amigo, Zuc bajó la voz:

—¡Bueno, pero ... ¿tú estás loco o qué te pasa?

¿De dónde sacas..?

—Ya sé que no es creíble y no quería decirte-lo, pero no me queda otra ...

Rofo tiró envase y servilleta al lejano basure-ro, con un pase casi mágico.

—No puede ser, Rofo. Eso sólo sale en los cuentos. ¿Cuándo has visto..?

Rodolfo tomó aire, se puso lo más serio que pudo y miró a Zuc de frente.

—De verdad, Zuc. Soy tu hada madrina, o tu hado padrino, o como lo quieras llamar. Me creas o no me creas. Yo no lo sabía y yo no lo escogí, sólo quería sacarte de una broncota en la que ni siquiera sé cómo te metiste.

Zuc se quedó frío. Su amigo seguía hablándole con la vista fija. Palideció ante la gravedad que gritaba en los ojos de su amigo.

—¿Se ... seguro que no me estás choreando?
Rodolfo miró al cielo y suspiró.

—Ojalá, carnal, ojalá.

Nadie en el patio parecía haber escuchado.

—Vente para acá, lejos de la reja, que no te vean.

Los amigos se fueron caminando con la cabeza baja, farfullando con gesto de preocupación. Sólo Adelina los siguió, segura como estaba de que a ella nadie podía verla. Era viernes. El fin de semana no pintaba para ser tranquilo.

2

A Adelina le gustaba leer de todo: los letreros de la calle, los libros que le compraba su mamá, las cajas de cereal ... ilo que cayera ante sus ojos! Le había fascinado siempre descubrir cómo las letras, esos dibujitos oscuros, querían decir algo y cómo sabiéndolos hilar, uno podía enterarse de tantas cosas por la vida.

Como cualquiera, Adelina tenía miedos. Le asustaban sobre todo los ruidos demasiado fuertes, los lugares oscuros y los perros.

Se peinaba bien bonito. Cada día traía el largo cabello acomodado de diferente manera: un día dos trenzas francesas; otro día, una sola en forma de diadema; otro más, unos mechones alborotados sostenidos por un broche; un buen miércoles, decenas de pincitas miniatura alineadas, como dos filas de hormigas que llevaran todos los colores del mundo a su agujero. Adelina Macías Almen-
daro tenía un cabello oscuro, lacio y brillante. La verdad es que cada mañana, mientras ella ojeaba el periódico del día frente al espejo, la peinaba pacientemente su mamá. Adelina tenía síndrome de Down. Claro que podía peinarse sola, así como podía vestirse y bañarse sola, hacer la tarea sin ayuda, o prepararse cuidadosamente un huevo estrellado... Para eso iba a sus talleres por las tardes, en la Casa del Sol, donde no sólo le enseñaban a cuidarse por sí misma, sino que había doctores para consultas especiales, talleres de pintura, de música, gimnasia olímpica... A sus trece años, casi catorce, Adelina había aprendido

ahí miles de cosas, casi tantas como las que le habían enseñado en la escuela por las mañanas.

Lo que pasaba con los peinados era que la señora Almendaro de Macías trabajaba en una estética y le quedaban mucho mejor que a su hija. Y como la niña se sabía bonita, pues se aguantaba todas las mañanas mientras la peinaba su mamá. Quería verse siempre bien. ¡En una de esas su mamá le pedía a Zuc, su vecino, que la llevara con él a la escuela como la otra vez!

3

Zuc era un tipo singular. Alto y callado, cuando abría la boca era para decir algo realmente bueno. Lo mismo tenía de inteligente que de flaco. Se llamaba Zaqueo Uribe Carbajal, pero su nombre le disgustaba tanto que todos, su mamá, su hermano Lalo, Marisela y Rosi, sus hermanas gemelas, lo llamaban por sus iniciales.

Los papás de Zuc estaban divorciados desde hacía más de un año. Se llevaban tan, pero tan mal, que la mamá terminó por correr de la casa a su esposo y Zuc escasamente había vuelto a ha-

blar con él. Según el muchacho, eso no le pesaba, lo que sí le daba coraje era que ya no les diera dinero para el gasto. La señora Carbajal trabajaba en una fonda y los domingos vendía tamales, memelas, tlacoyitos y pozole afuera de su casa. Eran los mejores del rumbo. A Lalo, el hermano mayor, que había terminado la secundaria técnica, lo habían contratado en un taller de aparatos eléctricos, pero entre los dos apenas ganaban el dinero suficiente para darle de comer a la familia.

Eso desesperaba a Zuc. Por eso había empezado a ir en las tardes a ayudar a su tío Quique en su taller mecánico-eléctrico. Aunque fuera para ganarse unos pesos cambiando una batería, arreglando un corto, o cambiando los focos de algún carro. Él quería ver descansar a su mamá aunque fuera un rato los domingos, quería tener dinero para comprarse unos zapatos, y no usar más los que a Lalo le iban quedando chicos ... pero que para él eran demasiado grandes.

Desde la primaria, Rofo siempre había tenido la sensación de que Zuc y él eran algo así como hermanos, aunque rebuscando entre las frondas de sus respectivos árboles genealógicos –Uribe

Carvajal y Xochiteotzin Mancilla— no hubieran encontrado ningún pariente común. La única explicación posible para esa sensación fraternal era el hecho fortuito de que los dos habían nacido en la misma clínica de la ciudad, con pocos días de diferencia.

Rofo y Zuc iban en la Escuela Secundaria “Próceres de la Patria”. Aunque no estaban en el mismo salón, en cuanto salían andaban siempre juntos y se suponía que no existía secreto alguno entre ellos. Pero semanas atrás, Rofo había notado que su amigo andaba raro. No quería que pasara por él en las mañanas a su casa; y a la salida, ya para regresar juntos, se entretenía quién sabe dónde.

Un día en que Rofo se sintió mal y no pudo bajar a deportes, escuchó en el salón un celular que sonaba dentro de la mochila de su amigo. Cuando le preguntó que si por fin había podido comprarse el celular que quería, Zuc, nervioso, le contestó que no, que de dónde, que él no tenía celular.

—Pero yo clarito escuché que sonaba uno en tu mochila ...

—¡No, seguro era la de alguien más!

—Pero sonaba con esa rola de “Los Patéticos” que te gusta tanto ...

—¡Oh, qué necio eres! Te digo que no tengo celular.

Rofo dudaba si serían sus nervios o si de veras su amigo le estaba escondiendo algo. La inquietud le rondaba el cerebro, como una mosca que ni se para, ni deja de zumbiar.

4

La mamá de Rofo aseguraba que Naida, su hermana mayor, le traía buena suerte. Chaparrita, con una trenza larga y una nariz pequeña y puntiaguda, Naida era pintora y se reía mucho. Era verdad que estaba medio chiflada, pero Rofo no creía que estuviera loca, como aseguraba su papá.

Lo que ella decía siempre resultaba ser verdad. No sólo cosas del tipo *estás tan agripado que a ver si no amaneces con fiebre*, o *si sigues viendo la tele vas a reprobar el examen de mañana*. Esas las adivina cualquiera. La tía Naida adivinaba cosas tipo *ese coche trae un clavo de tres y me-*

dia metido en la llanta izquierda de atrás, o nuestro pesero no pasa porque al chofer le hicieron una colelitiasis de emergencia hace rato. No le fallaba una: a media cuadra se le ponchaba la llanta al carro, o el chofer del pesero aparecía después de dos semanas, tomando aún las medicinas para su recuperación.

Un buen día, Rofo le preguntó a Naida que cómo sabía que los huevos con los que habían hecho el pastel eran de una gallina con tres plumas verdes. Naida se acercó a él y pasándole el dedo por encima del bigote nuevecito le respondió:

—Muy bien, Rofo. Ahora ya tienes edad para escucharlo, pero necesito que me prometas que no se lo dirás a nadie.

—Te lo prometo —respondió él, chupando el betún del tenedor.

—Lo que pasa es que soy un hada.

El muchacho no se atrevió a contestar. A lo mejor su papá tenía razón: a la tía Naida sí le cascabeleaba un poco el juicio.

—Verás, Rofo. Para empezar, las hadas no somos cosa de otro mundo. Somos gente común y corriente que va al mercado, tiende su cama,

despierta con lagañas y hace pipí y caca, como cualquiera.

Rofo nunca, en ningún cuento, había visto un hada que tuviera ganas de hacer chis, o que dejara en el aire la varita mágica para correr al baño presa de un incontenible retortijón. La tía Naida siguió:

—Es más. Las hadas pueden ser personas que ni siquiera se han enterado de que lo son. Pueden andar por el mundo como si nada, hasta que un buen día descubren que son hadas, o hados, porque no todas son mujeres.

Ante el silencio de Rofo la tía se interrumpió:

—No me estás creyendo una sola palabra, ¿verdad?

Rofo sabía que ella adivinaría si era o no sincero, así que no se arriesgó:

—No, la verdad no, tía. No me lo creo.

Entonces Naida tomó su bolsa y sacó de ella una piedra. No era una piedra común: era una piedra de río, con un agujero en el centro.

—¿Ves esto? —preguntó Naida—. Es una piedra de las hadas.

—¿De las hadas? ¡Parece una dona!

—Sí. Tiene en el centro un agujero, pero no se lo ha hecho ninguna persona. La ha perforado el viento, o el agua, a lo largo de siglos de erosión.

Rofo contemplaba la curiosa dona de roca que su tía le mostraba.

—Esta piedra, o mejor dicho este agujero natural, es el único medio posible para ver a las hadas que andan por el mundo, en su apariencia original.

Naida se la puso en la mano a su sobrino.

—Ándale, asómate y mírame.

Lentamente Rofo tomó la piedra y la acercó a su ojo, sin imaginarse que estaba a punto de ver una de las cosas más sorprendentes que había visto nunca. Lo que miró por ese agujero lo dejó extasiado. Frente a él estaba una pequeña criatura como del tamaño de una regla, batiendo vertiginosamente dos alitas verdes, mientras una larga trenza le bailaba en el aire. Tenía un brillo alrededor, como si alguien la alumbrara con una potente luz plateada desde arriba. De la boca de aquella hermosa criatura salió la voz de su tía:

—Entonces, qué, Rofito ... ¿ahora sí me crees?

El muchacho bajó la piedra. Frente a él, estaba la misma tía de siempre.

—¿Cómo hiciste eso? —dijo Rofo, todavía estupefacto. Ella se rió.

—No lo hice yo. Son cosas que son así. Puedes creerlas o no.

Rofo no salía de su sorpresa.

—Ahora —le dijo ella— viene lo verdaderamente importante: toma la piedra y mírate a ti mismo en el espejo del baño. ¡Ándale!

Rofo obedeció. Tomó la durísima dona y se encaminó hacia el espejo que estaba sobre el lavamanos. Con cierto temor se llevó la piedra al ojo derecho ...

—¡Ah!—gritó sobresaltado— ¡No puede ser!

Frente a él, en el espejo, una especie de duende lo miraba con una piedra idéntica sobre el ojo izquierdo. Tenía la misma cara de sorpresa que él, pero sus facciones eran más finas. Encima del labio superior lucía una curiosa pelusa verde. Rofo se tocó su bigote nuevecito. Aquella criatura se acarició el suyo. Ambos sonrieron con idéntica sonrisa, y después pegaron asustados el mismo salto hacia atrás. El de afuera se tocaba la espalda

con curiosidad, el de adentro se tocaba unas alas transparentes y plateadas. El de afuera palpaba el aire sobre cada oreja, el de adentro se tocaba, primero una, después la otra, la fina punta de las suyas.

Rofo no salió del baño hasta que no estuvo absolutamente seguro de que aquella imagen con incipientes destellos de luz plateada era la suya propia. Naida lo esperaba en el sillón.

—E ... entonces, ¿soy un duende? —preguntó Rofo aún atónito.

—Un hado —lo corrigió su tía—. Un hado, que no es lo mismo.

5

La tía de Rofo trabajaba por las tardes dando un taller de pintura en la Casa del Sol. A Adelina le encantaba verla pintar: un trazo de un color acá, otra pincelada allá y el lienzo blanco se convertía en una laguna llena de criaturas acuáticas, en un circo de ágiles acróbatas voladores, o en una selva donde sólo faltaba escuchar los gritos de los monos aulladores. Naida y la niña eran buenas ami-

gas. Por eso no era raro que Rofo las viera juntas con frecuencia entrando de la mano a la unidad habitacional. Cada vez que el papá de Adelina tenía algún contratiempo y no podía llegar a buscarla, Naida la llevaba con ella y él ahí la recogía más tarde. Si alguna vez los papás querían salir solos al cine, a cenar o de fin de semana, Naida se ofrecía, muy contenta, a quedarse con ella.

A Adelina le encantaba pasar la noche ahí. Primero, porque Naida le prestaba sus pinceles, sus lápices de carboncillo, sus caballetes y paletas. A veces pintaban juntas un mismo cuadro, otras terminaban pintándose una a la otra pecas, ronchas verdes, narices coloradas o rayas de cebra en la cara. Además, cenaban unas pizzas deliciosas que cocinaban con Rofo, y antes de dormir, Naida siempre empezaba una guerra de almohadazos que terminaba tardísimo, con los muebles desacomodados, alguna lámpara en el suelo y las dos pintoras, risueñas y greñudas, tiradas en medio del campo de batalla.

Así quién no iba a dormir bien. No le importaba nada la oscuridad en esa casa. Adelina caía cansadísima en su bolsa de dormir. El largo

cabello desmelenado en un cojín, en esa casa siempre soñaba que era grande. Curiosamente, soñaba que Naida era más chiquita que ella, que tenía unas alas verdes, como de libélula, y que algo como un rayo de luz plateada iluminaba a su alrededor mientras pintaba.

6

Cuando Rofo salió de su estupefacción se enteró de los detalles de la vida del “Pequeño Pueblo”, como llamaba la tía Naida a los de su stirpe mágica. Supo que estos seres maravillosos siempre tienen un brillo en torno suyo. Casi siempre es plateado: el brillo dorado está reservado para las hadas más poderosas, las que logran los portentos supremos. Rofo también aprendió que antes las hadas vivían aisladas en los bosques y rara vez se metían en la vida de la gente común, pero la llamada civilización humana se fue extendiendo como una pesada cobija gris sobre la espesura de selvas y boscajes y, así como le sucedió a muchas especies del reino animal, la “Pequeña Gente” vio su hábitat cada vez más reducido. Esto obligó a

las hadas, igual que a los lobos o a los tigres, a vivir cada vez más cerca de los seres humanos.

—Al grado que hoy, ya ves —reía Naida mientras le explicaba a su sobrino—, aquí estamos, tú y yo, metidos en casas de gente normal, con apariencia de gente normal, usando jeans y cachuchas, como la gente normal. La adaptación evolutiva es sorprendente, Rofito, ¿no crees?

A Rofo le costaba mucho trabajo asimilar su nueva condición.

—¿Y por qué esto tiene que ser secreto, eh?

—¡Ay, m'hijo! ¿Te imaginas si la gente supiera que las hadas existimos? Vendrían a tocar a nuestra puerta a toda hora, pidiendo que solucionáramos, a punta de varita mágica, la pobreza, la discriminación, el SIDA, las guerras, la drogadicción, la inseguridad, las desigualdades, el hambre... Rofo se llevó las manos a la cara mientras su tía tomaba aire para seguir:

—¡Y luego sus caprichitos! ¡Imposible! Ya una vez lincharon a una colega, porque no pudo darle a su ahijado un avión supersónico que le pedía ...

—¿Por qué no pudo? —preguntó Rofo.

—A lo más que llegó fue a regalarle un parapente ... ¡y lo tuvo que comprar! Los humanos se han vuelto avorazados y las hadas hemos perdido poderes con el estrés, la contaminación, la dieta chatarra y las sopas de a mentiritas ...

Rofo empezaba a decepcionarse.

—¡Uy! Entonces, ¿qué poderes nos quedan?

—Pues verás ... —dijo Naida rascándose la cabeza— pocos en realidad. La mayoría podemos desplazarnos levitando en horizontal o en vertical.

—¿No volamos con las alas?

—¡Ja, jah! ¡No! ¿Cómo crees? —exclamó ella divertida, lanzando hacia atrás su larga trenza—. No volamos con ellas, son demasiado chiquitas, sirven sólo de adorno. Pero podemos flotar por encima del suelo a toda velocidad, gracias a una sustancia invisible y etérea que producen nuestros pies.

—¿Y eso cómo se hace?

—Es difícil. Tienes que practicar, concentrarte. De pronto, cuando no te lo esperas, ves ese brillo especial en las suelas de tus zapatos y, ¡a flotar por ahí!

Rofo miró la suela de su zapato. Le pareció ver un pequeño círculo brillante, pero era sólo

una chinche plateada. Bastante frustrado, preguntó:

—Y entonces, aparte de eso, ¿qué chiste tiene ser hado?

—Lo más importante es ser madrina o padrino, porque nos queda el poder de darles a nuestros ahijados recién nacidos algún don, o algún poder.

—¡Újule! ¡Yo ni ahijado tengo!

Naida soltó una carcajada.

—¡Eso es lo que tú crees, Rofo! Eres padrino y requete-padrino.

—¿Cómo? ¿De quién?

—¡Eres el hado padrino de tu amigo Zuc!

—¡Nooo! ¿Cómo crees, tía? ¿En serio?

Para darle seriedad al asunto, Naida dejó de reírse:

—¡Claro! Cuando Zuc nació, tú estabas en la misma clínica, en el mismo cunero. Las Hadas Supremas decidieron que fueras su padrino.

—¡Pero a mí nadie me había dicho...!

—Te lo dijeron entonces, pero las Hadas Supremas no saben nada de las etapas del desarrollo humano... ¡como ellas son inmortales,

ni saben a qué edad se empieza a tener uso de razón! Y claro, ni entendiste que eras hado, ni quién era tu ahijado, y en su momento no hiciste nada por él.

—¡Uy, qué chiste! —Rofo casi lograba sacar la chinche de su tenis.

—¿Cómo de que qué chiste? El chiste es que ahora que ya lo sabes puedes aprender a darle los dones que no le diste cuando era recién nacido.

—¿E... en serio?

—¡Claro! Dones con los que puedes protegerlo, hacerlo más fuerte y mejor. Por ahora, te voy a enseñar un conjuro para reunir el agua de los pétalos de las flores.

—Pe... pero en mi casa la compramos de garrafón...

La tía decidió ignorarlo.

—Sábetete que debes decirlo siempre con una vara, o algo parecido, en la mano. Puede ser un pincel, un lápiz que no esté demasiado gastado, una regla...

¡En caso de emergencia yo he usado hasta un jalador para trapear!

Afuera de las escuelas, a la hora de la salida siempre hay mucha gente. En la secundaria “Próceres de la Patria”, también: los papás y las mamás que van por sus hijos; los que se van en bola a la parada del pesero; los vendedores de chicharrones, papas y paletas; Leonardo, el portero de la escuela y su perro “Morlaco” ... Pero cada quien anda en lo suyo y casi nadie se fija quién es quién.

A Rofo le dio por comprarse un raspado, desde que Zuc se le perdía a la salida. Así hacía tiempo mientras lo esperaba. Adelina platicaba con sus amigas, siempre lejos del “Morlaco”, cuyos colmillos afilados le daban terror. Julián y Raquel, dizque muy disimulados, se besaban detrás del arbolito ... Todos tenían que ver con alguien. Menos aquel señor al que Rofo vio la tarde de ese jueves, un poco más allá, medio escondido detrás del letrero de la fonda.

El tipo, a simple vista, parecía normal. No era alto ni chaparro, no estaba galán ni tampoco feo, tal vez un poco orejón. Lo que llamaba la atención era su mirada lúgubre. Rofo la sintió clavada

y volteó. Por un segundo sus ojos se encontraron. El hombre rápidamente miró para otro lado y se caló unos lentes oscuros, pero a Rofo ya se le había pegado un escalofrío en la espina dorsal.

—¿De grosella, como siempre? —le preguntó el del carrito de raspados. Rofo le contestó:

—Sí, Pepe, como siempre.

Cuando volvió a mirar, ya no había nadie. Pero un segundo después vio a Zuc hablando con el truculento individuo. De pronto aquel hombre tomó a su amigo violentamente de la camiseta. Zuc se safó temeroso y le dijo algo que lo tranquilizó. Se despidieron secamente. Fue Rofo el que se volteó para otro lado entonces. No había pasado un minuto cuando escuchó la voz de Zuc a sus espaldas. Mal disimulaba el susto:

—Vámonos, carnal, que ahora sí se nos está haciendo bien tarde.

—¿Sabes qué? —improvisó Rofo:— Vete yendo. Yo tengo que ... que pasar a ver a mi tía Naida.

—Oye, ¿sigue en pie el fin de semana en tu casa? Digo, para traer mis cosas.

—Sí, te quedas desde mañana, ¿no?

—Sale, pues. Nos vemos mañana.

Chocaron las manos. Zuc se puso los audífonos y echó a andar.

En cuanto Rofo vio desaparecer la cachucha de su amigo por la esquina, salió corriendo rumbo a donde había visto desaparecer al siniestro orejón.

Sólo había avanzado media cuadra cuando lo vio entre la gente, en la terminal de peseros, con un celular al oído. Rofo se quitó la gorra y la sudadera y las guardó en la mochila: así sería más difícil que lo reconociera. Trató de pasar inadvertido en el tumulto y se colocó lo suficientemente lejos como para que no lo viera el tipo, pero lo justamente cerca para escuchar lo que decía.

—El muy imbécil me salió con que ya no le iba a entrar, que era la última ... ¡Pues claro, Matasiete! Le dije que él ya sabía que en esto no hay vuelta de hoja... Exacto ... que no te hiciera enojar, porque no respetas...

Rofo oía, parapetado tras la enorme bata de cuadritos de una señora.

—No, Matasiete ... No creo. Tanto como para romperle la madre, no ... Te digo que se es-

pantó tanto que se alineó ... Pues eso sí ... una calentadita para que no ande con ideas... Como tú digas, mi Mata. ¿Lo agarramos el lunes?... Ah, de veras, que la semana que viene no estamos... Pues mañana entonces, mándame al Gangrena y al Pelos para que se ocupen... Sí, después de la escuela...

A Rofo se le salía el corazón. Tenía que evitar que un par de matones le rompiera cada uno de los doscientos y pico huesos del cuerpo a su amigo y ahijado. Salió a toda velocidad de su refugio detrás de las espaldas de la gran señora y corrió, tal como lo había dicho, rumbo a la casa de su tía Naida.

8

Rofo avanzaba sin dejar de pensar en la amenaza que se cernía sobre Zuc. Imaginaba una horrible escena donde le molían el esqueleto a puñetazos, o a saber con qué funestas armas, los tales Gangrena y Pelos... Rofo sabía que si de verdad era su hado padrino, tenía que sacarlo de esta bronca.

Naida ya había adivinado que Rofo venía jadeando para contarle —como si ella no lo supiera— el problemón. Tranquilamente salió de su departamento, con todo sosiego bajó las escaleras, avanzó por el andador calmadamente, salió a la calle, y cuando Rofo daba la vuelta en la esquina, lo atajó en un abrazo.

—Tranquilo, Rofito, tranquilo.

—E ...es que ... ¡Ay, tía! ¡Ni sabes! ¡Pobre Zuc!

—¿A poco crees que no sé? Le quieren partir la cara, ¿no? Por eso te estoy esperando. Ya hasta le hablé a tu mamá para decirle que ibas a comer conmigo.

—¡Ay, gracias, tía! ¡Eres la neta!

—Pero vuélale, que tengo que ir a dar taller a la Casa del Sol. Estamos justos de tiempo. Tienes que entrar en acción oficialmente como hado padrino.

Una vez arriba, Naida le preguntó a su sobrino:

—¿Ya sabes qué don le quieres conceder a Zuc? Rofo no tenía la más peregrina idea.

—¿Pues cuáles hay? Es que ni sé ...

Naida sacó del cajón de la cocina un folleto de venta de *tooper* y se lo pasó a su sobrino. Éste se le quedó mirando.

—¿Cómo, tía? Lo van a medio matar dos gorilas, ¿y tú quieres que le regale el botanero múltiple!?

—Ah, no, no. Perdón. Tienes que mirarlo con la piedra de las hadas. Se me andaba olvidando —entonces la sacó de su bolsa y se la ofreció.

—¡Ahora sí! —dijo aliviado el muchacho, mirando el catálogo por el hoyito. Frente a él, página por página, se desplegaba el muestrario de todos los dones que pueden ofrecer las hadas a sus ahijados.

—Gracia, sabiduría, poder para nadar al fondo del océano ... no, eso no creo que le sirva ... ¿Cuántos dones puedo darle?

—Uno —dijo Naida— porque eres primerizo. Pero puedes aplicarle otro de mi parte —y cerró un ojo—. A mí me autorizan a apoyar a las hadas novicias.

—Okey, okey. ¡Yo, éste!

Rofo señaló el modelo INV3x24: invisibilidad total por tres días, que al ojo humano apa-

recía como una jarra medidora de transparencia insólita.

—¡Excelente idea! —aprobó su tía—. Así, esos infelices montoneros no podrán verlo. Muy bien. Yo voy a darle el VAL-15: valentía plus —añadió señalando lo que a simple vista aparecía como un gran platón rojo a prueba de rajaduras—, porque tendrá que ser muy valiente para zafarse de esos tipos.

Rofo se quedó más tranquilo. Podría proteger a Zuc, finalmente. Repasó cuidadosamente el plan y apuntó en un papel el conjuro que debía murmurar mientras señalaba a su amigo con una varita ... o algo parecido.

—Debes ensayarlo muy bien, Rofito. No olvides que eres un novicio y nunca has hecho esto. Todo tiene que salir perfectamente.

Naida cargó en un lápiz bicolor el don que le mandaría a Zuc. Sólo faltaba que Rofo, cuando lo tuviera enfrente, recitara sin titubeos su conjuro, señalándolo enérgicamente con él. Lo demás parecía pan comido.

La mañana de aquel viernes, Rofo fue a la escuela repitiendo por el camino las palabras del hechizo mientras caminaba:

*En nombre del Pueblo Pequeño
de este don hoy eres dueño:
serás invisible
ante algo temible.
Caduca en tres días el conjuro.
Yo, Rofo, lo afirmo y lo juro.*

Se sentía muy bien diciendo eso de “yo, Rofo, lo afirmo y lo juro.” Y después agregaba, por instrucciones de su tía Naida:

*Recibe también otro don,
que viene de oferta y pilón.*

El plan era hacer invisible a Zuc desde la hora de entrada, para que —en caso de que los perversos sujetos espieran por la reja en el recreo— no lo hallaran. Después, Rofo le explicaría las cosas y escondería su mochila para que pareciera que Zuc simplemente había faltado. Puesto que había pedido permiso para pasar el fin de semana en

casa de Rofo, el plan resultaba ideal. Sería invisible hasta el domingo por la noche, justo a tiempo para volver a su casa.

El muchacho llegó a la escuela y esperó afuera. Sacó de la mochila el bicolor rojo que traía el hechizo de valentía plus y esperó a su amigo. Todos los alumnos fueron llegando: Pamela y Lupita, Gandarilla, Joel, Grisel y Adán su hermano ... Se enfilaban apurados hacia los salones. Zuc tardaba. Su hado padrino jugueteaba nerviosamente con el bicolor entre los dedos. Estuvo a punto de olvidar que lo debía usar como vara mágica y por poco lo muerde como mordía sus lápices ante un examen.

Cuando ya no quedaba nadie afuera, cuando faltaban unos segundos para que tocara el timbre, Rofo por fin vio a su amigo acercándose por la calle. Venía platicando con Adelina. La mamá de su compañera había amanecido agripada y le había pedido a Zuc que la llevara con él a la "Próceres".

Rofo los saludó con la mano, tomó aire y esperó a que llegaran a prudente distancia. Calculó que no lo escucharan y comenzó a repetir por lo bajo aquello que tantas veces había ensayado:

*En nombre del Pueblo Pequeño
de este don hoy eres dueño:
serás invisible
ante algo temible.
Caduca en tres días el conjuro.
Yo, Rofo, lo afirmo y lo juro.*

Y mientras lo hacía, blandía el bicolor como si fuera una varita mágica. Todo iba saliendo de maravilla, pero cuando Rofo llegó a lo de:

*Recibe también otro don,
que viene de oferta y pilón ...*

...sonó la campana. Entonces Adelina corrió a la puerta y se atravesó por enfrente de Zuc. Rofo sintió que una fuerza invisible salía expelida vigorosamente de la punta roja del bicolor. Acto seguido, Adelina desapareció frente a sus ojos.

10

Adelina se levantó. No sabía qué impacto repentino la había lanzado al piso, pero al momento de ponerse de pie sintió que una extraña fuerza corría por sus venas. No se asustó cuando se dio

cuenta de que era invisible y tampoco sintió pánico alguno cuando se percató de que estaba justo al lado del “Morlaco” y sus temibles colmillos. Como una ráfaga alcanzó a entrar a la escuela, junto con Rofo, que jalaba a Zuc, antes de que Leonardo, el portero, cerrara detrás de ellos.

—¿Zuc? —llamó la niña en voz muy baja.

—¿Eh? ¿Adelina? —respondió él, sin encontrar en su campo de visión más que a Rofo y a la maestra Soberanes, la directora, que se acercaba por el pasillo.

—¡Ese par de alumnos! ¡Uribe! ¡Xochiteotzin!

¿Qué están haciendo fuera de su salón? ¡A ver! —se aproximaba resonando sus finos tacones en las baldosas.

—¡Córrele, Zuc! —dijo Rofo—, tú llévate su mochila y escóndela en un lugar seguro. Yo me encargo de Adelina. Nos vemos en el recreo.

Apenas Zuc pegó la carrera, Rofo le murmuró a Adelina:

—Sígueme al salón, pero mejor no hables en todo el día. Eres invisible ...

—¡Sí, ya sé! —dijo la voz de Adelina—. ¿Cómo pasó eso?

—Luego te explico. Se te va a pasar en unos días. Quédate junto a mí, pero no le estorbes a nadie, ni hagas ningún ruido. ¿Va?

—Va. No te preocupes.

—Camina detrás de mí, lo más cerca que puedas.

La voz de la maestra Soberanes volvió a resonar en el pasillo:

—¡Xochiteotzin! ¡A su salón!

A la maestra Soberanes le pareció por un momento, sólo por un momento, que eran dos pares de pasos los que avanzaban hacia el salón.

11

Después de enterarse de los detalles del padrinazgo mágico de Rofo, de cómo había planeado salvarlo de la golpiza de los secuaces del Matasiete, y de cómo el plan había sufrido un giro accidental, Zuc le preguntó consternado a su amigo, allá en el último rincón del patio:

—Y a todo esto, ¿Adelina?

—Aquí estoy, Zuc.

Estaban los tres amigos reunidos. Zuc les

confesó que se había involucrado con la banda de robacoches porque le habían ofrecido mucho dinero por trasladar autos robados de un lado a otro. Se los dejaban en un callejón, él tenía que cambiarles las placas y pintarlos con spray. Luego los llevaba a la dirección que le mandaban en un mensaje al celular que le habían dado.

—Entonces sí tenías celular ... —le reclamó Rofo.

—Entonces, ¿estás ayudando a robar? —le preguntó Adelina.

—Bueno, yo no robo. Yo nada más pinto los carros con aerosol y los llevo donde me dicen.

—Es lo mismo, carnal. No te hagas güey —le dijo Rofo.

—¡Pero es que me pagan una lana! Cada tercer día me dan un montón de billetes. ¿Cuándo iba yo a juntar tanto dinero ayudando a mi tío Quique?

—Yo digo que lo que está mal hecho está mal hecho, Zuc. No le hace que sea por ayudar a alguien —se oyó la voz de Adelina. Zuc se defendió:

—¿No ven que ahora sí estoy ayudando a mi hermano y a mi mamá?

Rofo se quedó pensativo:

—Pues los estarás ayudando con dinero, pero también los estás engañando, carnal. No se vale ... Y si llegaras a tu casa hoy en la tarde con todos los huesos rotos, ¿como en qué les ibas a ayudar?

Zuc bajó la mirada.

—Ya lo sé, carnal. Por eso me quise rajar, pero ya ves. No me dejan.

Sintió unas palmadas en la espalda. Era la mano gordita de Adelina.

—No te apures, Zuc, nosotros te vamos a ayudar.

De hecho, ella y Rofo ya tenían un plan. Adelina iría a la bodega por una cuerda. Zuc se pararía junto a la barda del patio y Rofo ayudaría a la invisible niña a subir sobre sus hombros para amarrar la cuerda al árbol del patio. Cuando el patio quedara vacío, Zuc escaparía trepando por ella y se iría a casa de Naida. Ella —le había dicho Rofo sin darle mayor explicación— estaba al tanto de todo y seguramente lo escondería mejor que nadie.

Con Adelina la cosa era más sencilla. Todos habían dado por hecho que ese día no había ido a clases, así que se iría con Rofo a la casa de Naida.

Rofo aseguraba que su tía podría revertir el hechizo de invisibilidad y así Adelina iría en la tarde, como si nada, a sus talleres en la Casa del Sol.

12

Por suerte Adelina había hecho cada día los ejercicios que le había recomendado su doctor. Estaba haciendo un gran esfuerzo para trepar a los hombros de Zuc, pero sus músculos le respondieron mucho mejor de lo que ella esperaba. Después de batallar un poco con sus dedos, logró que la cuerda quedara firmemente atada a la rama del árbol y ella estaba de nuevo en el piso.

Zuc se escondió en el árbol hasta que el patio quedó en silencio absoluto. Entonces, tomó la cuerda y en menos de medio minuto saltó del otro lado de la barda y pegó la carrera rumbo a casa de Naida. A la hora de la salida, Rofo y Adelina vieron a un par de hombrones en un carro sin placas. Miraban hacia la puerta de la escuela, sin perder detalle. Ellos se hicieron los disimulados y se fueron. Los oscuros truhanes ni

siquiera se fijaron que había salido un chavo con dos mochilas.

Cuando Rofo empezó a caminar más tranquilo, notó que de sus pies salía una sustancia invisible y etérea que lo hacía flotar y deslizarse en el aire, como si trajera una patineta. Puesto que no había nadie que los viera, cargó a Adelina “de caballito” y en un dos por tres llegaron a casa de la tía Naida.

Cuando estuvieron todos reunidos, se dieron cuenta de que habían logrado librar a su amigo de la mayúscula golphiza. Zuc estaba muy agradecido. Abrazó a Rofo y a Naida. Abrazó a Adelina con cariño y ella sintió, a pesar de haber recibido el potente don de la valentía plus, que le temblaban como chicle las piernitas.

Pero había dos problemas aún. El primero era que Naida, después de leer con la piedra de las hadas las letras chiquitas del catálogo de dones, les confesó:

—No hay modo de revertir el INV3x24. Al hado Rigoberto, que hacía este antídoto, lo atropelló un pesero hace meses y nadie ha dado aún con la fórmula.

—¡Mis papás se van a preocupar! —dijo Adelina—, pero no podemos arriesgarnos a que descubran el secreto.

—¡Ja, jah! ¡Ya sé! —prorrumpió el hada—. Le puedo pedir a tu mamá que te deje conmigo el fin de semana. Le diré que Zuc y tú se quedaron a comer. Que si te deja quedar hasta el domingo. Total, yo calculo que para las seis de la tarde ya te veremos con nitidez. —Y agregó:— A lo mejor estarás todavía un poco paliducha, pero nada que no pueda pasar por un simple atracón de pizza.

A todos les pareció que era buena idea. Incluso a la mamá de Adelina, con quien hablaron por teléfono. (¡Por suerte Adelina no había perdido la voz!) Se quedarían los tres a pasar el fin de semana con Naida.

Esa noche, se pusieron un mundanísimo atracón de pizza y se rieron mucho viendo cómo, en la mano de Adelina, las salsitas aparentemente salían volando solas, para escurrirse sobre las rebanadas de cada uno de los amigos.

El sábado Rofo abrió los ojos y miró la bolsa de dormir de Adelina. Era curioso ver un bultito acurrucado adentro, sin ver su cabeza en el cojín. Rofo extendió la mano. Ahí estaba, podía sentir su pelo desordenado. Cuando despertó, Zuc hablaba poco: estaba muy preocupado. Se había salvado de momento, pero seguía involucrado con una peligrosa banda de la que no sería tan fácil zafarse. No sólo lo andaban buscando para ponerle una golphiza de piñata, sino que tendría que seguir siendo su cómplice para toda la vida.

—Pues yo creo que hay que decirle a la policía —dijo Adelina decidida.

—Yo no —contestó él—. Los policías siempre son corruptos y capaz que son amigos del Matasiete. Si se entera que lo denunció, ¡entonces sí me mata!

—Ahhhh ... —dijo Rofo estirando el bigote nuevo con un bostezo—. Yo digo que en algún lugar debe de haber un policía de fiar.

Un cepillo subía y bajaba, aparentemente en el aire, mientras Adelina se peinaba, sin temor alguno a jalarse el cabello.

—¡Antonio Espronceda! —gritó de pronto—. Yo vi un policía en el periódico. Uno que tenía un compañero de patrulla tramposo y ya no quiso andar con él. Luego también quiso que lo sacaran de su grupo, porque todos eran iguales.

—¡Claro! Es el policía que se tuvo que esconder y no salió hasta que estaban todos en la cárcel ...

Zuc saltó en su lugar:

—¿Tiene Internet tu tía, Rofo? ¿Te acuerdas en qué periódico era, Ade?

—En *El Imparcial* —respondió ella sin dudarlo.

Esa misma tarde, la tía Naida hablaba con la reportera que había escrito la nota sobre Antonio Espronceda. Se llamaba Adriana y sabía mucho sobre la corrupción y sus denuncias. Había seguido el caso del policía de principio a fin.

—Mire, señora Naida —le dijo por teléfono—, la persona que usted dice puede entrar en un plan de protección como el del oficial Espronceda. Si era parte de la banda, tendrá algún castigo, pero si ya no quiere seguir robando y demuestra su intención con la denuncia, el castigo puede ser mucho menor.

Adriana les ayudó a localizar al oficial Espronceda. Rofo y Zuc fueron a platicar con él a una cafetería. (Claro que Zuc no le dijo que se trataba de él, sino de “un primo”.) El policía les dijo:

—Pues hay que convencer a su primo de que tiene que denunciar al tal Matasiete y a su banda, si queremos entre todos algún día acabar con esta inseguridad. Si nos quedamos callados, si no actuamos todos, aunque sea muy poco a poquito ... ¿a poco creen que va a venir un hada madrina y nos va a resolver el problema con su varita mágica?

Rofo y Zuc sabían mejor que nadie que, aun existiendo las hadas, eso no era posible. Intercambiaron miradas de complicidad. Zuc, para variar, ni dijo nada, pero se quedó pensando que esa complicidad con Rofo ... esa sí le gustaba.

14

Semanas más tarde, Adelina esperaba a que su mamá le peinara el negro cabello. Ojeaba el periódico y saltó cuando vio la noticia en letras grandotas:

Valerosa periodista y el oficial Antonio Espronceda ayudan a testigo protegido a capturar a famosa banda de robacoches. También eran secuestradores y asesinos. Gracias al trabajo de equipo, todos los peligrosos miembros de la banda están ya en la cárcel.

Esa misma tarde, Rofo, Zuc y Adelina salieron de la “Próceres” y se fueron a comer con el oficial Espronceda, Adriana y la tía Naida. También estaban la mamá de Zuc, Lalo, Marisela y Rosi, sus hermanos, sin los cuales Zuc nunca se hubiera animado a declarar. No faltaban los papás de Adelina ni los de Rofo, que se habían hecho cargo de esconder a Zuc mientras pasaba el peligro.

Zuc platicaba más. Estaba contento de no haber ido a parar a la cárcel. No podía ganar ni poco ni mucho dinero, porque le habían puesto de castigo cumplir con muchas, muchas horas de trabajo comunitario. Por las tardes, tenía que enseñar a leer, plantar árboles, entrenar a unos chavitos en basquetbol y otras cosas. Le preocupaba no llevar dinero a su casa, pero, como le había dicho su mamá: tenía que aprender a tener paciencia. Le

tocaba estudiar bien, que era su principal trabajo en el momento. Podría ayudar mucho más cuando hubiera terminado de estudiar una carrera.

Mientras Zuc les contaba lo que había hecho aquellas tardes, Rofo sacó disimuladamente la piedra de las hadas que traía en su bolsillo. Rápidamente miró a su tía. La pequeña hada batía las verdes alas y le guiñaba un ojo sonriendo entre su brillo plateado. Rofo echó otro vistazo hacia los demás. Los miró a cada uno: a Adelina, sonriente, con su largo cabello oscuro; a Zuc, flaco y contento, saludándolo con la mano; a Lalo, a Marisela, al oficial y a la periodista. No, ellos no eran hadas. Se veían igual.

Entonces Rofo se alejó del grupo. Quería verlos, como si fuera una foto para guardar en su memoria. Cuando los miró a través del hueco se quedó pasmado, como aquél día ante el espejo de casa de su tía: Zuc, Adelina y sus papás, Adriana la periodista, el oficial Espronceda ... estando juntos despedían un brillo asombroso, como si una potente linterna los alumbrara desde algún lugar. A diferencia del resplandor plateado de su tía o de él mismo, aquel grupo tenía un inten-

so fulgor como el del sol. Rofo tuvo que hacerse sombra con la otra mano. ¡Era el brillo dorado! El de quienes alcanzan la fuerza más completa, el que únicamente han alcanzado, por sí solos, dos o tres hechiceros en la historia. Aquel grupo de amigos había conseguido el secreto y poderoso resplandor de la magia conjunta.

Rofo se guardó la piedra en el bolsillo, y curvando su bigote nuevecito en una sonrisa hechicera, se deslizó por el aire hasta su lugar, para saborear una dona glaseada.

Historia de lo que fue

María Baranda

María Baranda nació en México en 1962. Ha escrito varios libros de poesía y de literatura infantil. En 2001 obtuvo el premio Castillo de la Lectura, por *Tulia y la tecla mágica*; en 2003, el premio El barco de vapor, por *Silena y la caja de secretos*; y en 2004 los premios Castillo de Lectura y Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ) de Cuento para Niños por *Ángela en el cielo de Saturno* y *Un lugar en el mundo*, respectivamente. Ha publicado también poesía para niños.

Alguien se ríe, se ríe de una manera placentera. Se ríe para adentro, en su cuerpo, en sus brazos, su cuello, su cabello, sus ojos, su rostro. Se ríe y el cielo cae de su boca a pedazos, como la tierra que está regada por el suelo. Reír es una manera de fragmentar el día, el día de otro lugar, otra ciudad, otro mundo, un mundo distinto donde hubiera sido mejor que no pasara esto. Porque esto que pasa es demasiado. Porque ya no podemos decir que no es, que no lo hicimos, que ella está bien. Y que estamos bien todos. Sé que no. Pero, ¿quién ríe? Lo escucho dentro de mí, en mis sueños, mis pensamientos. Alguien no para de reír.

Todo sucedió en silencio aunque sé que hubo ruido, lo sé. Fue una piedra... una piedra que se fragmentó en diminutos pedazos, pedazos de un

mundo que se perdió. Pero el silencio es lo que envuelve mi recuerdo: el silencio es húmedo y azul, azul con rojo. El rojo es por la sangre, pero el azul no sé de qué es. Pienso en el cielo. Quizás estaba reflejado en el suelo, en las piedras y se quedó ahí: atrapado. El miedo se siente como un escalofrío que te recorre desde dentro. Pero el miedo lo siento ahora que estoy aquí, en este cuarto, encerrada y sola. Antes, cuando todo sucedió, yo no sentía nada. Y estoy segura de que los demás tampoco.

En física, la teoría de cuerdas dice que las diminutas partículas materiales vibran en un espacio-tiempo de más de cuatro dimensiones. Si eso es cierto, yo me pregunto ¿En cuál de ellas vivimos nosotros? ¿Acaso hay algo que desconocemos en el momento en que sucede? Y esto viene a mi mente porque hubiera querido que nada de lo que pasó sucediera. Los psicólogos que me interrogaron dijeron que lo importante era reconocer el hecho en sí. Como si se pudiera ver la realidad a través de un microscopio y entonces se supiera qué fue lo que pasó. A todos les importa la condición de ella, el cómo logrará recuperarse,

o quizás no, pero no se preguntan qué pasó con nosotros o cómo estamos. Y eso es estar en otra dimensión, vivir detrás de la pared, donde nadie te ve ni te escucha, donde las sombras ni siquiera se proyectan.

Siento que puedo estallar en pequeñas partículas, pedacitos de mi yo que estarán regados por todo el suelo. Yo ya no soy yo: soy otra, una incompleta que lo ha perdido todo o, quizás, que jamás lo tuvo. ¿Cómo saberlo? Yo creía ser feliz, recuerdo que eso pensaba antes, cuando era apenas una niña. Reía y jugaba con mis amigos. Me sentía muy querida. Ahora vivo en una nebulosa, una niebla que está en mi cuerpo, mis ojos, mi mundo. Un mundo que alguien vaticinó para mí de excelente y “con mucho futuro”, como dicen ellos, los adultos, los que están del otro lado de la línea. porque ahora sé que hay una división muy sustancial entre ellos y nosotros, eso que somos y lo que, por horror, llegaremos a ser.

—¡Me enfermas! —llegó a decir mi madre de mí.

Sí, la enfermo a ella y a todos, a mí misma. Vivo a ciegas, adormecida, sin nada que me im-

porte y sin nadie a quien amar. ¿O tan sólo hay que esperar? ¿Y qué se hace en la espera?

Aguantar, aguantar la vida, la casa, la familia, la escuela, las sinrazones para caer, siempre, en “eso”, en la falta absoluta de intención en nada, el “me vale madre” de todos y todas, de los que no tenemos ya interés y ni siquiera vemos para nosotros un pedacito de futuro.

Yo quería amar y ser amada: así de simple. Quería ser popular, que todos me saludaran por la mañana y que se preocuparan por mí cada día. No pedía nada más. Me sentía una sombra. Una parte oscura del salón que se sentaba lo más lejos posible de todos. Yo era nadie, una nada flotando en el patio mientras los demás reían y jugaban. No recuerdo en qué momento dejé de mirarme al espejo. No me gustaba lo que ahí se reflejaba. Alguna vez le pregunté a mi mamá si pensaba que yo era bonita.

—¿Bonita como quién? —quiso saber.

—Como tú —me atreví a decirle.

Ella guardó silencio.

Fue cuando yo iba en secundaria que algo sucedió. Tenía trece años y las mismas sensaciones

extrañas que las demás, lo sé porque las oía cuchichear en el baño. Mi cuerpo me cosquilleaba por dentro. Me ardían los pechos de vez en cuando y sentía un interés distinto por los chicos. Empecé a soñar, a imaginarme junto a un joven guapísimo que moría de amor por mí. Llegué a crear tal fantasía que le puse nombre: Gabriel. Era casi perfecto: ojos azules, alto, delgado y con una sonrisa extraordinaria. Gabriel me visitaba en cuanto cerraba mis ojos. Empecé a acostumbrarme tanto a él, que prefería estar más en la oscuridad de mis pensamientos que en el mundo que me rodeaba. Dejé de poner atención en las clases y mis calificaciones empezaron a bajar. Gabriel se había convertido en todo lo que yo necesitaba. Después de varias semanas, caí en cama con fiebre. Sin embargo, recuerdo aquel tiempo con mucho placer. Porque ahí, entre la humedad de las sábanas y los litros de agua que me hacían beber, Gabriel empezó a cobrar la forma de un ángel blanco con mucha luz en los ojos. Y eso me llenaba de paz. Lo acurruqué junto a mí. Él extendía sus grandes alas para abrazarme y yo dormía plácidamente, tanto que era mejor ya ni siquiera despertar. Mis padres

se preocuparon, quizás por primera vez en mi vida. Mamá llegó a decirme palabras de consuelo y hasta noté que un día me tomó la mano y lloró. Eso me hacía feliz: pensé que por fin se habían dado cuenta de que yo era alguien. Ellos, que se peleaban tanto y por cualquier cosa, dejaron de hacerlo. mi mamá trataba de hablar conmigo. Su voz era un vacío, un hueco infinito al que no se le entendía nada. Gabriel me aconsejaba sonreír. Y yo, como una autómatas, lo hacía. Al cabo de unos días me dejaron regresar a la escuela. Me dolían las piernas y la espalda, no tenía fuerzas para mantenerme de pie por mucho rato y, a veces, sentía mareos. Me explicaron que era por haber estado en cama tanto tiempo y por no haber comido casi nada. Gabriel me aconsejó paciencia. Una tarde, tratando de escribir una composición para la clase de español, empecé a hablar de él: mi guardián. Referí cada detalle, desde el inicio de nuestra relación hasta la fiebre y la relación con mis padres. Pensé que mi maestra estaría orgullosa de mí y de mi nueva relación de paz, amor y bondad. Pero ella, asustada, mandó llamar a mi madre y le mostró todo. Fueron días difíciles para

mí en los que tuve que visitar a un médico tras otro. Mi diagnóstico fue múltiple: psicosis, bipolaridad, depresión endógena y hasta esquizofrenia. Cada nuevo médico nos aterraba más y más a todos. Por fin, gracias a que mis padres empezaron una terapia de pareja, yo empecé a respirar un poco: se ocuparon más de ellos que de mí. Y la tranquilidad volvió a mi vida. Me recuperé en la escuela, cumplí con todas mis tareas y obligaciones y todo regresó a la normalidad. Gabriel seguía junto a mí, callado, paciente, bondadoso. Pero yo había aprendido a no decirle ya nada a nadie. Viviría ese amor en silencio.

Había sido un martes, después de la escuela, cuando Diego y Regina se me acercaron para decirme que “me tocaba”. Yo sabía lo que eso quería decir. Por un lado, era por fin ser aceptada por todos, el resto de mi grupo. Pero por el otro, se trataba de hacerle algo a Virginia, quien en realidad a mí no me caía muy mal. Tampoco es que pudiera ser mi mejor amiga, pero no me parecía alguien del otro mundo, una completa *nerd*, para maltratarla. Esa era la parte difícil. Pero ¿cómo negarme?

Virginia era la más arreglada, ñoña y estudiosa. Eso no sería suficiente para molestarla, el problema en realidad no era ella, sino su madre y su abuela. Dos mujeres en su familia, dos generaciones, y mucha tortura para el resto de nosotros. La abuela había sido la bibliotecaria por demasiados años. Era una mujer fea, regañona y agria. Se burlaba de todos cada vez que podía, pero lo hacía de cierta manera que verdaderamente te afectaba. Cuando yo iba en cuarto año, mi maestra me encargó que fuera a la biblioteca a buscar “la obra” de Alejandro Casona, un dramaturgo. Con esas palabras exactas llegué ante la amarga bibliotecaria y ella, sin más, soltó tremendo chasquido con la lengua, puso los brazos al aire y me empezó a gritar.

—¿La obra de Alejandro Casona?! ¡Ja, ja! — se rió de mí.

Y aunque no había nadie más en esos momentos que pudiera ser testigo de semejante humillación, sentí unas ganas inmensas de llorar. Y ahí, delante de esa mujer, empezaron a rodar por mis mejillas tremendas lágrimas. La señora seguía gritando y, de pronto, en un ataque de bondad

que tuvo, me extendió un pañuelo que se veía usado. Me dio un asco infinito y me eché a correr de regreso a mi salón. No me atreví a contarle a mi maestra lo que había pasado, por miedo a que también me regañara. Simplemente, cuando me preguntó qué había pasado con el libro que pidió, yo le contesté que no lo tenían.

—¡Qué raro! Creí haberlo visto ahí la semana pasada. Alguien más lo debió de sacar... —comentó como para sí—. Y nunca más volvimos a hablar del asunto. Sólo que yo me quedé con esa humillación adentro, como si alguien me hubiera hecho algo muy feo y yo no me hubiera defendido. Varios días me sentí mal. Traté de olvidarlo y hasta logré no regresar a la biblioteca en un par de años.

Pero ese era sólo mi caso. Había muchas historias parecidas, me enteraría tiempo después, en una plática en el campamento de la escuela. Y creo que esa noche en la fogata, cuando varios empezamos a contar nuestras terribles experiencias con esa mujer, sellamos una especie de pacto en silencio, aunque nadie lo dijo, pero todos estuvimos de acuerdo en que era una mujer horrible

y, muy dentro de nosotros, supimos que algún día haríamos algo.

Fue Diego el que abrió el tema de la madre de Virginia. Parece que era igual de tremenda que la abuela, nada más que esta señora se dedicaba a acusar, con sus respectivas madres, a todo aquel que le hiciera algo a su hijita. Así, Bernardo quedó acusado de haber empujado en un recreo a su pequeña, Diego de haberla mordido, Teresa de haberle quitado su almuerzo, Regina de haberse comido sus dulces, Gonzalo de haberle escondido sus colores. Parecía que toda la escuela estaba en contra de su encantadora pequeña. Y ella, la feroz madre, estaría dispuesta a defenderla ante cualquier malvado que se atreviera a hacerle algo. Al principio, las otras mamás apoyaron a la de Virginia y castigaron a sus hijos. Pero como las quejas continuaron, las madres empezaron a decirles a sus hijos que ellos solos solucionaran sus problemas. Y así fue. Virginia quedó a merced de los temibles niños.

Sé que todos los años de primaria Virginia sufrió un calvario. No fueron pocas las veces en que su torta desapareció, su suéter también y su mochila

la con todos sus útiles. En alguna ocasión hasta llegó a ser acusada del robo de unos exámenes y de un vidrio roto en el salón. Lo curioso era que nunca jamás un solo maestro creyó que había sido ella. Y siempre el grupo fue sometido a largos interrogatorios e, inclusive, a uno que otro castigo por no haber delatado al verdadero infractor. El grupo, así, llegó a ser más unido. Ya para secundaria, las acusaciones en contra de Virginia eran muy sabidas en la escuela, por lo que, sin siquiera ponernos de acuerdo, cambiamos la estrategia. Creo que la primera en hacerlo fue Regina. Un día, a la salida, se le ocurrió decir en frente del grupo que Virginia tenía manchada la falda por detrás. Lo que ocasionó la risa de varios y los comentarios de muchos. Algunas niñas se acercaron a decirle que se cubriera, que se veía muy mal andar manchada. Como Virginia se había puesto muy nerviosa, al día siguiente se repitió lo mismo, pero esta vez, los comentarios empezaron desde la hora del recreo. Para el final de la semana, Virginia ya no salía a recreo, prefería refugiarse en su pupitre.

Entre nosotros empezó a surgir una especie de gusto por hacerlo, por contarnos qué le diría-

mos para apenarla. Al final de las conversaciones comentábamos si tal o cual maestro nos regañaría, o si su abuela o su madre se enterarían. Pero la madre había dejado de ir a recogerla desde hacía ya tiempo; lo que se contaba es que se había casado de nuevo y que por eso ya no le hacía caso a su hija. Sin embargo, esto no nos detuvo para molestarla. La abuela había sido removida de su puesto de bibliotecaria y ahora era ayudante de la dirección, por lo que ya no teníamos contacto directo con ella, pero la señora tenía mucho poder. O al menos eso era lo que se rumoraba. Teresa nos había contado que un día en su casa se atrasaron con el pago de unos libros de la escuela, y la abuela había mandado llamar a su padre para decirle que su hija estaba al borde de la suspensión definitiva.

Molestar a Virginia era lo que nos unía como grupo y lo que a mí me hizo sentir que pertenecía a un sitio. Nunca en todos los años anteriores había yo sentido la fuerza de ser parte de un grupo. Muy pronto, los más atrevidos se convirtieron en los líderes naturales: Diego y Regina. Ella era más

cruel y más estricta en cuanto a la pertenencia: si estabas dentro debías hacer ciertas cosas. Como, por ejemplo, gritarle de cosas a Virginia, quitarle su almuerzo o sus útiles. Hasta ahí nada se salía de lo ordinario. Pero un lunes, después de la clase de deportes, Regina nos convocó a junta de grupo. Nos metimos debajo de un techo que servía de refugio a las escobas y los trapeadores. Ahí, nos explicaron entre los dos las nuevas condiciones para seguir perteneciendo. Debíamos tener ideas “originales”, nos dijeron, para hacer algo, algo que verdaderamente la lastimara. Todos nos volteamos a ver sin saber qué decir. Pero Gonzalo, rápidamente, propuso asustarla, sugirió llevarla a un cementerio y dejarla ahí. Nos pareció una idea genial, por lo que estuvimos de acuerdo y planeamos cómo convencerla de ir. Durante todos los días de la semana siguiente no le dijimos nada, no la molestamos, al contrario, tratamos de acercarnos a ella. Regina llegó a llamarla “Vicky” y Diego hasta le regaló una paleta. Unos días después de mantener este trato, nuestra compañera empezó a confiar en nosotros y a sonreírnos. El plan era lograr su confianza poco a poco y, cuando sintié-

ramos que ya la teníamos, Regina y Diego le pondrían acompañarnos un sábado por la tarde a cantar al panteón. Virginia se extrañó mucho de la invitación y dijo que tenía que preguntarle a su madre si podía ir. A lo que Diego se apresuró a decirle que era un grupo secreto y que nadie debía saber nada, subrayó que nuestra única intención era llevarles un poco de música a los muertos para que descansaran en paz. Virginia quiso saber quiénes eran los integrantes del grupo y, cuando le dijimos, comentó que para ella estaba muy bien pertenecer a ese grupo secreto, con misión tan extraña pero importante. La citamos antes de que cerraran el lugar. Estábamos un poco nerviosos los seis. Yo noté que Gonzalo y Regina hablaban aparte, como en secreto, pero no dije nada. Bernardo sacó un cigarro y empezó a fumar y Teresa no dejó de pedirle fumadas. Virginia se extrañó porque no llevábamos instrumentos musicales. Entonces Teresa soltó una risita en mal plan para burlarse de ella. Regina inmediatamente detuvo la escena y nos pidió que comenzáramos a buscar las tumbas en las que queríamos cantar. Nos volteamos a ver todos como tratando de entender lo

que nos acababa de decir Regina. Gonzalo dijo que al fondo estaban las tumbas más interesantes. Y era cierto, ahí, en uno de los pasillos del inmenso lugar, había unas que parecían pequeñas casas, otras iglesias y una más hasta parecía tener forma de barco. Empezamos a entusiasmarnos con el sitio, vimos las flores de plástico, las veladoras y al guardia que andaba por ahí y que no nos quitaba los ojos de encima. Diego sacó un toque y lo prendió y lo fumamos todos, para mí era mi primera vez y tuve un poco de miedo, pero aun así lo hice porque no quise que fueran a decir algo malo, que yo era una cobarde. Sólo Virginia no quiso y pidió regresar a su casa, Bernardo se rió de ella y también Teresa. Regina propuso ir más al fondo, junto a una barda, y señaló un lugar detrás de un árbol, dijo que cantáramos una canción, pero Gonzalo, impaciente, se puso muy cerca de Virginia, le pasó un brazo por los hombros y así, bien sujeta, creo que la empujó a un agujero bastante grande que había ahí. Y digo creo porque sólo recuerdo el sonido de su cuerpo al caer, que se repetía en mi cabeza una y otra vez, un grito, dos gritos, todos los gritos de Virginia, las hojas de los

árboles que crujían también repetidamente, las risas de todos cada vez más fuertes, la tierra que empezamos a arrojarle, las piedras que salieron de quién sabe dónde y de pronto la voz de mando de Regina que nos urgía a salir de ahí lo más rápido posible. Y corrimos y corrimos y corrimos y corrimos.

Es curioso lo que se recuerda tan nítidamente cuando hay una emoción muy intensa: una lagartija que cruzó delante de nosotros, dos latas de refresco tiradas en el piso, un camión que pasaba a baja velocidad, una señora que nos vio muy detenidamente desde el otro lado de la calle, un vendedor de *hot dogs* que escuchaba música y la música que parecía ocuparlo todo. Cuando me di cuenta estaba sola, detenida delante de la verja de la entrada con el llanto atorado en la garganta, la tierra aún entre los dedos de mis manos y en mis uñas y la enorme necesidad de que estuviera ahí Gabriel, mi ángel protector. Y creo que fue entonces cuando llegó con sus dos alas extendidas y lentamente las abrió en un abrazo cálido y yo me quedé envuelta en él hasta que un señor, el guardia del lugar, empezó a sacudirme y a gritar-

me que qué habíamos hecho. Y los demás, ¿dónde estaban?

Luego, la gran nada y su silencio que llegó a mí como si fuera un manto, unas alas, una perfecta protección contra las voces y los gritos y la desesperación de ese señor, el guardia, mientras una patrulla se acercaba. Después sólo recuerdo la risa, la enorme carcajada de alguien que estaba ahí, aunque yo no pudiera verlo, pero que me hacía reír ya sin parar.

Me llevaron a un lugar donde dos señoras empezaron a decir que yo era una drogadicta y que me encerrarían en la cárcel hasta que muriera, o eso creí entender. Todo retumbaba en mi cabeza y no podía hablar. Ni un solo sonido salía de mi boca. Sé que pedía un auxilio silencioso, un socorro que jamás llegó. Finalmente, un policía entró a avisar que la ambulancia ya había llegado al hospital. Supuse que se trataba de Virginia porque el personal del sitio me volteó a ver. En esos momentos tuve un miedo muy grande y, no sé por qué, me oriné ahí, delante de todos. Finalmente, me solté llorando, callada y silenciosamente. Mis lágrimas las sentía calientes: me quemaban

la cara. Nadie me consoló ni me dijo nada. Después de mucho tiempo, una señora me pidió que anotara el número de teléfono de mi casa. Imaginé los gritos de horror de mis papás. Llegaron ya cuando era muy noche y yo estaba tiritando de frío. Mi mamá me sacudió de los hombros y empezó a decirme entre llantos “¿por qué, por qué?” Y no supe qué decir.

Pasé la noche encerrada en un cuarto muy pequeño junto con otras tres mujeres. Una estaba sumamente borracha y olía espantoso. Las otras estaban en silencio. Me senté en un rincón, abracé mis rodillas y me quedé así por varias horas, hasta que me dolió la espalda y tuve que ponerme de pie. Yo también olía mal, a tierra, a orines, a sudor, a miedo, a dolor. Me dolía lo que habíamos hecho. Al día siguiente, cuando vi a mi padre, lo único que le pregunté fue cómo estaba Virginia. Me dijo que la habían llevado a un hospital porque la habíamos descalabrado con las piedras y que no podía caminar. Sentí horrible, sobre todo porque no recordaba bien lo que había pasado. Tenía unas ganas inmensas de hablar con el resto del grupo, pero ese día, un poco después, me

enteré de que el guardia había dicho que yo sola había hecho todo eso.

¿En qué dimensión vivo? Y los demás, ¿en cuál están? De pronto, lo que yo reconocía o creía reconocer como los hechos, el suceso o la historia de lo que fue, había cambiado por completo. Empecé a sentir que mi cuerpo flotaba lejos de mí, que mi sombra ya no me ocupaba y que mis fuerzas se habían ido para siempre. Ni siquiera tuve ya el valor de convocar a Gabriel, de pedir su ayuda y protección. Los sonidos me penetraban como grietas que se abrían en mi cuerpo y en mi rostro. Difícilmente entendía una frase completa y, a veces, ni siquiera las palabras sueltas cobraban un significado. Quizás, por eso, la recomendación de los psicólogos fue que me internaran aquí, desde donde he podido, poco a poco, volver a existir.

Y pasaría mucho tiempo, ese tiempo que no se entiende y que sólo se reproduce en el afuera, para darme cuenta de que alguna vez estuve viva. Y que en esa vida hubo otros conmigo a quienes los perseguirían la culpa y el horror para siempre.

Y se sabría que el padre de Regina le dio mucho dinero al guardia para que dijera que yo, y sólo yo, lo había hecho. pero hubo otros que hablaron, que no pudieron volver a dormir, a soñar, a ser los de antes, y fue entonces que pude recuperar un poco de paz dentro de mí.

Ahora que estoy en este sitio, me pregunto si hubiéramos podido detenernos. Busco en mis recuerdos cuál fue el minuto, el momento en que pudimos haber regresado o habernos calmado o, quizás, haber detenido todo, como si el tiempo se pudiera tocar o congelar en una escena, una sola, para poder salvarnos, salvarla, y dejar que su vida siguiera y que nosotros, que ahora guardamos retazos de miedo y de dolor tan dentro, pudiéramos seguir adelante como el día sigue a la noche.

Y todo sucedió en silencio aunque sé que hubo ruido, lo sé. Fue una piedra... una piedra que yo arrojé y golpeó su nuca y se fragmentó en diminutos pedazos, pedazos de un mundo que se perdió. Pero el silencio es lo que envuelve mi recuerdo: el silencio es húmedo y azul, azul con rojo. El rojo es por la sangre, pero el azul no sé

de qué es. Hubo cielo, sé que hubo cielo. Quizás estaba reflejado en el suelo, en las piedras y se quedó ahí: atrapado. El miedo se siente como un escalofrío que te ocupa, te invade desde dentro y te deja ahí para siempre.

Esta edición especial de la colección Abriendo Brecha se terminó de imprimir el 12 de diciembre de 2017 en Litografía y Empaques Solis, S. A. de C. V., Calle Simón Rojas Mz. 1799 No. L 20, Colonia Ampliación Emiliano Zapata, Ixtapaluca, Estado de México. El tiraje fue de 2,000 ejemplares impresos en papel cultural de 75 gramos y los forros en cartulina couché de 200 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger y Goudy Old Style.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral de la Ciudad de México desde el 12 de junio de 2017.

